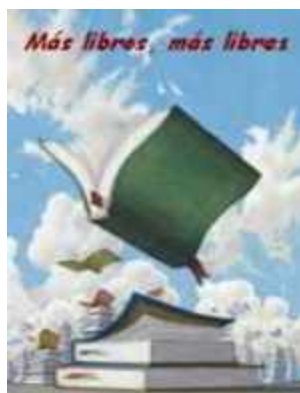




Numbers 3. Infinito

Rachel Ward



OceanofPDF.com

Título: Numbers 3. Infinito

© 2013, Rachel Ward

Título original: *Infinity*

Traducción de Solé, Xevi

Editorial: Planeta, Booket

ISBN: 9788408039495

Maquetación ePub: teref



Agradecimientos: a sintaxia y becaria por facilitarnos el doc original

Reseña:

Año 2029, Post-caos.

La civilización tal y como la conocemos ya no existe. Las ciudades están llenas de forajidos, y las comodidades de la vida moderna, como la electricidad o las líneas telefónicas, son un lejano recuerdo.

Ahora, Adam, Sarah y Mia sobreviven en el bosque, lejos de la gente, lejos del peso de los números. Pero huir no es la solución, y menos con un bebé en camino. Pronto deberán recurrir a la ayuda de otras personas pero, ¿pueden confiar en ellas? ¿O sólo buscan aprovecharse de sus dones?

Para bien o para mal, pronto lo descubrirán.



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
<http://threepress.org/document/epub-validate>

OceanofPDF.com

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://books.google.es/>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://lix.in/-a1ff6f>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.



OceanofPDF.com

Este libro se lo dedico a mis padres, Shirley y David,
abuelos y antepasados..., y a Ali y Pete y a quien los suceda.

Y a Ozzy, por supuesto

OceanofPDF.com

1.

Febrero de 2029

La niña se sienta en el suelo. Ha estado explorando el bosque, pero ahora tiene las piernas cansadas y no quiere caminar más. De todos modos, aquí se está bien. Con todas las piedras, hojas y ramas que hay a su alrededor podría hacer un nido para pájaros o una madriguera para ratones. Tiene los dedos ocupados —recogiendo cosas, dejándolas, colocándolas—, al igual que la mente. Dibuja marcas en la tierra con un palo —líneas y círculos— y mueve la boca mientras canta para sí la canción que acompaña a sus dibujos de polvo.

Oye las motos antes de verlas, un gemido de fondo que se transforma en un zumbido que, a su vez, se convierte en un estruendo. Se tapa los oídos con las manos. Nunca había visto una moto y ahora hay tres, grandes, negras y rápidas, que escupen estelas de humo negro. La niña vislumbra metal, goma y cuero entre los árboles.

—Dragones —susurra, y se le dilatan las pupilas de sus ojos azules.

Las motos reducen la velocidad. Se detienen. Ahora gruñen bajito, no rugen, pero están demasiado cerca. La niña se queda muy quieta. Puede verlos. ¿La ven ellos? El dragón de delante oculta

parte de la cabeza. Hay un hombre dentro. Escruta los árboles a ambos lados de la carretera que atraviesa el bosque. Sus miradas se encuentran un instante.

El hombre tiene la cara pálida, pero sus colores son oscuros, como su ropa y su dragón. Un torbellino de gris, morado y negro. A la niña no le gustan los colores. Nunca había visto gente con estos colores. Y no le gusta que la mire. Tiene los ojos oscuros, casi negros, y la hacen sentir mal.

Cierra rápidamente los ojos y oculta el rostro entre las rodillas.

—¿Has visto algo, jefe?

—Es sólo una niña. Vámonos. —Su voz es fuerte y grave.

El gruñido de los dragones vuelve a convertirse en un rugido y se van.

La niña los mira con los ojos entrecerrados, a través de las pestañas. Ya no puede ver dónde están los dragones, aparte de una nube de polvo que flota en el aire y acaba asentándose. Se relaja poco a poco y se inclina hacia delante, recogiendo un montón de ramitas y hojas, destruyendo sus dibujos de polvo. Si hay dragones por aquí, tendrá que construir un gran nido para poner a salvo a los pájaros y los ratones. Será mejor hacerlo lo suficientemente grande para ponerse también ella a salvo. Apila más y más cosas a su alrededor, se acurruca y cierra los ojos. Luego espera a que lleguen los sueños: los colores y las imágenes que la ayudarán a dormir.

Se despierta cuando oye que alguien la llama a gritos por su nombre.

—¡Mia! ¡Miiiiaaa! ¿Dónde estás? ¡Miiiiaa!

Ella no se mueve. Quiere comprobar si su nido es bueno, si pueden encontrarla. Le encanta jugar al escondite.

—¡Mia! ¡Miiiiaaa! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

La voz se acerca cada vez más. La niña se apretuja para hacerse un ovillo y vuelve a ocultar la cara entre las rodillas. Es divertido este juego.

Oye unos pasos que hacen crujir la maleza. Más cerca, más cerca, más cerca...

—¡Mia! ¡Estás aquí!

Hay unos pies justo al lado del nido. Mia vuelve un poco la cabeza y mira hacia arriba. La mujer parece enfadada. La piel se le arruga entre los ojos azules. A Mia no le gusta eso. Quiere que sonría y se ría. Pero sus colores son los mismos de siempre, una nube azul y lila a su alrededor, colores que sólo significan una cosa: mami.

Mia vuelve a poner la cabeza entre las rodillas. No quiere que mami le grite.

Sarah se agacha y coge a su hija por debajo de los hombros. La levanta, todavía hecha un ovillo, y la estrecha entre sus brazos.

—Mia —dice—, tienes que estar donde yo pueda verte. ¿Me oyes?

Mia se pone el pulgar en la boca.

—Estaba preocupada. Pensaba... Pensaba que te habías perdido. No estoy enfadada.

Mia se saca el pulgar de la boca y levanta la vista. Luego se inclina hacia delante para estrechar a su mami entre sus brazos. Todo está bien: esta vez no habrá gritos y lágrimas.

—Dragones —dice—. Yo visto dragones.

Sarah mira hacia la carretera. Hace unos minutos ha oído motos.

—¿Te refieres a las motos? —dice, abrazando con fuerza a su hija. Empieza a alejarse de la carretera y vuelve a adentrarse en el bosque.

—Dragones —dice Mia—. Mucho ruido.

—¿También has visto lobos y osos? —dice Sarah, sonriendo.

Mia niega con la cabeza.

—Dragones —vuelve a decir, esta vez con firmeza.

—Entonces será mejor que volvamos al campamento. Los dragones no se acercarán a nuestro fuego. Allí estaremos a salvo.

Pero Mia no se siente a salvo, ni siquiera ahora, abrazada a mami.

Los dragones que ha visto echaban humo. Un fuego no los ahuyentaría, piensa. Un fuego les gustaría.

Es mejor esconderse. Es mejor construir un nido y esconderse del hombre con colores oscuros a su alrededor.

OceanofPDF.com

2.

Adam

e conozco.
-T He visto al tipo acercándose, abriéndose paso con mucho cuidado a través del desordenado grupo de tiendas y refugios.

«Otra vez con la misma historia», pienso. En todas partes pasa lo mismo. Por eso trato de mantenerme alejado de la gente. Pero eso también es peligroso, porque solos somos más vulnerables. No tenemos nada de valor, pero, aun así, la gente te roba, se llevan lo poco que tienes: la comida, la ropa e incluso la leña. Ha ocurrido muchas veces. Tenemos que estar cerca de otras personas. Seguridad numérica, dice Sarah.

«Ignórale y quizá se vaya.»

No levanto la cabeza y sigo golpeando la estaca de la tienda con una piedra para clavarla en el duro suelo.

Se pone en cuclillas junto a mí, a menos de un metro de distancia, inclinándose hacia delante para verme la cara.

—Te conozco —vuelve a decir—. Tú eres Adam Dawson.

Me doy la vuelta, con los dedos apretados alrededor de la piedra.

Él alarga la mano y me toca la manga. Está demasiado cerca. Puedo ver la suciedad bajo sus uñas, los restos de serrín en su barba descuidada.

—Adam —dice sonriendo. Inclina el rostro, tratando de establecer contacto visual conmigo—. Adam, tú me salvaste la vida.

El corazón retumba en mi pecho con un ruido sordo. No puedo con esto. Quiero que se vaya.

—No, amigo —le digo con voz ronca—. Te equivocas de tío.

—No, te he visto. Nunca te olvidaré, tu... cara.

Se refiere a mis cicatrices, a mi piel quemada.

—Tú me salvaste, Adam. Yo estaba en Londres. Mi apartamento estaba en el sótano, justo al lado del río. Te vi en la tele y salí de allí. Como hicieron millones de personas. Eres un héroe.

La misma historia de siempre. La he oído una y otra vez.

Sólo salí una vez en la tele, pero fue el último programa de televisión que vio la mayoría de la gente. Ahora en Inglaterra no hay ni televisores ni ordenadores, ni pantallas ni teléfonos. Las redes y los transmisores no han vuelto a funcionar después del terremoto, cuando comenzó el caos. Así pues, estoy fijado en los recuerdos de todo el mundo como ese muchacho con los ojos de loco y la cara llena de cicatrices que mira a una cámara de televisión y grita que es probable que el fin del mundo esté cerca. Y se acuerdan de mí porque tenía razón. El mundo se ha acabado; bueno, el mundo tal como lo conocíamos.

Ahora todas las personas con las que hablo me tratan como a un famoso, una especie de salvador. Pero yo no quiero que sea así.

—Tenemos un poco de carne —continúa el hombre cuando queda claro que yo no voy a hablar—. Carne de venado. Alguien le ha pegado un tiro a un ciervo, uno grande. Ven y únete a nosotros. Ven a comer con nosotros.

Dejo de golpear la estaca de la tienda. Carne... No me acuerdo de la última vez que comí carne. Tiene que ser mejor que la sopa de ortigas que íbamos a comer nosotros. Miro hacia donde están Sarah y Mia, a los hermanos de Sarah. Marty y Luke andan arrastrando hojas por el suelo, buscando ramitas secas, cualquier cosa que pueda servir para encender el fuego. Mia está sentada en nuestra carretilla, mirando cómo Sarah desenrolla las esterillas que utilizamos como camas. Es muy pequeña para ser una niña de dos años. Sus piernas y brazos son tan delgados y marrones como las ramitas que buscan los chicos. Es casi como una muñequita, con la cabeza cubierta de unos rizos rubios y compactos, los labios carnosos y unos ojos a los que no se les escapa nada.

Sarah finge estar ocupada, pero yo sé que me mira por el rabillo del ojo, a la espera de mi reacción. Sé que ha oído cada una de las palabras. No dice nada. No necesita hacerlo. Tiene hambre, como todos. La boca se me llena de saliva al pensar en una comida decente. Pero sé lo que comportará: el alboroto, las palmaditas en la espalda, las preguntas.

No soporto que la gente me mire y no soporto mirarlos, ver sus números...

Todo el mundo, en todas partes, tiene un número: el día en que van a morir. Detesto ver esos números. Odio los sentimientos que me producen. A veces me gustaría coger un pedazo de madera ardiendo de la hoguera y hundirlo en mis propios ojos para dejar de verlos. Dejar de sentir el sufrimiento y el dolor que les esperan a todas las personas que conozco. He quedado marcado por el fuego, ha estado a punto de matarme dos veces, pero tal vez pudiera quitarme lo que más me duele.

Lo único que me detiene es Sarah. No puedo hacerle eso. Ya soy bastante difícil, caprichoso, inquieto. No podría pretender que estuviera conmigo si además fuera ciego.

Entonces me mira directamente, con esos ojos azules que tiene, y su número me habla, me trae el consuelo y la calidez de siempre: un final lleno de luz y amor. 2572075. La promesa de que

estaremos juntos, ella y yo, cincuenta años más, cuando ella deje este mundo, con la misma facilidad que si estuviera entrando en un baño caliente.

Sarah.

Me vuelvo hacia el desconocido, que está en cuclillas junto a mí, y me obligo a asentir con la cabeza y sonreírle.

—Nos uniremos a vosotros. Gracias —digo. Las palabras suenan como si las hubiera pronunciado otra persona.

Su rostro se ilumina.

—Fenomenal. Pasaos cuando queráis. Estamos en la choza más lejana del camino. —Señala una tienda de campaña en forma de túnel, montada entre dos troncos de árbol—. Por cierto, soy Daniel. Encantado de conocerte, Adam. Le esperaba desde hace mucho tiempo. —Mientras se aleja a grandes zancadas, le oigo gritar—: Carrie, está aquí. Es verdad que está aquí...

La ansiedad borbotea en mi interior. Ha sido un error decirle que sí. Ya lo estoy lamentando. Alzo el brazo y golpeo con tanta fuerza el gancho de la estaca de la tienda con la piedra que la estaca se tuerce y me rasguño los nudillos en el suelo.

—¡Arg! Ufff... ¡Ay! —Intento no soltar tacos delante de los niños. A veces es jodidamente difícil. Dejo caer la piedra, me quito la suciedad de los dedos y me los pongo en la boca, chupándolos con fuerza para que se me pase el dolor. No funciona. Tampoco se me pasa la ansiedad, ni la ira. Nada.

Sarah se acerca.

—Gracias —dice.

Me encojo de hombros, chupándome todavía los nudillos. Me alegro de tener la boca llena. Me impide decir lo que pienso. «No quiero estar rodeado de gente, Sarah. Todos son iguales. No lo puedo soportar.»

—Duele, ¿verdad? —dice.

Me saco la mano de la boca y la examino.

—Estaré bien en un minuto. Sólo se me ha levantado la piel.

Busca en una de las maletas de nuestra carretilla y saca un tubo de crema antiséptica. El extremo ha sido retorcido una y otra vez, para exprimir hasta la última pizca. No queda mucha.

—No la desperdicies en mí.

—¡Chissst!

Se pone un poquito en la punta del dedo, me la esparce por los rasguños y me la aplica frotando. Es tan íntimo: las yemas de sus dedos tocando ligeramente mi piel, sólo unas pocas células en contacto. Siento que mi cuerpo se relaja y la ira se va apaciguando.

Ella y yo. Es lo que siempre he querido. Incluso después de todo lo que hemos pasado —el terremoto, el caos, el fuego, la vida nómada, el cuidado de Mia, Marty y Luke—, todavía estamos juntos. Me quedo mirando su dedo. Y en este momento daría cualquier cosa para que el resto del mundo desapareciera. Quiero estar solo con ella, rodearla con mis brazos y juntar nuestros rostros.

Sostengo sus manos en las mías.

—Sarah, vámonos —le ruego—. Vámonos a otro sitio. —Me odio por parecer tan desesperado.

Ella aprieta los labios y retira las manos. El momento se ha esfumado.

—Acabamos de llegar, Adam. Tenemos que quedarnos.

Y nos quedamos.

Nos sentamos sobre unos troncos alrededor de la hoguera de Daniel. Su guiso de venado está bastante aguado, pero hace tanto tiempo que no comía algo así que es casi irresistible.

Marty y Luke lo devoran y la salsa de la carne les gotea por la barbilla. Se la limpian y se chupan los dedos, riendo. Nadie los regaña. Es agradable ver cómo se llenan la barriga, cómo resplandecen sus rostros con entusiasmo. Son unos chicos fantásticos. El incendio que mató a mi abuela también se llevó a su

padre y a su madre. Al principio, estaban bastante callados, siempre con una mirada de angustia en los ojos. Odiaban no estar en su casa, no sabían qué hacer sin sus Xboxes y sus televisores de pantalla plana. Pero juntos hemos aprendido algunas cosas: cómo tenderle una trampa a un conejo, cómo encender un fuego. Yo nunca había tenido hermanos o hermanas.

Mia está sentada en la falda de Sarah, mirando con sus grandes ojos todos los rostros iluminados por el fuego, a Daniel, a su pareja Carrie y a sus vecinos. Es como si estuviera tratando de recordarlos.

Yo como lentamente, saboreando cada bocado, intentando concentrarme en la comida, no en la conversación. Las palmaditas en la espalda y el alboroto se han acabado, y ahora espero las preguntas. Los demás hablan de lo mismo que todo el mundo comenta estos días: los alimentos, el agua, el combustible, el frío, el hambre y las enfermedades. Especialmente las enfermedades. Me molesta, no puedo disimularlo. Luchamos para encontrar comida y para mantener el calor, y lo conseguimos. Pero si uno de nosotros se pone enfermo, ¿qué haremos?

Ambos chicos tienen buenos números —21112088 y 392092—, pero los números pueden cambiar. Mia me lo enseñó la noche del fuego, la noche del terremoto. Ahora ella tiene el número de la abuela. Me quedo helado cuando lo veo en sus ojos. Tiene una muerte de fumadora, le falta el aliento. Encajaba bien con la abuela; parece cruel que ahora pertenezca a Mia.

Ya no sé las normas. Los números no son un consuelo para mí, ni siquiera los buenos.

—Aquí no se está tan mal —dice alguien—. Dan es médico.

Miro a Daniel. La barba sucia, el pelo largo recogido en una cola de caballo, las uñas amarillas. No parece un médico.

—Lo era —dice encogiéndose de hombros—. Trabajaba en un hospital de Londres, antes de que fuera destruido por los saqueadores después del caos. —Mueve la cabeza—. Uno habría

pensado que la gente respetaría los hospitales, ¿no? Pero se convirtieron en objetivos, los asaltaron para conseguir medicamentos, provisiones, metal para fundir. Me fui después de la batalla de Santo Tomás, en marzo de 2028. Murieron cuatrocientas personas, la mayoría de mis amigos han fallecido. La policía, el ejército, el gobierno: todos nos abandonaron. ¿Dónde estaban? ¿Dónde diablos estaban? —Hace una pausa momentánea. Tiene las manos apretadas sobre el regazo, los nervios tensos como cables desde los dedos hasta las muñecas. Luego respira hondo—. Así pues, ¿qué os trae por aquí? —dice, volviendo a mirarme.

Primera pregunta. Todo el mundo está en silencio, esperando mi respuesta.

—Estamos intentando pasar desapercibidos, trasladándonos de un sitio a otro —digo, mirando al suelo.

—¿Os dirigís a algún lugar en concreto?

—Sólo nos alejamos. De Londres, de las grandes ciudades. Demasiada gente, demasiado peligroso.

—Hay gente que te busca, supongo que lo sabes. Han estado aquí, preguntando.

Dejo de masticar y alzo la vista.

—¿Gente? ¿Quién?

Daniel niega con la cabeza.

—No dijeron sus nombres. Tres hombres en moto. El tipo de gente a la que no dirías nada.

Me pone una mano en el hombro. Está tratando de tranquilizarme, pero su contacto me pone los nervios de punta. Además, los únicos que todavía pueden conseguir gasolina son el supuesto gobierno o las bandas que se han apoderado de las ciudades.

Yo estaba detenido cuando se produjo el temblor, acusado de un asesinato que no había cometido. El gobierno la tenía tomada conmigo, trataba de silenciarme. Esperaba que mis antecedentes

penales hubieran desaparecido en el caos. Pero tal vez no. Pensarlo hace que se me hiele la sangre en las venas.

Si el que me busca es el gobierno, está clarísimo que no quiero que me encuentren. No tengo nada que decirles, ni a ellos ni a sus agentes, y no quiero que vuelvan a encerrarme en una celda. «No puede ser.» Tampoco quiero tener que vérmelas con las bandas, los matones armados que ahora se han adueñado de las ciudades. Otra razón para largarse, para quedarse en el campo.

—¿Cuándo? —Se me ha secado la garganta. Esto es lo único que consigo decir.

—Esta mañana. También había un avión teledirigido por ahí arriba —dice con una sonrisa—. Ha pasado disparado por el cielo.

—Yo he oído motos esta tarde, cuando estaba buscando a Mia —me dice Sarah en voz baja.

Me pongo en pie de un salto.

—Mierda, tenemos que salir de aquí.

Sarah frunce el ceño.

—Ahora no, Adam. No en la oscuridad.

—¿No has oído lo que acaba de decir?

Ella niega con la cabeza.

—Está oscuro. Y todos estamos cansados.

—Entonces nos iremos por la mañana —digo—. Al clarear el día. —Vuelvo a sentarme lentamente, pero no puedo comer más. El guiso me ha caído como una piedra al estómago. No puedo estar quieto. Mis piernas se mueven solas, a punto de correr.

Vuelve a empezar el murmullo de voces.

—No podemos estar siempre de un lado para otro —dice Sarah en voz baja—. Llevamos dos años así, Adam, y yo ya no puedo andar más kilómetros.

Miro su vientre hinchado. No sabemos exactamente de cuánto está, pero debe de ser de siete u ocho meses.

—¿Y qué pasa con mis hermanos? —dice—. Mia. Tienen que vivir en algún sitio. Necesitan un hogar. Todos lo necesitamos.

«Hogar.» Una vez yo tuve un hogar. Parece que haga años, pero dejó de ser mi hogar cuando murió mi madre. Y tuve otro, con la abuela, pero sólo me di cuenta de ello cuando desapareció, y ella también.

—Un hogar no es un lugar, Sarah, son las personas. Nosotros tenemos todo lo que necesitamos.

—Necesitamos más gente —dice—. Voy a tener un bebé, por si no lo sabías. Tuve a Mia yo sola, en el suelo de un baño asqueroso de un piso okupado, y quiero que esta vez sea distinto. Daniel es médico. Tenemos que quedarnos aquí. Y no podemos ir más rápido que las motos. Si quieren encontrarnos, lo harán.

No lo entiende. Ni siquiera después de todo el tiempo que llevamos juntos, no entiende lo mal que se pasa esposado, tirado en una celda, totalmente impotente.

—No me van a encontrar, Sarah. Nadie va a separarme de ti y a encerrarme de nuevo. Nadie.

Ahora estoy gritando. Todos los que están alrededor del fuego se quedan en silencio, mirándome o mirando a otro lado.

—De acuerdo —dice sin elevar la voz—. Ya hablaremos después de todo esto.

No le hago caso y sigo con lo mío.

—Piensa en lo que significa quedarse. No estoy siendo paranoico. Hay personas que van detrás de mí.

—Sí, detrás de ti.

Así que es eso. Sus palabras escuecen como una bofetada en la cara.

La gente empieza a recoger sus cuencos y se va dispersando.

—Vamos, muchachos —dice Daniel dirigiéndose a Marty y Luke—. Os llevaré de vuelta a vuestra tienda.

Los chicos se alejan con dificultad. Las risas y la calidez de la comida han desaparecido de sus rostros. Marty parece preocupado.

Sarah, yo y Mia nos quedamos solos junto al fuego.

—¿Quieres que me vaya? —le digo.

Su mirada se cruza con la mía y la aparta rápidamente.

—No podemos seguir así, Adam.

—¿Quieres que te deje aquí? —digo.

—¿Papá mamá enfadados? —dice Mia con voz queda. Sus ojos están fijos en nosotros, sin perderse nada.

—No estoy enfadada —dice Sarah rápidamente. Yo le dirijo una sonrisa forzada a Mia, pero sé que no la convence.

—Estoy hecho polvo —digo, tratando de seguir con la discusión—. Y Mia también. Ese avión no tripulado podría habernos localizado y transmitido nuestra situación a donde sea, a quien sea que lo haya enviado. O aunque no lo haya hecho, soy jodidamente reconocible. —Casi sin pensarlo, pongo la mano sobre mi piel llena de cicatrices—. Si nos quedamos, sólo tardarán unos días en encontrarlos. Tal vez horas. Y luego, ¿qué?

—Ni siquiera sabemos lo que quieren, Adam. Podría ser que quisieran estrecharte la mano y darte las gracias. Tal vez también los hayas salvado a ellos.

Hay algo en la forma de decirlo, un tono de crispación. Como si se estuviera burlando de mí. No puedo soportarlo. Mi mano encuentra un trozo de madera y lo lanzo al fuego con tal fuerza que saltan chispas. Sarah se estremece y Mia se sobresalta, pero eso no me detiene. Cojo otro tronco y vuelvo a hacer lo mismo.

—Yo no lo he pedido, Sarah. No he pedido nada de todo esto. Nunca he querido ver los números. Nunca he querido toda esta muerte en mi cabeza, todo este dolor.

Los ojos de Mia están llenos de lágrimas y Sarah no me mira. Sé que estoy vociferando, pero no puedo parar.

—Tengo dieciocho años, una novia, tres niños que cuidar y un bebé en camino, y no tengo ni casa ni comida, y las cosas no van a mejorar. Lo único que sé es que esto acabará algún día porque veo el final en todas partes, en todo el mundo, y me gustaría que no fuera así. E incluso podría no ser así, porque todo podría cambiar. Todo podría acabar mañana o pasado mañana, o dentro de tres días. ¿Tú crees que yo quiero eso?

—¿Piensas que alguno de nosotros lo quiere? —dice.

Y ahora se me revuelve el estómago. Si ella ya no está de mi parte, entonces no tengo nada.

Pero tenemos que irnos. Aquí no estamos seguros.

OceanofPDF.com

3.

Sarah

Adam me zarandea el hombro antes de que se haya hecho de día. No es más que una forma oscura junto a mí. No puedo ver sus rasgos. Incluso dentro de la tienda, el aire frío me corta la cara.

—Sarah —susurra—. Es hora de levantarse. Tenemos que irnos.

Me tapo los oídos con el saco de dormir y le doy la espalda.

—Sarah —dice entre dientes—. Ha llegado el momento.

Inspiro hondo y luego expulso el aire; despacio, despacio, despacio. Tengo miedo de lo que voy a hacer a continuación, pero lo hago de todos modos.

—Yo no me voy.

—¿Qué?

—No me voy.

—Sí, vas a venir. Esta mañana recogemos los bártulos. Seguimos el viaje.

Me revuelvo y le miro otra vez. El corazón me late con fuerza.

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí a pasar el invierno. Son buena gente. Hay un médico y hay comida. Adam, por favor.

—Sarah...

—No. Voy a seguir durmiendo.

Pero no lo hago. La sangre me late en los oídos y permanezco acostada escuchando el silencio de Adam. «¿He hecho lo correcto?» Mis tobillos hinchados me dicen que es lo correcto. Y mis manos llenas de ampollas me dicen que es lo correcto. Y los suaves ronquidos de los niños me dicen que todos necesitamos un descanso. Ha llegado el momento de dejar de moverse y ser una familia durante un tiempo. Yo, Adam, Marty, Luke, Mia... y el nuevo bebé.

Es un tipo de familia curioso. Nunca podré ser la verdadera madre de los chicos —siempre seré su hermana—, pero soy la única familia que les queda, por lo que soy lo más parecido a una madre que puedan tener. Y Adam no es el padre de ninguno de ellos, aunque Mia le llama papá. Cuando se lo dijo por primera vez —«Pa pa pa pa»—, le cambió la cara. Fue como si saliera el sol. Estábamos muertos de cansancio, sentados al lado de la carretera, ni siquiera habíamos montado la tienda de campaña, pero Mia estaba totalmente despierta.

—¿Has oído lo que dice? ¿Lo has oído, Sarah?

Volvió a hacerlo, «Papá», y alargó los brazos hacia él. Adam la levantó y se puso a bailar con ella, y durante un minuto parecía que se hubiera olvidado de todo lo demás. Me hizo recordar por qué le amaba.

«Le amo —me recuerdo en este momento—. Le “amo”, no le “amaba”. Amo a Adam Dawson.»

Si lo digo bastante a menudo, si lo pienso con bastante frecuencia, tal vez acabe creyéndolo.

Pero es difícil si sabes que cuando te mira a los ojos puede ver tu muerte.

Cierro los ojos y trato de vaciar mi cabeza de todo esto, para dejarme llevar por el sueño y quedarme en blanco, pero todo está mezclado: personas, lugares, palabras y números.

Siempre los números.

Mia es la última en despertarse, cosa nada habitual. Cuando finalmente se arrastra fuera de la tienda, Marty y Luke ya se han ido a buscar alimentos al bosque. Tiene los ojos vidriosos y de color rosa, y las mejillas coloradas.

—Mí mal —susurra.

Me dejo caer junto a ella y le pongo la mano en la frente. Está al rojo vivo. Tiene la nariz tapada y respira por la boca. Su aliento es agrio y enfermizo.

—Adam, está ardiendo.

—Mierda.

Es lo que más temíamos: Mia con fiebre.

La noche del terremoto —en el calor del fuego— tuvo algo así como un ataque. Todavía puedo verla temblando en brazos de Adam, fuera de la casa en llamas, con las piernas y los brazos rígidos. Fue entonces cuando su número cambió. Estaba destinada a morir ese día; pero Adam la sacó de allí y Val, su abuela, murió en su lugar en el incendio. Con los números cambiados. Los destinos cambiados. No sé cómo sucedió.

¿Podría ocurrir ahora si le sube demasiado la fiebre?

—Daniel —dice Adam—. Iré a buscarlo.

El médico sólo tarda un par de minutos en llegar, pero parecen horas.

—Echemos un vistazo —dice mientras entra gateando en la tienda. Saca un estetoscopio de su mochila y le ausculta el pecho—. No está demasiado mal. —Le toma la temperatura—. Casi cuarenta. Le daremos un poco de paracetamol.

—¿Tienes paracetamol? —Nuestras últimas existencias se acabaron hace meses.

Daniel saca una botella llena de uno de los bolsillos de la mochila. La miro, y luego a él. ¿De dónde ha sacado una botella llena de paracetamol? Revisamos todas las casas vacías y los comercios, y algunas veces hemos tenido la suerte de encontrar una bolsita. Pero una botella llena...

—Tengo un poco de... botiquín —masculla tímidamente.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Él sonríe.

—El gobierno tiene un escondite. Sólo hay que saber cómo llegar a él.

—¿Y tú lo conoces?

—Tengo contactos, por así decirlo.

—¿Contactos en el gobierno?

Vuelve a sonreír, pero no dice nada más.

—Parece un virus —comenta—. Hacedla beber y yo le daré paracetamol cada cuatro horas. —Vuelve a salir gateando.

Adam viene a ver cómo va todo.

—Tiene medicinas —le digo—. Tiene una bolsa llena de cosas.

—Lo sé.

—Entonces, éste es un buen lugar para quedarse.

Suspira.

—No tenemos muchas opciones.

Sé que para él esto representa un gran problema.

—Gracias —digo.

—Eso sí, no me culpes si...

—¿Si qué?

—No sé. Si todo sale mal. Me siento... —se esfuerza por encontrar las palabras— como una presa fácil —acaba por decir finalmente.

—Todo irá bien. Estaremos bien. —Quiero creerlo de veras.

—Tal vez —dice él, aunque no parece muy convencido—. Voy a encender un fuego.

Me vuelvo hacia Mia. Ya está más tranquila.

Sus confiados ojos me miran fijamente y su número me llena la cabeza. Yo no veo los números como Adam, pero los conozco. Él me los dijo. 2022054. Faltan veinticinco años. Es mejor que la vida con la que empezó, pero no es suficiente. Me siento mal al pensarlo. Mi hija no puede morir a los veintisiete años; es una vida demasiado corta.

«Tiene que encontrar otro número, un número mejor.»

¿Podría darle el mío como hizo Val? Pero ¿cómo? ¿Cómo lo hizo? Si pudiera ayudarla, se lo daría, por supuesto que lo haría. Daría mi vida por Mia.

Tiene el cabello húmedo por el sudor, más oscuro y rizado que nunca, pero sigue siendo rubio. Es como un halo. Sólo puedo pensar que veinticinco años no son nada. Será como un abrir y cerrar de ojos.

La tomo en mis brazos. Las lágrimas me corren por las mejillas.

—No, mamá. ¿Mamá triste?

No quiero preocuparla, pero no puedo dejar de llorar.

Ojalá no lo supiera. Adam trajo este don, esta maldición, a nuestras vidas. No es culpa suya, pero ahora, en este momento, estoy molesta con él por ello. Le odio.

No es normal saber estas cosas.

Te destrozan.

OceanofPDF.com

4.

Adam

Oigo sollozar a Sarah mientras enciendo el fuego. ¿Debería volver a la tienda? Espero fuera un momento, escuchando, y luego me alejo hacia el bosque.

No puedo culparla por tener miedo. Yo he tenido miedo casi toda mi vida, desde que comprendí lo que significaban los números. Sólo tenía cinco años. Hace ya mucho tiempo de eso.

Ella teme por Mia, y yo igual. Pero también la temo. Me avergüenza, pero no puedo evitarlo.

Es impropio, ¿verdad? Es una niña preciosa: con esos ojos azules, esos cabellos rubios, la piel tan bronceada de vivir al aire libre. Una niña preciosa. La gente la mira allá donde vamos; después de haberme mirado antes a mí. Y por supuesto que no es su belleza lo que me deja helado, es su número. No tiene el número con el que nació. Cuando la miro a los ojos, experimento una sensación espeluznante. Es como si su número titilara en mi cabeza, como si no estuviera ahí. Siempre me recuerda a la abuela y a ese día terrible en el fuego, el principio del caos.

La abuela no estaba destinada a morir ese día. Todavía le quedaban veintisiete años de vida. Siempre había pensado que iba a estar ahí conmigo, que podía confiar en ella. Pensaba que ella

estaba a salvo. Pero no era así. Murió. Estaba ahí y al minuto siguiente ya no estaba. Ahora ni siquiera puedo pensar en ello sin que se me forme un nudo en la garganta. «No es justo.» Nada de todo esto es justo. Yo no quería que Mia muriera, por eso entré en el fuego para salvarla. Pero tampoco quería que muriera la abuela. No puedo dejar de preguntármelo: ¿le quitó Mia el número a la abuela? ¿Fue un asesinato? ¿O fue la abuela quien se lo dio?

Nadie sabe lo que sucedió. Es nuestro secreto —de Sarah y mío— y creo que debe seguir siéndolo.

Esta sensación con respecto a Mia nunca se la he contado a Sarah. Pero lo que ocurrió aquella noche del incendio no estuvo bien.

No fue natural.

Ya no sé cuáles son las reglas. No sé cómo funciona todo esto. Parece que Mia puede cambiar las cosas para salvarse, pero ¿será necesario que para ello siempre haya que sacrificar a alguna persona?

Por la noche, volvemos a reunirnos en torno a la hoguera de Daniel.

Esta vez hay estofado de conejo. La comida caliente es embriagadora, me hace entrar en calor y me mareo. Marty y Luke han cazado los conejos; se sienten orgullosos, se les nota. Se empujan entre sí, ríen y bromean. Alguien empieza a cantar una vieja canción.

Mia mira fijamente el fuego y las llamas proyectan una luz rosácea en su rostro. Parece más que nunca un ángel. Y parece estar mejor. El paracetamol de Daniel ha surtido efecto. Pero ¿qué pasará la próxima vez? Sarah tiene razón: necesitamos estar con gente.

La rodeo con un brazo y apoyo la otra mano en su cintura. Bajo mis dedos puedo notar cómo se mueve el bebé. Ella apoya su espalda en mí. La beso en la cabeza, cierro los ojos y respiro tranquilo, mientras escucho la canción. Por un momento, sólo una fracción de segundo, soy feliz. Hemos hecho bien en quedarnos.

Al principio, el ruido de los motores es tan débil que casi no lo percibimos. Es como si formara parte de la canción, aunque luego, a medida que va aumentando, todos lo oímos al mismo tiempo y dejamos de cantar.

El fulgor de las llamas parpadea en nuestros rostros silenciosos. Entonces me doy cuenta de que todos me están mirando.

—Han vuelto —dice Daniel. No es necesario que diga a quiénes se refiere.

«Tres hombres en moto. El tipo de gente a la que no dirías nada.»

Me pongo en pie de un salto y cojo a los chicos de las manos.

—Vamos —digo—. Vámonos. Ahora.

Marty y Luke miran a Sarah. Ella me agarra la muñeca con la mano, tratando de detenerme.

—Adam...

No está bien. Sé que no es lógico, pero tengo que irme de aquí.

—Por favor —digo.

Ella ve la expresión de mi rostro y se levanta con dificultad, llevando a Mia en brazos.

—Adam, quédate. Todos estamos aquí por ti —dice Daniel. Mira a su alrededor y todos asienten con la cabeza. Está hablando por todos. Pero no puedo quedarme quieto. No puedo.

Nos tropezamos entre nosotros al alejarnos del fuego para dirigirnos al camino entre los refugios y alcanzar la oscuridad del bosque, donde nos apiñamos, mirando al campamento. Aquí podemos ver sin ser vistos. El sonido de las motos se ha detenido, pero ahora hay tres puntos de luz que se dirigen hacia el fuego. Enseguida puedo ver tres figuras que se mueven: hombres con chupas y pantalones de cuero negro, botas negras, guantes negros. Van barriendo el campamento de lado a lado con la luz de sus linternas mientras se acercan, y se paran justo al lado del círculo.

Hay unos huecos evidentes en los lugares donde estábamos nosotros; ¿por qué nadie ha pensado en cerrarlos?

Todas las miradas están fijas en los hombres. No sólo sus ropas los hacen parecer diferentes, es la manera como se comportan, además de sus armas: fusiles del ejército al hombro y un cinturón de munición cruzado sobre el pecho.

El hombre que va en medio da unos pasos hacia delante. Tiene el pelo gris, corto, y una mandíbula fuerte, casi cuadrada. Su cara es pálida, como si no hubiera estado al aire libre durante bastante tiempo, pero no sabría decir cuántos años tiene. ¿Treinta? ¿Sesenta?

—No queremos estropearos la fiesta —dice. Su voz es profunda pero seca, entrecortada—. Sólo buscamos un lugar para pasar la noche.

Parece bastante inocente. Tres viajeros que necesitan dormir.

A mi lado, Mia gimotea.

Los chicos están tranquilos, observando como nosotros.

Sarah hace callar a la pequeña, que está acurrucada en sus brazos, ocultando la cara entre las manos.

—Dragones —cuchichea—. Dragones que hacen mucho ruido.

—Chist, Mia, chissst. —La sensación cálida y relajada que habíamos experimentado en torno al fuego ya hace mucho que ha pasado. Sarah tiene mala cara y parece ansiosa.

—Sed bienvenidos, os podéis quedar —dice Daniel—. También encontraremos algo de comida, algo caliente para vosotros.

Los tres hombres se acercan más a la fogata y ocupan nuestro lugar en el círculo, dándonos la espalda. Es obvio que el hombre que ha hablado es el líder. A su izquierda hay un tipo más pequeño, enjuto, nervudo y de aspecto mezquino. El otro es gigantesco, un hombre como una montaña con el pelo largo y oscuro.

Hace frío ahora que estamos lejos del fuego. Marty y Luke están temblando. Mia empieza a toser. Sarah la abraza más fuerte, pero no hay nada que pueda acallar el ruido por completo.

Los que están cerca del fuego no muestran reacción alguna. Todos miran hacia las llamas en silencio. Entonces empiezan las preguntas.

—¿Sabéis a quién buscamos? —dice el hombre del pelo gris—. ¿Le habéis visto? ¿Habéis visto a Adam Dawson?

Contengo la respiración.

¿Mentirán Daniel y los demás? ¿Nos salvarán, o sólo salvarán su pellejo?

—Le he visto, sí —dice Daniel—. Ha pasado por aquí, pero ya se ha ido.

En sentido estricto, no es una mentira. Pero tampoco es una delación.

—¿Cuánto hace?

—Se ha ido inmediatamente después del almuerzo.

—Entonces no os importará que registremos el campamento.

—¿Tenéis una orden judicial?

El hombre ríe. Es un sonido chirriante, como si no acostumbrara a hacerlo.

—No, no tengo ninguna orden judicial. No la necesito. Trabajo para el gobierno. Mi nombre es Saul, eso es todo lo que necesitáis saber.

Así que es el gobierno. Siento que el mundo se me viene encima. ¿Es por la antigua acusación de asesinato? ¿Por eso están aquí?

Ahora Daniel parece incómodo, pero sigue siendo amable.

—¿Queréis hacer el registro a oscuras?

—Así es.

Daniel se encoge de hombros.

—No tenemos nada que ocultar, pero éstas son nuestras casas. Hay bebés durmiendo. Se está haciendo tarde. ¿Por qué no esperáis hasta mañana?

Saul hace una pausa.

—Supongo que podríamos esperar. Después de todo, nadie puede ir muy lejos con esta oscuridad, ¿verdad?

Daniel no responde a la pregunta. Dice:

—¿Tenéis una tienda?

—Sí que tenemos, pero tienes razón, tío, se está haciendo tarde. Nos tumbaremos con nuestros sacos de dormir cerca del fuego.

Daniel asiente con la cabeza, pero Saul no estaba pidiendo permiso.

La velada ha llegado a su fin. La gente empieza a regresar a sus refugios. Los tres desconocidos se alejan en la oscuridad para ir a buscar sus cosas.

—¿Qué hacemos ahora? —susurra Sarah.

—Cogemos nuestras cosas y nos vamos —digo yo.

—Pero está totalmente oscuro. ¿Adónde crees que llegaremos?

—No lo sé. Sólo necesitamos encontrar algún sitio donde escondernos.

—¿En la oscuridad?

¿Por qué no lo entiende? ¿Por qué no tiene miedo de estos hombres? ¿Por qué no puede simplemente estar de acuerdo conmigo, por una vez? Mia empieza a toser de nuevo.

—Deja de toser, Mia. Tengo que pensar.

—No es culpa suya. Mira, están volviendo. Chist, Mia, chissst.
—Sarah se desabrocha el abrigo, envuelve a la niña en él y empieza a acunarla hacia delante y hacia atrás.

—Que se vaya —dice Mia en voz baja—. Que se vaya hombre.

Vemos como los tres hombres ponen sus sacos de dormir en el suelo, cerca del fuego. También tienen una botella. El líquido dorado atrapa la luz del fuego cuando se la pasan entre ellos. Todos los demás se han ido.

Hablan en voz baja, en tono amistoso, bromista, como hombres que suelen pasar mucho tiempo juntos. El cuerpo me da una sacudida mientras un escalofrío me recorre la columna vertebral. El frío empieza a calar. ¿Cuánto tardarán en quedarse dormidos para que podamos alejarnos sin hacer ruido? La botella está casi vacía, el fuego empieza a apagarse.

Entonces, sin darse la vuelta, el hombre del pelo gris, Saul, levanta la voz y lanza al aire de la noche:

—¿Por qué no te acercas más al fuego, Adam? Ahí debes de estar congelándote.

OceanofPDF.com

5.

Sarah

Es como si estuviéramos acorralados, aunque no hay ningún muro detrás de nosotros, sólo kilómetros y kilómetros de bosque oscuro y vacío. Debe de haber oído toser a Mia. Al menos ya no tengo que discutir más con Adam.

—Ayúdame a levantarme —le digo, y todos avanzamos arrastrando los pies.

Marty y Luke se esconden detrás de mí.

Los tres hombres se vuelven para mirarnos. Al principio no tengo miedo, pero a medida que nos acercamos al fuego y a los hombres que nos miran, me entran escalofríos. Puedo sentir los ojos amenazadores del líder sobre mí. Es como si estuviera tocándome y querría abofetearle.

Mia empieza a llorar. La envuelvo un poco más en mi abrigo, pero ella está acurrucada dentro, escarbando con la cabeza bajo mi axila, y su delgado cuerpecito sufre sacudidas por las lágrimas y la tos.

—Que se vaya —sigue diciendo mientras le corren las lágrimas por la cara—. Que se vaya hombre.

—¿Cómo habéis sabido que estábamos ahí? —pregunta Adam.

Saul desvía su atención de mí y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración.

—Podía percibirlos.

Y por un momento le creo: es un demonio, un vampiro, un hombre lobo. Alguien, algo, con poderes sobrehumanos.

Entonces se ríe.

—He captado tu chip en mi receptor. —Da unas palmaditas a la linterna que cuelga de su cinturón—. Es una cosita muy inteligente. Y he oído la tos de la niña —añade—. Parece que está mal.

—Está bien —digo yo—, pero tengo que meterla en la cama ahora mismo.

—¿Es tu hija? —pregunta Saul. No me habla a mí, sino a Adam, que ni asiente ni se lo aclara—. Déjame verla.

—No —digo, y abrazo a Mia más estrechamente, protegiéndola, pero Saul ya está de pie junto a mí antes de que me dé cuenta. Me agarra por la solapa y levanta la parte delantera del abrigo. Y ahora sus dedos le tocan la cara, ella vuelve la cabeza hacia él, que le abre el párpado con el pulgar.

—¿Qué estás...? ¡Para!

—¡Ma... mi! —dice Mia entre sollozos.

Sus asustados ojos azules se le quedan mirando, luego respira agitadamente, los brazos y las piernas se le disparan, y empieza a patalear y chillar. Nunca la había visto reaccionar así ante nadie.

—¡Aléjate de ella! —gritamos Adam y yo.

Saul no se disculpa, sólo da un paso atrás. Pero sigue mirándola fijamente, y entonces vuelve a reír, ese sonido áspero, antinatural.

—La pequeña del bosque —dice—. Es ruidosa. Parece un ángel, pero chilla como un demonio.

Le odio. Odio a este hombre. No le importa en absoluto despertar a una niña y se ríe cuando llora. No puedo creer que la haya tocado. Me entran ganas de vomitar.

—Está asustada. Tú la asustas —le digo, intentando hacer callar a Mia—. Vamos, Adam, vámonos.

Pero él no se mueve.

—Sólo tardaré un minuto —dice. Su voz suena extraña y forzada.

—¿Adam?

Pero está mirando a Saul como si el resto del mundo no existiera. Como si yo no existiera.

Le dejo ahí.

Marty y Luke se quedan dormidos al instante, pero Mia no; tardo siglos en volver a tranquilizarla.

—No gusta hombre —hipa entre sollozos.

—A mí tampoco —digo, acariciándole el pelo—. No te preocupes por él ahora. Es hora de dormir.

—Mami, ¿cantas «Estrellita»?

—«Brilla, brilla estrellita.»

Es su canción favorita. A Mia le encantan las estrellas. Esto es lo que hemos recuperado desde el caos: cielos nocturnos negros y profundos, salpicados de estrellas, planetas y constelaciones, estrellas fugaces y una luna que nos es tan familiar como el sol.

Me pongo a cantar en voz baja, intentando no despertar a mis hermanos.

Mia estira los brazos hacia arriba. Abre y cierra las manos, haciéndolas titilar.

Un poco después se pone el pulgar en la boca y se pone de lado. La envuelvo en una manta, me deslizo fuera de la tienda y me siento fuera a esperar a Adam.

OceanofPDF.com

6.

Adam

Estamos a dos metros de distancia, mirándonos el uno al otro. Tiene una cicatriz blanca encima del ojo izquierdo.

Casi me estoy cagando de miedo, pero no quiero que se dé cuenta de lo asustado que estoy. Me enfrento a él, mirándole directamente a los ojos. Y al hacerlo, su número me vuelve loco. Es otra cosa.

1622029.

Pero no es la fecha lo que me afecta.

Es su muerte.

Es extraordinaria, una fracción de segundo de dolor, desesperación, rabia y pánico. Nunca había sentido nada igual. No la puedo explicar, excepto que la siento como la muerte de fuera hacia dentro, la piel gritando, con un dolor desgarrador, lacerante y penetrante por todo el cuerpo, y la muerte de dentro hacia fuera, todas las células sufriendo un colapso, todas uniéndose en un punto pálido de agonía.

Quiero mirar hacia otro lado, para separarme de su dolor, pero hay algo más. Su número parpadea en mi cabeza. Cuanto más

intento entenderlo, más baila enfocado y desenfocado, luz y oscuridad mezcladas. Está ahí y al momento siguiente ya no está.

Todo el asunto —la muerte, el parpadeo— me hace sentir mareado. La tierra se mueve bajo mis pies.

—Adam —dice Saul—. Siéntate. Bebe algo.

—Gracias, pero no bebo eso.

Sin embargo, tomo asiento. No tengo otra alternativa; siento las piernas como si fueran de gelatina.

Saul asiente con la cabeza hacia los otros dos hombres y éstos desaparecen en la oscuridad.

—Llegaste a algunas conclusiones —dice Saul. Se sienta a mi lado, alarga la mano para coger la botella de whisky y bebe hasta apurarla.

Me concentro en mi respiración, intentando controlar el pánico que me inunda.

«¿Quién es este hombre? ¿Qué clase de muerte podría producir esas sensaciones?»

—¿Por qué me buscabas? —pregunto en voz más alta de lo que quisiera—. ¿Qué quieres de mí?

—He venido a sacarte de aquí.

Es como si una mano me agarrara firmemente la garganta. Se lo he dicho a Sarah. Se lo he dicho. Vienen a por mí y me quieren llevar.

—¿Sacarme de aquí? ¿Adónde quieres llevarme? ¿Por qué?

—Trabajamos para el gobierno. Estamos volviendo a poner este país en marcha. Necesitamos personas como tú, Adam. Personas fuertes. Personas que puedan liderar. Personas «dotadas».

Eso me desconcierta.

—Dotadas —digo, tratando de poner a prueba la magnitud de las palabras. Nadie me había dicho jamás que fuera «dotado»—.

Pero el gobierno no quiere saber nada. Traté de decírselo hace dos años e intentaron hacerme callar, silenciarme.

—Te detuvieron.

—Sí.

—Por asesinato.

—¡Pero yo no lo hice! Me tendieron una trampa para incriminarme. Yo no había matado a nadie.

Ahora estoy muy asustado. Sea quien sea este tipo, y sea lo que sea, sabe muchas cosas de mí. Demasiadas.

—Eso fue en ese momento. Ahora las cosas son diferentes. Necesitamos tu ayuda.

—¿Qué ayuda podría prestar yo ahora? Ya le dije a todo el mundo que el final se acercaba; y llegó.

—Pero no es el final, Adam —explica—. Es el comienzo, el inicio de un nuevo mundo donde personas como tú son escuchadas, respetadas y valoradas. Puedes marcar la diferencia.

No sé qué decir.

—¿A qué te refieres?

—La gente te escuchó. Empezaron a abandonar Londres. Te volverán a escuchar. Puedes ser un referente. Cuando veas que se acerca un peligro, puedes advertir a la gente: hacerles salir de las zonas que vayan a sufrir inundaciones, de los edificios que vayan a derrumbarse. Puedes hacer que los niños vayan a los centros de alimentación. Puedes ayudar. Puedes ayudarnos a reconstruir este país.

No le creo. ¿Por qué la gente que había tratado de silenciarme quiere ahora mi ayuda?

—Has tardado bastante en encontrarme. Y llevo un chip. Podrías haberme encontrado cuando hubieras querido, en cualquier momento.

—Hemos estado recomponiendo la infraestructura de información. El software, los sistemas. Teníamos los aviones no tripulados, pero no podíamos comunicarnos con ellos. Ahora ya podemos hacerlo. También tenemos teléfonos; una red básica que vuelve a funcionar. Estamos reconstruyendo las cosas, tal como estaban, pero necesitamos a personas como tú.

—Quiero ayudar a la gente, por supuesto que sí, pero...

—No tienes que vivir así —continúa, como si yo no hubiera dicho nada—. No tienes que vivir como vive esta gente, sentados en el suelo como salvajes. Tus chicos no tienen que pasar hambre ni frío. No tienen que ponerse enfermos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay lugares con electricidad, calefacción, alimentos y medicinas.

—¿En Inglaterra?

—En Inglaterra, Escocia y Gales. Todavía hay núcleos de civilización. Enclaves. Para los que pueden «contribuir».

—¿Ciudades?

Se encoge de hombros.

—Zonas de ciudades, algunos edificios, fincas, granjas. Lugares que fueron previsores. Planificaron. Turbinas eólicas, quemadores de combustible sólido, paneles solares. Algunos de ellos se conservaron intactos. Otros han sido reparados.

Sonríe y tira la botella vacía al fuego.

—Va a ser un invierno duro, Adam. El más duro desde 2010.

Sé que tiene razón. En el campamento hay por lo menos tres personas que no van a llegar a la primavera. Pienso en Marty, Luke, Sarah y Mia, en cómo a duras penas nos las hemos arreglado estos dos últimos años.

«Núcleos de civilización.»

La idea de estar bajo techo, calientes y secos, es casi dolorosa.

—¿Qué es lo que tendría que hacer?

Saul me da unas palmaditas en la espalda como si fuera cosa hecha.

—Desempeñar tu papel, amigo mío. Desempeñar tu papel. Estamos sentando las bases de una sociedad diferente, donde la intuición y la ciencia trabajen cogidas de la mano. Las viejas costumbres y las nuevas. Nosotros queremos comprender a las personas que son especiales, las personas como tú, que no han sido comprendidas.

«Dotado. Incomprendido. Comprender.»

Sé que está escogiendo cuidadosamente sus palabras, elaborándolas. Puedo notar que está manejando mis hilos y eso no me gusta. Pero son palabras afectuosas. Hacen que me sienta cómodo.

—Habla de ello con Sarah —dice con tranquilidad—. Habla ahora con ella. Luego vuelve y me cuentas lo que dice.

—Es probable que esté dormida. No quiero despertarla.

—Pues habla con ella cuando se despierte. Yo esperaré aquí.

Me lo imagino sentado ahí toda la noche. Esperando mi respuesta.

Y sólo una respuesta valdrá.

OceanofPDF.com

7.

Sarah

Le oigo antes de verle, las ramitas partiéndose bajo sus botas.

—¿Qué querían?

Tengo un nudo de miedo en la boca del estómago.

—Quieren que los ayude, que ayude al gobierno.

—¿Por qué tú?

—Por mi... don. Puedo ver los problemas que van a surgir y hacer que la gente escape. Como hice en el caos.

—Adam, ésta es la misma gente que intentó detenerte entonces, ¿qué ha cambiado?

—Creo que sencillamente han comprendido que puedo ser útil. Me ven como a un líder.

Esto me suena a sandez.

—No me fío de ellos —digo.

—Yo tampoco, pero me dicen que podemos ir con ellos, ir a algún lugar cálido y seco, donde hay médicos, electricidad y todo lo que no hemos tenido durante dos años. Tú quieres establecerte en alguna parte, Sarah. Quieres un lugar seguro para Marty, Luke, Mia y el bebé. Podrían darnos uno.

—Pensaba que lo habíamos encontrado aquí.

—Esto sigue siendo vivir en una tienda en el bosque, ¿no? Saul hablaba de algo distinto. De volver a la civilización. Yo diría que tienen comida suficiente. Que están bien equipados. Que vienen de algún lugar que está bien.

Algún lugar que está bien. Regreso mentalmente a la casa de mis padres, antes del terremoto, antes de fugarme. Hay una alfombra mullida de pelo largo bajo mis pies desnudos; estoy sumergida en una bañera de patas llena de burbujas; estoy viendo películas de Hollywood en una pantalla del tamaño de la pared. Lo tengo todo..., el tipo de vida con que la gente sueña. Pero está podrido hasta la médula.

Mi familia era corrupta y la casa era una jaula preciosa donde mi padre podía hacer lo que quisiera. Y lo hizo; noche tras noche tras noche.

—Las personas crean el hogar, Adam. Tú lo dijiste. Y ese hombre es un matón. Ya has visto lo que le ha hecho a Mia.

—Pero podemos hacer que Mia y tus hermanos dejen de vivir como animales. Piensa en ello. Comida de verdad, un techo sobre nuestras cabezas.

—No lo sé. No confío en ese hombre.

—No has escuchado lo que nos está ofreciendo. Habla con él mañana por la mañana. Ya lo verás.

Le miro detenidamente. Le ocurre algo. Sus ojos inspeccionan rápidamente todo el lugar.

No está siendo sincero conmigo.

OceanofPDF.com

8.

Adam

Al despuntar el día, dejamos a los chicos y a Mia durmiendo, y nos dirigimos hacia donde dejé a Saul. Todavía está sentado junto al fuego, esperando, tal como dijo que haría. Los otros dos no están con él. Los sacos de dormir y los fusiles han desaparecido.

Sarah le acribilla a preguntas. Es como un rottweiler, más parecida a como era cuando nos vimos por primera vez. Es bastante imponente. Pero detecto que Saul está impaciente.

No quiere responderle, no quiere decirnos exactamente adónde tendríamos que ir. Todo lo que nos dice es «sur», y luego, finalmente, «las Cotswolds». Yo ni siquiera sé lo que son o dónde están las Cotswolds.

—Eso debe de estar a unas cincuenta millas de aquí —dice Sarah. Obviamente, sabe más que yo—. ¿Cómo llegaríamos?

—Aquí tengo unas motos grandes. Se tarda más o menos una hora, eso es todo.

—Nosotros somos cinco y vosotros tres. De todos modos, Mia no puede ir en una moto y no creo que los chicos deban ir, y yo no puedo...

Se detiene a media frase y me doy cuenta de que no quiere que Saul conozca la existencia del bebé. Pero se envuelve más en su abrigo y, en lugar de ocultar la barriga, sólo consigue llamar más la atención sobre ella.

Saul la mira de arriba abajo y sé que se ha dado cuenta.

—Tienes razón, Sarah —dice—. No pueden viajar ocho personas en tres motos. Sólo hay un asiento para el conductor y un asiento trasero por moto. En una moto pueden ir como máximo tres pasajeros: Adam, tú y Mia, si te parece.

Se queda boquiabierta sólo un momento.

—No —contesta—. Ni hablar. No vamos a dejar aquí a mis hermanos. Adam, díselo. ¡Díselo!

—No es momento para ser egoísta: ahora hay que pensar en lo que podemos hacer por los demás —dice Saul con soltura.

—¿Estás diciendo que soy egoísta porque me preocupo por mi familia? —Ahora está irritada de veras.

—No, pero hay que tener una perspectiva más amplia. Sé que Adam es importante para ti, pero también es importante para todos nosotros.

Ambos se vuelven a mirarme.

Pienso en camas calentitas. Pienso en comida caliente. Pienso en ayudar a la gente, utilizando los números como hacía antes. Pero sé que Sarah tiene razón. Tengo que estar con ella, y ella no irá a ninguna parte sin los chicos.

—Ahora no, Saul —digo—. Pasaremos aquí el invierno.

Pongo mis manos sobre los hombros de Sarah y siento la tensión que emana de ellos.

—¿Eso es todo? ¿Es tu última palabra? —Hay un mensaje de advertencia en su voz, pero ahora no importa lo que diga. Lo he decidido y sé que eso es lo que debemos hacer.

—Sí —respondo con firmeza—. Así es.

Él aprieta la mandíbula y se puede percibir un destello de ira en sus ojos. Mira a su alrededor rápidamente, como si estuviera escrutando dónde están los demás. Luego se vuelve de nuevo hacia mí.

—En este caso, no me dejáis ninguna otra opción. —Se lanza hacia mí, me agarra por la muñeca, me da la vuelta de un empujón y me retuerce el brazo por detrás de la espalda—. Estás detenido, Adam Dawson. Tienes que responder de una acusación de asesinato, ¿o lo habías olvidado?

Sarah se quita de en medio y se tambalea hacia ambos lados. Todo sucede muy rápido, no tengo tiempo de reaccionar. Él tira de mi brazo con tanta fuerza que parece que vaya a salirse de su cavidad.

—¡Cabrón! —digo con un grito ahogado. Él tira del brazo con más fuerza.

—Suéltale.

Levanto la vista y clavo los ojos en el cañón de una escopeta, pero no me apunta a mí.

Daniel tiene a Saul en su punto de mira.

—Suéltale —vuelve a decir. Está tranquilo, con los ojos fijos en el hombre que me tiene sujeto.

—Represento al gobierno —suelta—. No puedes sacar una escopeta y amenazarme.

—No me vengas con el cuento de tu gobierno. Éste es mi campamento. Aquí ya no eres bienvenido. Suelta a Adam y lárgate de aquí.

Durante unos segundos se impone el silencio. Daniel y Saul se miran fijamente. No sabría decir quién va a ceder. Lo único que puedo oír es la sangre golpeando en mis oídos mientras Saul me aprieta la muñeca. Luego la suelta. Mi brazo cae a un lado. Doy un par de pasos a trompicones alejándome de él y luego me vuelvo. Quiero pegarle un puñetazo en la cara.

—Ya está, Adam. Aléjate de él. —Daniel está al mando. Para ser un tipo tan frío, hace un buen trabajo como sheriff del salvaje Oeste—. Bien. Ahora, tú, Saul, lárgate de aquí y no vuelvas. Si vuelvo a ver tu cara en el campamento, te volaré la tapa de los sesos.

El tipo se echa hacia atrás con las manos levantadas. Tiene cara de pocos amigos. Al mirarle, siento frío en mi interior. No es uno de esos tipos que perdona y olvida.

Cuando está a unos veinte metros, se vuelve y se dirige hacia el bosque. Un momento después oímos que las motos se ponen en marcha.

Me vuelvo hacia Daniel.

—Gracias, tío —le digo.

—No hay problema. Eres una leyenda, Adam. Supongo que ese tipo estaba tratando de neutralizarte.

—¿Qué?

—Que trataba de sacarte de la circulación, de alejarte de las personas que te necesitan.

—¿Quién me necesita?

Parece sorprendido.

—Todos nosotros. Él tenía razón en eso: eres importante para todos nosotros. Y aquí siempre tendrás amigos. Siempre.

Le miro a los ojos. 3152066. Siempre no existe, no para todos, pero comprendo lo que está tratando de decir y se lo agradezco.

—Gracias —digo, y hago el gesto de chocar los cinco, pero él me coge la mano y tira de mí para darme un abrazo. Unas palmadas en la espalda y nos separamos. Pestañeo repetidamente, intentando contener las lágrimas. Sarah tenía razón al recordármelo. Es la gente lo que importa.

—¿Qué crees que harán ahora? —pregunta Daniel.

—No lo sé. No creo que dejen las cosas así. Supongo que deberíamos seguir adelante, quitarnos de en medio.

—No, Adam —dice—, quedaos aquí. Aquí sois bien recibidos. Todos esperábamos que vinieras.

—¿Sarah?

Está en silencio y pálida junto a mí, casi como un fantasma.

—No me gustan las armas —dice.

La rodeo con mis brazos.

—Ya se han ido. Todo está bien.

—Ahora se han ido, pero volverán.

Caminamos por el campamento hasta nuestra tienda. Tras la tensión de las últimas doce horas, todo el lugar parece exhalar un suspiro de alivio. La gente se ocupa de sus fogatas, mientras se oye el sonido de las motos que se alejan. Anoche hubo una helada y ahora la luz del sol se filtra a través de las ramas, por encima de nosotros, haciendo brillar el suelo.

Entonces oigo a Marty y Luke. Están gritando.

Sarah y yo corremos.

Primero veo a Luke tendido fuera de la tienda, con las manos en la cara.

Luego a Marty, que viene corriendo hacia nosotros con el rostro surcado de lágrimas.

Por último, veo la parte de atrás de la tienda. Está rajada de arriba abajo.

—Mia... Mia... —Es lo único que Marty puede decir. Respira entrecortadamente.

Corro hacia la tienda y entro a toda prisa.

La cama de Mia está vacía.

Ha desaparecido.

OceanofPDF.com

9.

Sarah

Se la han llevado.

Me quedo paralizada durante un momento. Miro hacia el hueco, más allá de Adam, mientras el borde de la tienda ondea ligeramente.

Sólo hemos estado ausentes unos minutos. Alguien debe de haber estado observando, esperando. Los hombres de Saul. Mientras hablábamos con él...

—Marty, dime. ¿Qué has visto? —Le agarro por los hombros. Él trata de librarse de mí, sin dejar de llorar. Le zarandeo—. ¿Qué has visto? —grito.

—Han sido esos hombres —solloza—. Uno de ellos ha pegado a Luke en la cara. El otro ha cogido a Mia... No grites. No es culpa mía. Ellos...

Adam está de pie y corre hacia el bosque.

—Lo siento. Lo siento, Marty —digo—. Yo no quería... Quédate ahí y cuida de Luke. Vuelvo enseguida.

Y, acto seguido, yo también echo a correr, destrozando la maleza helada, haciéndola crujir, resbalando, abriéndome paso detrás de Adam. Se dirige hacia la carretera. Puedo oír los motores

acelerando y tartamudeando. Todavía no han salido del bosque. Tal vez no sea demasiado tarde.

Estoy muy lejos de Adam. Él es rápido. Yo lo era, pero ya no, no así. Tengo el estómago revuelto, pero ahora adrenalina pura recorre mis venas. Tengo que llegar hasta ella. «Tengo que hacerlo.» Llego a la carretera una fracción de segundo antes que los motoristas. Derrapan y se enfrentan a nosotros: uno, dos, tres.

Mia está en la segunda moto. Está envuelta en su manta de rayas y el hombretón del pelo largo la está sujetando, con el brazo alrededor de su cintura. Ella forcejea. Me da un vuelco el corazón.

—¡Mia! —grito, y ella deja de forcejear un momento y levanta la vista. Su rostro es la viva imagen del terror—. ¡Mia!

Adam corre a toda velocidad hacia las motos, tratando de cortarles el paso. Es una locura. Las motos son enormes; grandes pedazos de metal embravecidos. Saul y sus compañeros no se dejan amedrentar por nosotros. Se detienen un segundo, no más, aceleran y se lanzan contra nosotros.

No quiero que la moto de Mia se estrelle, pero no puedo dejar que se vayan sin tratar de detenerlos. Saul pasa volando el primero. Adam se aparta de un salto. Sus ojos están puestos en la niña y la segunda moto. Intenta agarrar el manillar. El motorista da un viraje brusco para esquivarle y se dirige hacia mí. El retrovisor me golpea en el pecho y me tira hacia atrás. La tercera moto se escapa por la izquierda y luego los tres hombres se alejan, acelerando por la carretera.

—¡No! ¡No! ¡Mia!

Oigo un estallido junto a mí. Luego otro y otro.

Es Daniel. Les está disparando. Una de las motos patina y cae, deslizándose a lo largo de la carretera. Algo ha salido despedido.

—¡Basta! ¡Basta! —Me levanto con dificultad, apretando los dientes para aguantar el dolor, y me abalanzo sobre él, poniendo ambas manos en el cañón de la escopeta y desviándola hacia el cielo.

—¡Apunto a los neumáticos!

—Mia va en una de esas motos. ¡Detente!

Él aparta el arma de su cara. Las otras dos motos están reduciendo la velocidad; se han dado cuenta de que van con un hombre menos. Desde aquí no puedo saber quién está en el suelo. ¿Ha sido la segunda moto la que ha caído? ¿Es Mia? Adam, Daniel y yo empezamos a correr al mismo tiempo. Estoy desesperada de dolor, pero no me detengo.

Una de las motos está dando la vuelta; la otra sigue avanzando por la carretera. Me sujeto el vientre con las manos y trato de correr más rápido. Sólo pienso en Mia.

La moto va a llegar antes.

Estoy a unos cincuenta metros de distancia cuando el hombre ordena a gritos que nos detengamos. Adam está más cerca. El piloto desmonta. Es Saul.

Mientras corro, voy gritando: «Mia, Mia, Mia», pero él no me oye o no le da ninguna importancia. Está en cuclillas, examinando el cuerpo que está tendido en el suelo. Un charco de líquido oscuro se extiende sobre el asfalto.

Un cuerpo. Es el hombre enjuto y nervudo.

Mia está en la otra moto con el hombre del pelo largo. La hemos perdido.

—¡Saul! ¡Saul! Por favor... —Estoy jadeando, jadeando y llorando; me acerco a él a trompicones.

No reacciona. No vuelve la cabeza. No mira hacia mí; ni hacia Adam o Daniel. En lugar de ello, se pone de pie, saca un revólver del cinto, pone el brazo en línea recta, con el cañón apuntando al pecho del hombre, y le dispara tres veces.

El cuerpo da unas sacudidas por la fuerza de las balas. Nos paramos en seco, horrorizados, aterrorizados.

Sólo entonces Saul parece advertir nuestra presencia. Levanta la vista y hace oscilar su brazo estirado hacia nosotros. Todo mi

aliento parece abandonar mi cuerpo.

—Suelta el arma, pon las manos arriba y mantenlas así.

Daniel suelta el rifle y nosotros hacemos lo que acaba de decirnos. La mirada de Saul es fría e inflexible.

Apunta el revólver hacia el médico.

—Me has disparado y has disparado a mis hombres —dice. Está absolutamente tranquilo.

Dispara.

Daniel cae al suelo, gritando y agarrándose la rodilla.

Yo también grito. El cañón de la pistola se mueve en mi dirección.

—Cállate, Sarah.

Yo podría ser la siguiente. Me tiemblan las piernas.

—Adam, levanta esa moto —le espeta Saul.

—¿Qué? —Adam está en estado de shock. Se ha quedado perplejo y aterrorizado.

—Levanta esa moto. Ahora. Hazlo.

Todavía con las manos en la cabeza, Adam tropieza con la moto. El motor está en marcha. Duda.

—Levántala.

Trata de forcejear con la moto para ponerla de pie. Es una bestialidad de máquina y tiene que hacer un par de intentos para conseguir levantarla. Saul le mira con desprecio apenas disimulado.

—¿Sabes conducir una de éstas?

—Nunca lo he intentado.

—Ponle el caballete. Dale una patada. Ahora coge su casco.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Adam se queda mirando el cuerpo tendido en el suelo y el negro charco de sangre a su alrededor.

—No quiero hacerlo.

—No es para ti. Es para Sarah.

Al oír mi nombre se me hiela la sangre. Yo también me siento mal. Se me contrae el estómago, la piel se me tensa como un tambor sobre el bebé que llevo dentro.

—No —digo con voz ronca—. No pienso montar en esa moto. —No quiero decirlo, pero tengo que hacerlo—. Estoy embarazada, Saul. No me obligues a ir en moto.

—Te sentarás detrás de mí. —Es inflexible. Inhumano.

—No quiero hacerlo. No puedes obligarme.

Apunta su pistola directamente hacia mí.

—¿Que no puedo? Cierra la boca y ponte ese casco.

Adam está en cuclillas junto al hombre enjuto y nervudo. Sostiene su cabeza exánime y desabrocha la hebilla con manos temblorosas. El casco se atasca cuando trata de sacárselo y tira de él. Sale, pero la cabeza del tipo golpea la superficie de la carretera.

—Dios. Dios mío —dice Adam.

—No te preocupes —dice Saul—. No siente nada. Dale el casco a Sarah y luego súbete a la moto.

La idea de ponerme el casco de un hombre muerto, de su sangre en mi pelo, me produce arcadas.

—Tenemos que hacerlo —me dice Adam en voz baja—. Será más seguro para ti. Sé valiente. —Levanta el casco por encima de mi cabeza y me lo pone.

Saul monta en su moto y señala el asiento de atrás con la pistola.

—¿Y los chicos? ¿Qué pasa con mis hermanos? —pregunto. Mi voz se oye amortiguada por el casco.

—Venga, Sarah —me urge Saul levantando la pistola una vez más—. No voy a volver a pedirte.

Adam me ayuda a subir a la moto de Saul. Le echo una última mirada a Daniel. Tiene los ojos cerrados, la sangre de su pierna se derrama sobre la carretera.

Marty, Luke... Todo va demasiado rápido. No hay tiempo para decirles nada. Tengo la esperanza de que alguien cuide de ellos. Alguien, seguramente alguien cuidará de ellos.

—Ponme las manos en la cintura —dice Saul.

¿Tengo otra opción? Me inclino hacia delante y me agarro al cuero de su chaqueta. Tocarle me hace sentir náuseas.

Adam se sube a su moto.

—Venga —grita Saul—, todavía tenemos algunas cosas que hacer. Vámonos. Mete la primera con el pie izquierdo. El acelerador está en el lado derecho del manillar, gíralo para ir más rápido. La palanca del freno también está ahí. El embrague está a la izquierda. Podrás hacerlo.

Se sienta, mirando cómo las manos de Adam intentan torpemente hacerse con los mandos de la moto.

—Dale al pedal con el pie izquierdo y gira el acelerador —repite Saul.

La moto de Adam da una sacudida hacia delante y está a punto de caerse. Se para en seco y, a continuación, lo intenta de nuevo. Esta vez es más suave. Por encima del hombro de Saul veo que empieza a zigzaguear por la carretera.

Entonces mi captor arranca el motor y me da el susto de mi vida. Es como si este trasto estuviera vivo: el ruido, el olor y la vibración son abrumadores. Me agarro con más fuerza a la cazadora. Tengo que hacerlo.

De repente, damos un bandazo hacia delante y mi culo se desliza hacia atrás. Clavo las yemas de mis dedos en el cuerpo de Saul mientras el mundo que nos rodea se vuelve borroso.

¿Quién es el hombre al que me aferro desesperadamente?
¿Quién es este asesino a sangre fría? ¿Y qué es lo que quiere de
nosotros?

OceanofPDF.com

10.

Adam

Nunca he conducido nada que fuera más grande que una scooter, y esto es una máquina enorme, sobrecargada. Saul y su compañero parecen pertenecer a uno de esos grupos que llevan sus cueros, sus guantes y sus cascos al estilo nazi. Yo no llevo nada. Conduzco esta cosa con una sudadera y unos pantalones vaqueros, como si fuera un niño en una atracción de feria, pero esto es más aterrador que cualquier parque temático.

Tengo tanto miedo que apenas puedo respirar. Si me caigo, me convertiré en mermelada de frambuesa en la carretera. Hay baches y socavones por todas partes. Hago todo lo posible para conducir en línea recta, pero en mi mente sigo viendo a ese tipo tirado en medio de un charco de sangre.

«No pienses en ello. Concéntrate.»

Recorro mentalmente los mandos de la moto: a la derecha están el freno y el acelerador; a la izquierda, el embrague. El embrague me tiene perplejo: cuando aumento la aceleración, el bramido del motor sube y sube, como una avispa zumbando escalas. Intento cambiar de marcha, pero no lo consigo. El motor da sacudidas y tirones, pero no cambia de marcha. Ahora la moto

berrea y hace vibrar mi cerebro en el interior del cráneo. Lo intento de nuevo y esta vez el embrague engancha, el estruendo se apaga.

«Puedo hacer esto. Puedo hacerlo.»

Puedo oír a Saul detrás de mí, pero todavía no puedo ver la otra moto por delante. ¿Está bien Mia? Antes estaba dando patadas y forcejeando; Dios quiera que esté tranquila. Tranquila y segura. Tengo que llegar hasta ella. Cualquiera que sea el misterioso poder que tenga, sigue siendo sólo una niña. La hija de Sarah y la niña que me llama papá.

Vuelvo a darle al acelerador y la moto sale disparada hacia delante.

Después de dos años caminando, viajar a esta velocidad es una locura. Si no estuviera tan cagado de miedo por Mia y Sarah, incluso podría disfrutar de ello. El mundo se ve diferente desde el sillín de una moto. Te pierdes los detalles, los márgenes se desdibujan, pero los sentidos se agudizan. El viento en la cara, el olor del aceite en las fosas nasales, los impulsos del motor en las manos y las piernas.

Un giro más del acelerador y, por fin, alcanzo a ver la parte trasera de una moto por delante de mí. «Sí, los estoy alcanzando.»

El ruido de la moto de Saul es cada vez más fuerte. Me doy la vuelta para ver si está cerca y la máquina empieza a moverse, virando y cruzándose en la carretera. ¡Mierda! Me inclino hacia el otro lado y se endereza, amenazando con volcarse hacia el otro lado. Forcejeo con ella hasta que logro sentir de nuevo el equilibrio.

Saul sólo está a unos metros detrás de mí.

Y ahora vuelvo a pensar en él mientras disparaba su revólver contra el hombre tendido en el suelo. Bang, bang, bang. Así de fácil. He visto cosas, cosas malas, especialmente durante el caos, cuando parecía que ya no valía ninguna de las reglas normales y que la gente sólo miraba por sus propios intereses. He visto peleas. He visto a gente tirándose cuchillos unos a otros. Pero nunca había

visto algo tan despiadado. Ha sido como si estuviera sacrificando a un animal. Y luego ha apuntado la pistola hacia Daniel...

Pero el número de Dan indica algún momento de 2066. Debería estar bien, si no cambia. Si, si, si...

Ahora también pienso en el número de Saul, la manera como parpadea enfocándose y desenfocándose. Como el de Mia.

«Como el de Mia. Como el de Mia.»

Da vueltas y más vueltas en mi cabeza.

La moto de Saul llega a mi nivel. Sarah está inclinada hacia delante, abrazada a su cintura. Tiene la cara blanca como una hoja de papel, aprieta los dientes con tanta fuerza que la mandíbula casi le sobresale a través de la piel. No sé cuánto podrá aguantar. Saul levanta una mano del manillar y me lanza un simulacro de saludo. Nuestras miradas se encuentran y recibo el destello de su número titilante.

«Como el de Mia.»

Aparto la mirada, pero ya es demasiado tarde.

Hay una grieta en el asfalto de mi lado de la carretera y la rueda delantera de mi moto se mete en ella de lleno y doy vueltas. Mis dos manos se sueltan de ambos lados del manillar y de repente estoy volando, con los pies por encima de la cabeza; lo último que oigo son los gritos de Sarah.

OceanofPDF.com

11.

Sarah

Desde el principio, en ningún momento me ha parecido que Adam tuviera la moto bien controlada. Le he visto, por encima del hombro de Saul, forcejeando con ella, luchando por mantener el equilibrio. Era un accidente que se podía prever.

Y ahora se ha producido.

Su cuerpo no puede hacer nada contra las leyes de la física. Velocidad, resistencia e impulso.

Aterrizo a seis o siete metros de la moto, cae de espaldas; las manos y los pies golpean el suelo una fracción de segundo después. Fragmentos de moto caen a su alrededor. Y luego nada. Ningún movimiento, ningún ruido, aparte de nuestro motor y mis gritos.

Me incrusto en la espalda de Saul cuando frena.

—Bájate —dice, pero ya estoy en el suelo sosteniendo la cabeza de Adam contra el pecho, incluso antes de que él ponga la moto sobre el caballete.

—¡Adam! Adam, ¿puedes oírme?

Tiene los ojos cerrados. Está frío.

—Déjame —me ordena Saul—. ¡Muévete! —Me empuja bruscamente a un lado y pone los dedos en el cuello de Adam—. Tiene pulso. —Mueve la mano delante de su nariz—. Y respira.

Parece tan aliviado que me resulta extraño.

Mete la mano en el interior de la chaqueta y saca un teléfono. Hacía dos años que no veía uno.

—Hombre herido —grita—. Estamos en la A46, al norte del cruce con la M4. Lancen un avión teledirigido y establezcan mi posición. Necesito una ambulancia cuanto antes.

Da por terminada la llamada y vuelve a concentrarse en Adam.

—Los médicos estarán aquí dentro de veinte minutos —dice casi para sí mismo. Es como si yo no estuviera ahí—. Examinarán su cuello, su espalda y sus funciones cerebrales.

Cuello, espalda, funciones cerebrales. Dios mío, esto es malo. Muy, muy malo.

Veinte minutos.

Cada segundo parece una hora.

Escruto el rostro de Adam, sus dedos, sus pies, buscando el más mínimo movimiento, el más pequeño signo. Pero no hay nada. Parece dormido, aunque sé que normalmente tiene un sueño agitado, tan inquieto como cuando está despierto; mueve las piernas, murmura entre dientes y se vuelve a un lado y al otro.

Ahora está completamente inmóvil.

Saul deambula arriba y abajo, mirando la carretera, pero yo no puedo dejar solo a Adam.

La ambulancia —un todoterreno— no se anuncia con la sirena. No hay ninguna necesidad. Desde el Caos, no hay coches en la carretera. Salen cuatro personas de un salto. Bombardean a Saul con preguntas —¿qué, cuándo, cómo?— y mientras tanto van trabajando en Adam.

—¿Está...? —farfullo—. ¿Estará...? —Nadie me escucha. Me empujan fuera de su círculo y lo único que puedo hacer es mirar a través de los huecos que dejan.

Le colocan un collar ortopédico y, a continuación, le ponen con cuidado en una camilla.

—¿Puedo ir con él en la ambulancia? ¡Por favor!

Vuelven a ignorarme.

—Vuelve a la moto —dice Saul bruscamente. Es la primera vez que me habla desde el accidente—. Llegaremos antes que ellos.

La moto. No puedo volver a enfrentarme a ella. Me duelen las piernas, además del pecho, donde me ha golpeado el espejo retrovisor de la otra moto.

—Por favor —le ruego.

Apenas me mira.

—Puedes subirte a la moto o te puedo dejar aquí. A mí no me importa en absoluto. Yo sólo te he traído para que viniera Adam. Quizá todavía podrías sernos útil, pero lo dudo.

Y en este mismo momento comprendo que no significo nada para este hombre. Literalmente, nada. Me dejaría a un lado de la carretera, en medio de la nada, sin pensárselo dos veces. Con mi novio en una ambulancia, mi hija secuestrada y un bebé en camino.

Me siento paralizada, impotente, como si lo único que pudiera hacer es mirar cómo el mundo gira fuera de control alrededor de mí.

Me subo a la moto.

Nos ponemos en marcha antes que la ambulancia y cruzamos un puente sobre una autopista. Hace tres años, los coches habrían ido pegados unos a otros. Hoy en día, hay una sucesión de tiendas de campaña a lo largo del arcén en un lado y dos personas a caballo en el otro. La carretera discurre entre campos ligeramente ondulados. Pasamos junto a carteles indicadores de Chippenham,

Corsham y Bath, y me pregunto si nos dirigimos a alguno de estos lugares cuando Saul empieza a frenar.

Estoy confundida. Ahí no hay nada, sólo una pista que conduce a un cerro de aspecto gris. Espero que la pista siga para arriba o dé la vuelta. Pero no lo hace. Sigue recto. Y entonces la veo: una gran puerta metálica en la ladera de la colina. Un par de hombres uniformados, armados con los mismos fusiles que Saul y sus hombres, están de pie a cada uno de los lados.

Un búnker.

Nos detenemos ante la puerta metálica. Los hombres armados saludan y uno de ellos desliza hacia atrás un cerrojo antes de abrir la puerta.

No quiero que me entierren ahí, encerrada sin luz ni aire fresco. No puedo entrar.

—¿Está aquí Mia? —pregunto detrás de Saul.

Él no se molesta en responderme, se limita a apagar el motor y a desmontar.

—Bájate de la moto —me ordena.

No me muevo. No quiero entrar en la colina.

—Estoy perdiendo la paciencia, Sarah —se queja Saul, y seguidamente, antes de que pueda decir nada, me agarra con un brazo por la cintura y me saca de la moto. Me tambaleo al golpear con los pies en el suelo. Las articulaciones me duelen horrores.

—¿Me permites un minuto? —pregunto—. Necesito estirar las piernas...

—Estíralas dentro —dice bruscamente.

Miro la entrada frente a nosotros —un cuadrado iluminado en la ladera, un pasillo de unos veinte metros de largo, vacío y con mucha luz— y entonces me empieza a entrar el pánico de verdad. Se me corta el aliento en la garganta, tengo piel de gallina en todo el cuerpo y siento un hormigueo en el cuero cabelludo.

«Si entro, no volveré a salir.»

—¿Mia está dentro? —vuelvo a preguntar.

Saul se detiene un momento, como si estuviera considerando si la información puede ser útil... para él.

—Está aquí —dice finalmente.

¿Me está diciendo la verdad? No hay forma de saberlo.

Sólo hay una manera de averiguarlo.

El corredor está vacío, aparte de unas cuantas sillas de madera que flanquean las paredes. El resplandor artificial de las luces fluorescentes del techo me lastima los ojos. Al final del corredor hay una rejilla metálica y detrás de ella hay algo que parece una puerta de ascensor.

Sigo a Saul hasta la reja. Pulsa un botón en la pared, pero ya se escuchan un zumbido y un silbido. El ascensor hace una parada. Seguidamente, las puertas plegables se abren dejando ver una brigada de personas con batas blancas y un guardia uniformado. Éste corre la rejilla metálica hasta abrirla del todo.

Los de las batas blancas nos apartan de un empujón y se dirigen a la carrera hacia la entrada del búnker.

—Tiempo estimado de llegada de Adam Dawson, cinco minutos —le dice Saul a uno al pasar.

El hombre se limita a asentir con la cabeza. Lleva una chaqueta de tweed debajo de la bata blanca. Ninguno de los demás batas blancas me mira. Es como si me hubiera vuelto invisible.

Subo al ascensor. Es lo suficientemente grande como para que quepan unas veinte personas. Aunque es una antigüedad: el cuadro de mandos no es un conjunto de botones, sino un disco retro con un asa metálica. Oigo cómo se cierra la rejilla deslizándose detrás de mí y me doy la vuelta.

Saul se queda parado al otro lado de la reja.

—Ésta es Sarah —le dice al guardia—. Yo voy a esperar a Adam. Él es el importante. —Fija sus ojos negros y penetrantes en mí. Hay un destello de burla en ellos—. No te preocupes. Sólo son treinta metros de profundidad. El lugar más seguro de Inglaterra. Sólo hay una entrada y una salida.

—Quiero ver a Mia —le digo—. Y a Adam.

—Los verás —replica, dándome la espalda.

Me despacha. No importo.

El guardia tira de la puerta del ascensor para cerrarla y, a continuación, hace girar la manija hasta «BAJAR».

Todo vibra, y el estómago se me revuelve mientras la cabina empieza a bajar tierra adentro.

«¿Qué diablos es este lugar?»

OceanofPDF.com

12.

Adam

Puedo oír voces.

—Hay movimiento ocular... Está volviendo en sí...

¿De quién están hablando?

—Adam. Adam, ¿puedes oírme?

Ahora están gritándole a alguien llamado Adam. Lo siento por el pobre diablo, quienquiera que sea, con toda esa gente chillándole de esa manera.

Abro un poco los ojos, pero la luz es tan brillante que vuelvo a cerrarlos rápidamente.

—¿Has visto eso? Está volviendo en sí. ¡Adam! ¡Adam!

Vuelvo a abrir los ojos y empiezo a ver con claridad un círculo de rostros. ¿Se supone que conozco a estas personas? Las miro una a una. Son caras con ojos, narices, bocas y números, pero no tengo ni idea de quiénes son o de quién soy yo ni de dónde estoy. Lo único que sé es que estoy vivo y respiro. «¿Qué ha pasado?»

Ahora uno de ellos me habla. Su cara parece haber sido aplastada por una puerta de ascensor. 8112034. Cincuenta y tantos años, chaqueta de tweed bajo una bata blanca. Su pelo es castaño,

con un toque gris, con la raya a un lado y colgando como en dos cortinas a ambos lados de las hinchadas mejillas.

—Adam, si puedes entenderme, parpadea.

Le entiendo, aunque no estoy seguro de llamarme Adam, pero de todas formas parpadeo. Una oleada de entusiasmo recorre el círculo de caras.

—Bien —dice—. Ahora, ¿puedes apretarme la mano?

Inspecciono mi cuerpo por encima del gran collar que me rodea el cuello. Ahora el tipo me sostiene la mano izquierda. Maldita sea, ni siquiera le conozco, ¿verdad? ¿O es mi padre o algo así? Sus dedos regordetes aprietan los míos.

—¿Puedes sentir esto? ¿Puedes apretar tú también?

Yo también aprieto.

—Excelente.

Me va examinando todo el cuerpo. Brazos, manos, piernas y pies, todo funciona a la perfección.

—Extraordinario —dice. No le conozco, pero me alegro de que esté contento. Empiezo a relajarme—. ¿Cuál es mi número, Adam?

Lo pregunta como de pasada, lo lanza como cualquiera de sus otras preguntas, pero no es lo mismo. Ahora no me siento relajado. Las alarmas se disparan en mi cabeza. Entonces oigo otra voz. Pero no es nadie de esta sala. La voz está en mi cabeza.

«No debes decírselo, Adam. A nadie. Nunca.»

—No tengo ni idea —digo.

Chaqueta de Tweed se cierne sobre mí.

—¿No lo sabes? ¿Estás seguro? ¿Cuál es mi número, Adam?

—Ya basta. Déjalo, Newsome. Vamos a bajarle. Debería dormir. —Es otra voz la que habla, profunda y fuerte. Muevo los ojos. Hay un hombre de pie al otro lado. Tiene el pelo muy corto y gris, y una cicatriz encima de su ojo izquierdo. Su número parpadea

mientras yo trato de localizarlo. Le he visto antes. Los recuerdos se agolpan en mi cabeza, intentando situarle, pero no lo consigo.

Chaqueta de Tweed se endereza.

—Por supuesto —dice—. Volveremos a intentarlo mañana.

El grupo se dispersa.

Vuelvo a cerrar los ojos, pero no tengo sueño. Repaso una y otra vez lo que acabo de ver, lo que sé. Las caras, los números... y esa voz.

«No debes decírselo.»

Ella también me ha llamado Adam, la mujer que está en mi cabeza, así que debe de ser cierto.

Soy Adam.

¿Adam qué más?

OceanofPDF.com

13.

Sarah

El ascensor desciende. Estamos abajo del todo. El guardia gira la manija hasta «ABRIR» y seguidamente arrastra la puerta hacia atrás dejando ver otro corredor. Este otro está iluminado por una luz tenue, es de hormigón y tan largo que no puedo ver el final. Las paredes están recubiertas con tubos que borbotan e interrumpidas por puertas metálicas con rejillas cerradas a la altura de la vista, ojos de cerraduras y números. Todo está pintado de gris plomo. Es como una prisión.

El guardia me coge del brazo. Trato de zafarme de él, pero me tiene firmemente agarrada. ¿Soy una prisionera? Lo miro bien por primera vez.

Es joven, no mucho mayor que yo. Se le adivina un bigote incipiente y no parece llevar puesta la boina militar según el ángulo reglamentario. Me mira con nerviosismo.

—Te estoy llevando a ver a tu hija —me dice—. Estamos intentando... que se adapte.

Mia. Está aquí. Siento un gran alivio. Ahora ya no me preocupan Saul, ni los soldados, ni lo extraño que es este lugar. Sólo quiero ver a mi pequeña.

El soldado va delante, adentrándose cada vez más en el túnel. Murmura algo sobre la comida y una cama pero, en realidad, no le escucho. Nuestros pasos resuenan débilmente en el suelo de hormigón. Puedo percibir una débil vibración mecánica de fondo.

Cada paso parece alejarme de la vida, de la luz y de todo lo demás que he conocido, pero también es un paso que me acerca a Mia y eso es lo que importa. Trato de fijarme por dónde vamos, pero giramos tantas esquinas, pasamos ante tantas puertas que pronto me doy por vencida; además todo tiene el mismo aspecto gris plomo.

Entonces oigo algo que me deja helada. Una niña que llora. El sonido es débil pero inconfundible. Mia.

Nos detenemos junto a una puerta con el número 1214. El guardia da unos toques en ella y alguien la abre. La voz de mi hija suena a todo volumen por el corredor. Alcanzo a ver una habitación cuadrada, sencilla, con una cama individual en un rincón. Una mujer está sentada en la cama y junto a ella está Mia, con el rostro crispado y colorada como un tomate, agitando los brazos y las piernas.

—¡Mia! —grito—. ¡Mia! —Paso al lado del guardia dándole un empujón y entro precipitadamente en la habitación. No me detiene.

La niña interrumpe el grito a la mitad, abre los ojos y se abalanza aferrándose a mí como un monito, entre sollozos. La beso en el pelo, la abrazo.

La mujer se levanta.

—Estaba empezando a calmarse —dice, aunque de manera muy poco convincente.

Al escuchar el sonido de su voz, Mia aumenta el volumen de sus alaridos.

«Ésta es mi niña —pienso—. Ármale una buena.»

La mujer parece ofendida mientras sale de la habitación con paso majestuoso, y cierra la puerta de golpe tras de sí. Oigo una llave que gira en la cerradura. En la cama hay toallas y ropa de dos tallas. Pero las paredes están desnudas y no hay ni una ventana. Es una celda.

—Estamos encerradas, Mia —le digo, tratando de controlar mi pánico repentino.

Ella levanta la cabeza por encima de mi hombro. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar, siento su aliento cálido en mi cara. Puede ser que estemos prisioneras, pero Mia está aquí. Está viva.

—Encerradas —repite.

La abrazo con fuerza y examino con detenimiento la habitación. Hay un cuarto de baño conectado a ella; pienso un momento en el agua corriente, en una ducha caliente por primera vez en dos años.

—Vamos a lavarnos —digo.

El baño es funcional, pero está limpio. Dejo correr el agua de la ducha. Las cañerías chirrían y crujen hasta que sale un chorro de agua caliente del depósito de la ducha.

Mia niega con la cabeza, aferrándose a mí con más fuerza.

—No tengas miedo, es como la lluvia: agradable y cálida lluvia. Te gustará.

No voy a aceptar un no por respuesta. Me desvisto y, a continuación, la desnudo a ella, haciendo caso omiso de sus protestas. Entro en la ducha cogiéndola de la mano, tirando de ella con cuidado tras de mí. Me echo champú en la palma de la mano y froto nuestras cabelleras con él. Todo, el champú, el jabón, el vapor y el agua, tiene un olor aséptico, como si estuviéramos en un hospital. Pero cumplen su función. El agua que se escurre por debajo de nuestros pies es gris. Pedazos de ramitas y hojas quedan atascados en el desagüe.

Salimos de la ducha y me envuelvo en una toalla mientras voy secando y vistiendo a Mia. Poco después, ella está toda sonrosada, limpia y abrigada. La ropa más pequeña de la cama es demasiado grande, pero se la deja poner y se la acomoda de todas formas.

Cuando levanto la otra, veo que es obvio que no esperaban que estuviera embarazada. Hay ropa interior y una camiseta, una sudadera y pantalones de deporte. Los pantalones son elásticos, pero siguen quedándome demasiado ajustados sobre la barriga.

Olfateo el olor químico de la ducha que persiste en la habitación, me quedo mirando la cerradura de la puerta metálica y las paredes blancas, sin ventanas.

¿De dónde viene el aire? ¿Cómo podemos respirar aquí, a treinta metros bajo tierra?

«El lugar más seguro de Inglaterra. Una entrada y una salida.»

No me importa lo que haya dicho ese hombre. No podemos quedarnos aquí. Tengo que encontrar la manera de salir de este sitio.

OceanofPDF.com

14.

Adam

Durante horas, voy durmiendo y despertando. No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando me despierto, siempre hay algún extraño, y siempre me hacen preguntas.

—¿Cómo estás?

—¿Puedes sentir esto?

—¿Cuántos dedos hay aquí?

Y me hacen pruebas: temperatura, presión arterial, reacción de las pupilas a la luz.

Y a veces me ponen inyecciones. Los contornos de la habitación, las personas que me rodean —las enfermeras, el tipo de la chaqueta de tweed, el tipo de la cicatriz y el número titilante— y el colchón en el que estoy tumbado se difuminan. Mis pensamientos se desdibujan en mi cabeza y, antes de darme cuenta, vuelvo a quedarme dormido.

Esta vez, cuando me despierto, no quiero volver a dormirme. En algún momento entre el sueño y la vigilia he recordado de quién era esa voz.

Mi madre.

Ahora puedo verla. Puedo verlo todo.

Era pequeña, pero vaya si era fuerte. No papá, sólo mamá. Vivíamos junto al mar. Caminábamos por la arena, caminábamos kilómetros y kilómetros. Yo perseguía a las gaviotas. Había helados, paseos en burro.

Jem Marsh. Ésa era ella.

Y yo soy su hijo. Adam.

Yo soy Adam.

Y de ahí vienen los números. Ella también los vio, cuando estaba creciendo. Lo comprendió y trató de ayudarme, incluso después de su muerte. Siento una punzada de dolor justo debajo de las costillas y caigo en la cuenta de que está muerta. Es como perderla por primera vez. Justo acabo de acordarme de ella y ahora vuelve a estar muerta. Mi madre está muerta.

Esas palabras que he escuchado, sobre no decirlo, nunca me las dijo a mí. Las escribió en una carta que recibí después de su muerte. Recuerdo cada palabra de ese papel, y recuerdo quién me lo dio.

La abuela.

A ella también puedo verla. Sentada en la mesa de la cocina de su casa cutre en el oeste de Londres. Su cabellera de un ridículo color púrpura brillante. «Mi mayor atractivo», decía. Al principio consiguió acojonarme: pensé que sería mi peor pesadilla. Pero la quería mucho. El interior de mi nariz se estremece como si inhalara el humo de su cigarrillo. «Seré la última fumadora de Inglaterra», dijo una vez, empecinada y orgullosa de ello.

El humo me lleva a otra parte...

Estoy sentado junto a una hoguera, en medio del bosque. Estoy en un círculo, un círculo de amigos, y tengo los brazos alrededor de una chica. Si la abrazo así, es que debe de ser mi chica. Ella está de espaldas a mí y yo tengo los brazos alrededor de su cintura, con la barbilla apoyada sobre su cabeza. Le beso el

cabello y ella vuelve su cara hacia la mía, y veo sus ojos azules, azules. Dios mío, podría perderme en esos ojos. Su número es hermoso, no está lleno de tristeza y horror como la mayoría. Esto me produce una sensación reconfortante, como si estuviera embebido de amor.

Esta chica. Mi chica. ¿Cómo se llama? ¿Sigue siendo mía? ¿Dónde está?

—Es hora de ponerte otra inyección.

Han vuelto otra vez. Dos personas con bata blanca.

«¡No! Ahora no. Todavía no.»

Trato de repelerlos, pero ellos me superan en número. Son dos por un motivo: uno para sujetarme y el otro para clavarme la aguja.

—¿Le tienes?

—Sí. Pero rápido.

No quiero. Quiero seguir despierto, para no perder mis recuerdos... Mamá, la abuela, mi chica...

¿Dónde estoy? ¿Qué me está pasando?

OceanofPDF.com

15.

Sarah

o puedo verla. La he perdido. Se ha ido.

«**N**»He perdido a Mia en este lugar frío y solitario. Grito su nombre, una y otra vez, hasta que me quedo ronca. Mi voz se dispersa en la niebla, absorbida por los árboles y las piedras.

»—¡Mia! ¡Mia!

»¿Cómo he podido perderla de vista? Solamente he mirado un segundo hacia otro lado y se ha ido. La grava cruje bajo mis pies, abandono el camino y ando a través, alrededor y sobre las tumbas hasta que el dolor me obliga a detenerme de nuevo y tengo que pararme, agarrándome a una piedra, cerrando los ojos, tratando de respirar.

»Cuando vuelva a abrir los ojos, ella estará aquí. Me sonreirá y levantará los brazos para que la abrace.

Abro los ojos. Pero ella no está.»

—¡Mami! ¡Maamiii!

Mia me zarandea el hombro.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Mami grita.

—¿Yo? ¿Te he despertado?

Este lugar está oscuro como boca de lobo. No sé dónde estamos, ni si es de noche o de día. No puedo oler en la cercanía la humedad de nuestra tienda de campaña y no hay brisa. El aire está absolutamente inmóvil. Pero Mia está aquí. Y precisamente ahora esto parece muy, muy importante. Ya no puedo recordar el sueño, pero oír su voz, sentir sus manitas en mi hombro es como la respuesta a una oración.

Le pongo los brazos alrededor y se acurruca en ellos. Mis ojos comienzan a ver algo en la oscuridad. Hay una franja de luz en la parte superior e inferior de la puerta, y un rectángulo brillante donde una contraventana queda un poco abierta. Ahora ya me acuerdo.

Estamos en una habitación, una celda.

Mia y yo.

Pero ¿y Adam...? ¿Dónde está Adam? Hubo un accidente. Él voló por los aires. Saul dijo que le traían aquí, pero ¿ha llegado? ¿Está bien? ¿Todavía está vivo?

Tengo a Mia acurrucada entre mis brazos, pero de repente esta celda parece un lugar solitario. No se está bien sin Adam.

—Volvamos a la cama, Mia —le digo, aunque sé que voy a tardar en dormirme—. ¿Cantamos «Estrellita»?

Empiezo a cantar. Pero Mia no lo hace. A media canción, se alza y me pone la mano en la boca. Hace que me pare en seco.

—No estrellas —dice.

—¿No quieres «Estrellita»?

—No estrellas —vuelve a decir, y señala el techo. Entonces lo entiendo, para ella debe ser extraño dormir bajo techo.

—Ah —le digo—. Aquí no podemos ver las estrellas, pero todavía están ahí afuera. No han desaparecido. Nos están esperando. Cuando cantamos pueden oírnos.

Vuelvo a empezar, y esta vez Mia se une a mí. Cantamos las dos juntas hasta que su voz se va apagando y su respiración se vuelve regular y pesada.

Está dormida. Espero que esté en algún otro lugar, en algún lugar mejor que éste. También me gustaría poder dormir, pero no puedo. Puedo oír los gritos de alguien, muy lejos. Una voz de hombre gritando en la noche. Luego unos pasos, lejanos al principio, pero cada vez más fuertes, hasta que llegan a mi puerta. Se detienen. El corazón me da un vuelco. Oigo voces, débiles, masculinas.

Trato de pensar en qué podría utilizar como arma si entran. No hay nada.

Puedo entender palabras sueltas, pero no puedo sacar nada en claro de la conversación. Aunque termina con una broma. Dos voces graves ríen a coro. ¿Se están riendo de mí, de nosotras?

A continuación, los pasos vuelven a ponerse en marcha, atenuándose hasta que finalmente desaparecen. Pero esta vez sólo son pasos de una persona, y había dos voces. ¿Todavía hay alguien ahí?

El brazo de Mia cuelga por encima de mi cuerpo. Lo levanto con cuidado y lo coloco sobre ella, luego salgo con sigilo de debajo de las mantas y cruzo la habitación de puntillas.

Miro a través de la abertura de la contraventana. Se me remueve el estómago.

Hay un ojo mirando hacia el interior, sólo a unos pocos centímetros del mío.

—¿Quién es usted? —pregunto en un susurro. Tengo miedo de que me responda, miedo de que no lo haga. Vuelvo a la casa donde crecí. «Hay una puerta y un hombre fuera, y yo estoy encerrada.»

Mi padre está muerto, pero el pánico sigue ahí, esperándome. Esperando momentos como éste. Contengo la respiración.

El ojo parpadea, una vez, dos veces, y se aleja.

OceanofPDF.com

16.

Adam

—Lo estás haciendo muy bien, Adam. Tus funciones cognitivas son excelentes, teniendo en cuenta lo que te pasó ayer.

Es de nuevo el tipo con la cara aplastada. Newsome. Ahora él hace las preguntas, realiza más comprobaciones. Y junto a él, sentado en silencio, está Pelo Gris, el tipo de la cicatriz y el número parpadeante. Cada vez que le miro, la violencia de su número me golpea. Es escalofriante y fascinante al mismo tiempo. Hay algo en ese número..., pero no puedo saber qué es. Todavía no.

—Excelente —dice Newsome—. Ahora tocan algunas pruebas más sofisticadas.

Antes de que me dé cuenta de lo que está sucediendo, un asistente ha pasado una correa de cuero a través del brazo de la silla y me la abrocha alrededor de la muñeca derecha.

—¿Qué pasa...?

—Es sólo por precaución.

—No, no, no quiero que me pongan esto.

—No puedes moverte mientras hacemos las pruebas; si lo hicieras, no servirían.

Trato de resistirme, pero estoy débil y ahora ellos son dos. Me sujetan la muñeca izquierda y me ponen otra correa.

Otro asistente empuja un carrito lleno de monitores y un montón de cables como espaguetis. A medida que se acerca, comprendo que va a conectarme la mayoría de esos cables a la cabeza.

—No...

—Todo esto forma parte de la evaluación de tu estado —explica Newsome con soltura—. Tratamiento médico necesario. Nada más. Ponte cómodo. Intenta relajarte.

No puedo hacer otra cosa que quedarme sentado, pero con la mandíbula apretada, y los brazos y las piernas tensos y rígidos, ya que me los han atado. No necesitan afeitarme la cabeza: la mayor parte de mi pelo se quemó cuando me caí en el fuego la noche en que murió Junior, y el resto es tan corto que no tienen ningún problema para conectarme los electrodos.

También me cablean el pecho, para poder monitorear el corazón durante las pruebas. Y los dedos. ¿Qué es todo eso? Parece sacado de una película de espías. ¿No es esto lo que se suele hacer para comprobar si estás mintiendo?

—Ni hablar. Basta ya. ¡Parad!

Esto pinta mal. Realmente mal.

Newsome ha puesto otras dos sillas frente a mí, a un metro de distancia. Él se sienta en una y Pelo Gris en la otra. Todavía no ha dicho ni una palabra. Pero sus ojos..., esos ojos oscuros, y ese número... No puedo apartar mi mirada de él.

—Voy a hacerte unas preguntas —dice Newsome—, y quiero que cuando contestes me mires a mí. Lo primero que te venga a la cabeza.

—De acuerdo. —Empiezo a ponerme furioso—. Desabrocha las correas.

—¿Qué?

—Esto es lo que me pasa por la cabeza ahora mismo.

—Todavía no he empezado. No te he hecho ninguna pregunta.

Está enfureciendo. Pero él ha empezado con esto al ponerme las correas en las muñecas. No voy a facilitarle las cosas.

Se vuelve hacia los monitores que hay junto a él y toquetea un par de controles. Alarga la mano para meterse el pelo detrás de la oreja; un pelo espeso y oscuro que parece veinte años más joven que él. Es una peluca. Tiene que ser una peluca.

—¿Qué estás pensando? —pregunta. Yo vacilo, y él salta—: ¿Qué hay ahí adentro ahora mismo? En este momento. —Chasquea un dedo frente a mi cara.

—Me estaba preguntando... quién te ha cortado el pelo.

Uno de los asistentes reprime una carcajada. Creo que veo crispase la comisura de la boca de Pelo Gris, pero no estoy seguro. Newsome frunce el ceño, sólo un poco, y se le empieza a notar que le sube algo de color a la cara. Se da la vuelta y finge que está comprobando los monitores, luego se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Cómo te llamas?

Empieza con las fáciles.

—Adam.

—¿Adam qué más?

—Adam... Marsh. —Mi madre era una Marsh. ¿Yo también lo soy? No puedo recordarlo.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Cuál es tu fecha de nacimiento?

—Veintidós de agosto de 2010. —Tengo algunas cosas en la cabeza, otras no.

Ya no mira los monitores. Centra toda su atención en mí.

—¿Dónde naciste?

—Ni idea.

—¿Qué ves cuando miras a los ojos de la gente?

«No lo digas. No lo digas nunca.»

—Nada.

El ayudante que está más cerca de la pantalla dice:

—Miente. —Sin levantar la vista.

—Ya le has oído, Adam. Trata de decir la verdad. ¿Qué ves en los ojos de la gente?

—La parte negra, la parte de color y la parte blanca.

—También ves algo más.

—¿Eso es una pregunta?

Ahora se está mosqueando mucho.

—Sé que ves algo más —dice, haciendo énfasis en cada palabra—. ¿Qué es, Adam?

Estamos cara a cara y ahora él se inclina acercándose todavía más, lanzando preguntas y exigiendo respuestas a diestro y siniestro.

—Nada. Nada de nada.

—¿Ves un número, Adam?

—No.

—Miente, señor.

—¿Ves un número?

«No lo digas.»

—No.

—¿Qué ves, pequeño cabrón? ¿Qué es? ¿Qué? —Ahora está perdiendo los papeles.

Pelo Gris toma cartas en el asunto. Se levanta de la silla y le pone una mano en el brazo a Newsome.

—Muy bien —le dice—. Descansa un rato.

—¿Qué?

—Ve y cálmate.

—Estoy bien. —Se encoge de hombros haciendo caso omiso de la mano.

—Es una orden —le espeta Pelo Gris. Están el uno frente al otro y hay un momento de silencio, luego Newsome se echa para atrás. Aprieta los labios en señal de desaprobación y sale airado de la habitación, haciendo un gesto a sus ayudantes para que le sigan y cerrando la puerta detrás de ellos. Así pues, ahora estoy a solas con Pelo Gris.

Mueve la silla un poco hacia delante y acerca su cara a la mía.

—Está bien —dice.

—¿Qué?

—Está bien contarlo.

No sé qué decir. Si empiezo una discusión, estoy admitiendo que hay algo que discutir.

—Sé cómo es esto —continúa—. Lo que se siente al ser diferente. Al guardar secretos. Pero algunos secretos son como el cáncer, te van minando. No tiene por qué dar vergüenza contar este tipo de secretos.

¿Se lo he contado a alguien? ¿Son secretos los números? No lo recuerdo. Hay grandes lagunas entre mi infancia —mi madre y mi abuela— y el despertar en este lugar. Mi madre y mi abuela están muertas, pero ¿qué pasa con la chica? La chica a la que rodeaba con mi brazo junto al fuego. No sé quién era. O quién es.

—Yo puedo ayudarte, Adam. Tú quieres volver a ver a Sarah, ¿no? Ella está aquí. Si cooperas, puedo volver a llevarte con ella.

«Sarah.»

Cabellera rubia y ojos azules. 2572075. ¿Ésa es Sarah?

—¿Es verdad que tiene los ojos azules? —la pregunta se me escapa de la boca antes de que mi cerebro pueda detenerla.

Pelo Gris frunce el ceño un momento, luego se pone cómodo en su silla, cruza los brazos y sonríe.

—¿Los ojos azules? Sí. Sí, los tiene, amigo. Y si quieres volver a ver esos ojos azules, es mejor que empieces a cooperar. Todo depende de ti, Adam. ¿Quieres que vuelva a llamar a Newsome?

OceanofPDF.com

17.

Sarah

Todavía estoy despierta cuando se abre la puerta de la celda y traen el desayuno en un carrito. Es el mismo recluta que me acompañó del ascensor a la celda. No me mira. En el carrito hay té, leche y tostadas. No tengo hambre, pero sé que deberíamos comer.

—He oído... cosas, voces en el corredor esta noche pasada —le digo.

Mira la puerta abierta por encima del hombro y la cierra.

—Hay un guardia ahí fuera, para tu propia seguridad. Tal vez fuera el cambio de turno.

Mia se está despertando. Abre los ojos y mira a su alrededor. Ve al recluta y se esconde debajo de las mantas. Me acerco a la cama, retiro la sábana y la ayudo a levantarse.

—Buenos días, mi vida —le digo alegremente—. ¿Quieres comer algo?

—¿Dónde papá?

Miro al soldado y luego otra vez a Mia.

—Está ocupado en este momento. ¿Qué tal un poco de leche?

—¿Dónde papá?

—Le veremos más tarde. —Y dirigiéndome al guardia, pregunto—: ¿Le veremos?

—No puedo responder a eso. —No me mira a los ojos—. No lo sé. Yo sólo... atiendo a la gente como tú.

Quiere decir a los prisioneros. ¿Cuántos hay aquí? ¿Quiénes son? ¿Qué eran esos gritos que oí anoche?

—Pero tú sabes lo que está pasando aquí, ¿no? ¿Qué clase de lugar es éste?

No responde.

—¿Dónde estamos? —le presiono.

Ahora está realmente incómodo, casi no sabe dónde meterse.

—Yo sólo traigo las comidas y hago funcionar el ascensor.

«¿Y cierras los ojos a todo lo demás?» ¿Es cierto eso? Debe saber algo más.

—¿Necesitas algo más? El señor... Saul me ha dicho que tenía que preguntártelo.

—Tal vez algo de ropa más pequeña para Mia... y algo de ropa más grande para mí.

Está a punto de sonreír, volvemos a estar en un terreno más cómodo.

—No suele haber niños por aquí, pero... veré lo que puedo hacer.

Estamos comiendo nuestra segunda tostada cuando vuelven a llamar a la puerta.

El recluta se va y Mia aparta en el acto su cara de la mujer que acaba de entrar; es la que trataba de consolarla ayer cuando llegué.

—Hola de nuevo —dice ella, tendiéndome la mano—. Soy Marion. Ayer empezamos mal, pero esta mañana vamos a tener una charla. —Parece muy segura de sí misma. Lleva una falda cómoda y práctica, una chaqueta de punto y unas gafas con montura metálica. He conocido antes a otras mujeres del mismo tipo,

entrometidas profesionales, del tipo asistente social. Una como ella se llevó una vez a Mia. Una exactamente igual que ella.

—No hasta que haya visto a Adam —le digo, ignorando su mano.

Ella sonríe y se alisa la falda.

—No creo que eso sea posible. Tengamos nuestra conversación y luego ya veremos, ¿de acuerdo?

«No es posible.» ¿Por qué? ¿Porque nunca ha estado aquí realmente? ¿Porque está muerto? ¿O porque todavía está inconsciente? ¿Qué es lo que no me está diciendo?

—Yo no voy a ninguna parte hasta que no sepa cómo está. —Cruzo los brazos sobre el pecho, tratando de parecer un poco más alta.

—Está bien —dice—. Podrás verle más tarde.

—¿Está bien? ¿Qué significa eso? ¿Le ha visto?

—No, pero...

—¿Así cómo sabe que está bien?

—Sarah —empieza con firmeza—, me lo han dicho. Me han dicho que está despierto y con los cinco sentidos, y que le están haciendo unas pruebas. Así pues, ¿quieres hablar aquí o vamos a la sala de interrogatorios?

«Está bien. Gracias a Dios.» Las piernas me tiemblan un poco. No quiero que esta zorra lo vea, así que me alejo de ella y me agacho, haciendo ver que me ocupo de Mia, mientras respiro hondo tratando de controlar mis sentimientos.

Ahora tenemos la posibilidad de salir de esta celda, de echar un vistazo al lugar, así que cojo a la niña en brazos.

—Vamos, cariño —le digo—. Vámonos.

Marion nos conduce por el pasillo hasta la sala de interrogatorios.

No es lo que yo esperaba. Hay sofás de cuero, una mesita para servir el café, una bandeja con té y galletas y unos juguetes para Mia. Son bastante comunes, la clase de tonterías que todo el mundo solía tener, pero parecen de otra época. Coches de plástico, un teléfono de juguete, una caja registradora; cosas corrientes antes del caos. Cosas que ahora no significan nada para Mia. Las mira y las pone a un lado. Coge una muñeca, un bebé que abre los ojos al ponerlo derecho y los cierra al tumbarlo. Está entusiasmada.

Hay una carpeta en la mesita del café. Marion se sienta en uno de los sofás, pone la carpeta sobre sus rodillas y la abre. ¿Qué hay dentro? ¿Son informes sobre mí? ¿O sobre Adam? Me siento en el sofá de enfrente y vuelvo a cruzar los brazos.

—Así que tú y Adam estáis juntos desde hace bastante tiempo.

No es una pregunta.

—Supongo.

—¿Y tienes una hija y un bebé que está en camino? —Trata de parecer comprensiva, pero no quiero su compasión—. Te va a resultar difícil.

—Vamos a estar bien —digo—. Mia está muy bien.

—¿A quién crees que se parece? ¿A ti o a su padre?

Entramos en un terreno peligroso y no quiero arriesgarme por ahí.

Oficialmente, Adam es el padre de Mia. Eso es lo que le dije a la asistente social entrometida que me encontró viviendo en la casa ocupada de Londres. Lo solté sin pensarlo demasiado, pero era más fácil que decir la verdad. Aunque es una mentira obvia si te paras a pensar en ello; la piel de Mia es más oscura después de dos años a la intemperie y tiene el cabello rizado, casi afro, pero es rubia y tiene los ojos azules, características Halligan todas ellas, que es lo que es. Halligan hasta la médula.

—No lo sé —contesto—. Eso no me preocupa. Es ella misma.

—Seguro que Adam y tú jugáis a «¿De quién es la nariz?», «¿De quién son las orejas?».

—No —zanjo—. No jugamos a eso.

Debe habernos calado, sin duda, pero no sigue por ahí.

—¿Y qué me dices sobre sus talentos? Es precoz en la conversación para tener dos años. Y mis notas dicen que tú eres una artista. ¿Mia también destaca por sus dotes artísticas?

Una artista. He olvidado bastante esa parte de mí. No he cogido un lápiz ni un pincel, ni siquiera un trozo de carbón desde hace dos años.

—Pintaste un mural, una visión del caos, ¿no? Tiene mucha fuerza.

Otra cosa de la que me incomoda hablar. Mis sueños, mis pesadillas; es mejor olvidarlos. No quiero que nadie indague en el interior de mi mente.

—¿De dónde procede esa imagen, Sarah? ¿Cómo sabías lo que iba a suceder?

—Eso fue hace dos años. ¿Qué importancia puede tener hablar de ello ahora?

Pone la carpeta sobre el escritorio que tiene enfrente. Trato de mirarla y ella la aparta de mi vista.

—Pero es fascinante. Viste el futuro. Fuiste capaz de expresarlo. ¿De dónde proviene esa visión?

—De ningún sitio.

—Venga ya. Debe venir de alguna parte, no puedes habértela inventado.

Ahora me está crispando los nervios. Me está presionando y quiero hacerla desistir.

—Eso sólo demuestra lo que sabe —le digo—. Me lo inventé. De ahí saqué la imagen. —Ahora la miro a los ojos, desafiante. Ella está sentada en el borde de la silla, inclinándose hacia delante.

—¿Tuviste un sueño?

—Sí. El mismo, una y otra vez. Cada noche.

—¿Y viste a Adam y a Mia, la ciudad en ruinas y casas en llamas?

—Sí. Sí. Todo eso, pero ya no lo veo. Ha desaparecido. Forma parte del pasado.

—¿Qué sueñas ahora, Sarah?

—Nada. Ya no tengo sueños.

«He perdido a Mia en este lugar frío y solitario. Grito su nombre...»

—¿No sueñas nada en absoluto?

—Así es.

—¿Y cómo encaja Mia en todo esto?

—De ninguna manera. Es mi hija, eso es todo.

Quiero que esto acabe ya.

—¿Qué piensas tú que ve ella? ¿Ve números, fechas de muerte como su padre, o tiene visiones como tú?

Levanto a Mia del suelo y la siento en mi regazo. Ella sigue con la muñeca.

—Nada. Sólo es un bebé.

Marion sonríe, aunque en realidad se limita a mover un poco la boca. Sus ojos son fríos y penetrantes.

—Ya no es un bebé, Sarah. Es una niña pequeña. Puede hablar. Vamos a ver, ¿de acuerdo? Tal vez dibuje algo para nosotras.

Se levanta y camina alrededor de la mesita de café.

—Déjala en paz —digo—. Esto está fuera de lugar. Puedo enfrentarme a preguntas sobre mí, pero Mia no tiene nada que ver con todo esto.

—No la estoy tocando.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Probemos a ver qué hace con esto.

Marion mete la mano en un armario y saca un trozo de papel y unos lápices de cera de colores.

—Mia —dice—. ¿Puedes escoger un color bonito y hacerme un dibujo?

Ella la mira, pone mala cara y oculta su cabeza en mi hombro. Todavía no la ha perdonado por lo de ayer.

Impertérrita, Marion pone los lápices de cera y el papel en el suelo. Mia los mira de reojo un momento, fascinada. Luego baja deslizándose de mi falda y se pone de rodillas junto a los lápices de colores. Sin que nadie se lo diga, coge un lápiz azul, se inclina hacia delante hasta que su cara está sólo a unos centímetros del papel, y empieza a hacer garabatos. Yo digo garabatos, pero sólo los primeros movimientos son descontrolados. Yo no quería llegar a esto, pero no tengo más remedio que observar. Marion mira atentamente por encima del hombro de Mia.

En aproximadamente un minuto, mi hija está haciendo líneas deliberadas, formas en el papel. Le da vueltas al lápiz entre los dedos para, en lugar de tenerlo sujeto con el puño, poder sostenerlo entre los dedos pulgar e índice.

—Es sorprendente —dice Marion— para una niña de dos años. Debe de haberlo heredado de ti.

—Nunca me ha visto dibujar —le explico, y entonces me doy cuenta de que es cierto. Por un momento me siento triste, por esa parte de mí que he perdido y por la infancia que Mia no ha tenido.

—Debe de ser innato —comenta Marion—. Le sale de dentro, ¿no es así? —Toma notas en su expediente, levantando la vista y volviendo a observar a Mia, tratando por todos los medios de no perderse nada.

No puedo entender lo que está dibujando, pero no hay duda de que es algo: una forma como una patata con un par de líneas que

salen de ella. Luego hace otra cosa absolutamente intencionada. Mira los lápices de colores en la caja de plástico, vuelve a introducir el azul y escoge uno rosa. Luego traza otro círculo por la parte exterior del azul. Devuelve ese lápiz a su lugar y saca uno rojo. Dibuja una forma similar junto a la primera.

Me siento en el suelo junto a ella. No puedo evitar sentirme fascinada.

—Es precioso, Mia —le digo—. ¿Qué estás dibujando?

Ella se encorva sobre el papel, sacando la punta de la lengua por la comisura de la boca.

—Dibujo —contesta—. Yo dibujo.

—Lo sé. Es lindísimo. ¿Qué es?

Ella vuelve a sentarse sobre los talones y señala su dibujo.

—Mamá y papá —dice.

Yo soy la patata azul y rosa; Adam es la roja.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Nos ve como colores.

Como la abuela de Adam.

La primera vez que la vi, Val describió mi aura, la nube de color que llevaba conmigo. Todavía puedo oír su voz, dura y áspera: «Azul lavanda, por supuesto, pero también azul oscuro. Y todo bañado en rosa.»

Miro a mi hija, y ella se da la vuelta y me sonrío, orgullosa de lo que ha hecho. Le devuelvo la sonrisa.

—¿Y dónde están Marty y Luke? —Al decir sus nombres, se me forma un nudo en la garganta. Me vienen a la cabeza las imágenes de Luke tapándose la cara y de Marty con las lágrimas corriéndole por el rostro. ¿Estarán bien?

Mia alarga la mano para coger de nuevo los lápices de colores y dibuja dos patatas más, una verde y amarilla, y otra naranja.

Si Adam estuviera aquí, vería su número, pero yo no necesito verlo. Lo sé.

2022054.

Mia no sólo tiene el número de Val.

También tiene su mismo don.

OceanofPDF.com

18.

Adam

—Por última vez, ¿qué ves cuando me miras a los ojos?

-P Miro a Newsome; veo su cara aplastada y la muerte en sus ojos. Saul está a su lado. «No me preguntes lo que veo en los ojos de Saul; no sé si podría encontrar las palabras.»

—Veo un número. —Es la verdad. Es la respuesta a su pregunta, pero me inquieta decírselo.

«No lo cuentes, Adam. No lo cuentes nunca.»

—¿Qué significa el número?

—Es la fecha en que vas a morir.

Es cierto, pero ¿por qué me hace sentir tan mal?

—¿Cuál es mi número?

Me interrumpo.

—¿Cuál es mi número? —repite.

«No lo digas, Adam. No lo digas nunca.»

—No se lo digo a nadie —respondo, haciéndome eco de la voz que suena en mi cabeza—. Está mal decirlo.

—Pero yo te lo estoy preguntando. ¿Cuál es mi número?

—Me acabas de oír, ¿no? No se lo digo a nadie.

Ahora interviene Saul:

—Adam, estás haciendo esto por Sarah, ¿recuerdas? Está bien decirlo. Es lo que tienes que hacer.

Newsome vuelve a la carga:

—¿Crees que eres el único que puede verlos?

—No. Ni idea. Es posible que haya otras personas que puedan hacerlo, pero no lo sé.

—Tienes razón. Otras personas los ven. Otras personas los dicen, y eso está bien. —No sé si es sólo una bola. Algo para que me sea más fácil decirle lo que quiere saber—. ¿Cuál es mi número?

Estoy incómodo. Y no creo que vayan a pasar esto por alto. Mi cuerpo se tensa fuera de mi control, mi mente se distorsiona y da vueltas. Le dije a Saul que cooperaría por Sarah, sé que no tengo otra opción..., pero esto me hace sentir mal.

—No quiero decirlo.

—Tienes que decirlo.

—No quiero hacerlo.

—Dilo.

—No puedo.

Quiero que desista, pero no lo hará. Una salpicadura de su saliva me golpea en la mejilla.

—Dilo. ¿Cuál es mi número? Dilo. Dilo. Dilo.

—8112034.

La lucha me abandona. Me hundo en la silla, exhausto. La cabeza se me desploma sobre el pecho.

—Ahí está. No era tan difícil, ¿verdad?

No respondo. No tengo nada que decir.

Él mira hacia las pantallas que tiene detrás, jugando con una hoja impresa entre sus manos.

—Has dicho la verdad. No hay nada malo en decir la verdad. Esto es a lo que nos dedicamos aquí: hechos, mediciones, pruebas.

Suena petulante, como si tuviera respuestas para todo. Yo le acabo de decir cuándo va a morir y no ha mostrado ninguna reacción, ninguna reacción humana, emocional. Deja la hoja impresa y se pone el pelo por detrás de las orejas.

—Sigamos con unas cuantas preguntas más, ¿de acuerdo?

—No —digo—, he terminado.

—Sólo acabamos de empezar.

—¡No! Ya he terminado.

—Adam, aquí hacemos un trabajo importante. Estamos tratando de salvar a la nación británica. La gente como tú tiene la llave. Necesitamos una generación de líderes fuertes, gente que pueda restablecer el orden, poner al país nuevamente de pie, hacernos volver a donde deberíamos estar.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Necesitamos a gente como tú —dice—. Tú puedes ayudarnos a entender el futuro. Necesitamos sistemas inteligentes de alerta anticipada. Nuestros recursos son escasos, Adam. Necesitamos saber dónde podemos ayudar y dónde no vale la pena hacerlo.

—Para eso no me necesitáis. Sólo tenéis que salir de este lugar y empezar a buscar. Hay gente pasando hambre en todas partes. Sólo tenéis que empezar por alguna parte. Hacer algo.

—Pero ¿qué importancia tiene si van a morir de todos modos? No podemos malgastar nuestros recursos, Adam. Se trata de focalizarlos con eficacia.

—¿Así que quieres que te diga dónde no tienes que tomarte la molestia? Jódete.

Newsome se interrumpe y se aleja de mí. Mira a Saul, que está sentado en silencio, escuchando atentamente.

—No te puedes dejar llevar por los sentimientos en esta situación, Adam —dice Saul—. Los gobiernos tienen que tomar decisiones difíciles.

—Yo no formo parte del gobierno.

—Si no estás con nosotros, estás contra nosotros.

La habitación queda en silencio.

—Necesitamos que cooperes plenamente —dice Newsome—. Es importante. Necesitamos entender cómo funciona tu don. Te necesitamos a nuestro lado. Podrías ser una persona valiosísima para nosotros. Podrías ser un líder.

—Yo también quiero entenderlo, creedme, pero ¿por qué atarme? ¿Por qué humillarme?

—Hace dos años mataste a un chico. Hace dos días mataste a uno de nuestros mejores agentes. ¿Qué esperabas?

Esa vieja acusación de nuevo y ahora, además, otra nueva. ¿Cuántas veces tengo que decírselo a la gente? ¿Cuándo van a creerme?

—Yo nunca he matado a nadie. —Trato de incorporarme, tirando de las correas, con la barbilla hacia delante. Lo que está diciendo no es cierto. No debería decir esas cosas.

—Pierdes los estribos. Cuando te enojas, pierdes el control. Eres imprevisible.

Vuelvo la cabeza para dejar de mirarle. Pero tiene razón. Pierdo los estribos y pierdo el control. Siento que podría perderlo ahora mismo si me presionara un poco más.

—Tienes una alternativa, Adam. Nos puedes ayudar, apoyarnos, formar parte de algo grande, algo noble. O bien puedes resistirte, ser terco, ser infantil y estar abatido. O desaparecer. Tú y Sarah. Desaparecer.

Hay un largo silencio.

—¿Qué quieres decir?

Sé lo que quiere decir, pero quiero que lo diga. Quiero que su intimidación y sus amenazas salgan a la intemperie.

—¿Quién sabe dónde estás ahora? ¿Quién te echaría de menos?

La chica. Mi chica. Sarah. ¿Sabe ella que estoy aquí? ¿Me echaría de menos? No puedo responder a Newsome. Me quedo mirando el suelo.

No me gusta este tipo. No quiero que se salga con la suya.

—¿Quién me echará de menos? —pregunto—. 8112034 no parece que signifique nada para ti. Ahora ya sabes cuándo, pero ¿y si supieras cómo?

Eso le ha tocado. Me mira fijamente, tratando de hacerme frente, pero se pasa la lengua por los labios y sé que tiene la boca seca. Sé que una punzada de miedo le remueve las tripas.

—Veo números, en eso tienes razón. —Le miro directamente a los ojos—. Pero también los siento. Y tú... tú vas a asfixiarte. Respiras tan fuerte y tan rápido como puedes, pero el oxígeno no te llega a los pulmones. El aire está envenenado y cada vez que respiras te sientes más débil, más enfermo, más confundido. Has vomitado todo lo que tienes dentro, ahora estás devolviendo bilis, pero se te atraganta, te ahogas y luchas por respirar, pero ya es demasiado tarde. Estás en el suelo, revolcándote en tu propio vómito. Se acabó.

En la habitación no se oye ni el más mínimo ruido.

Saul se pasa la lengua por los labios. Sus ojos brillan, encendidos. Se graban a fuego en los míos. A él le gusta que provoque a Newsome. Que describa su muerte. Está entusiasmado.

Newsome no se mueve durante unos segundos. Sólo me mira y yo le miro a él. Luego parpadea y levanta la mano para ponerse el pelo por detrás de la oreja. Se aleja de mí, negando con la cabeza.

—Muy bonito —dice—. Un buen numerito. Bien hecho. ¿Has oído eso? ¿Ese pedazo de embuste? —pregunta al bata blanca de los monitores—. ¿Qué dicen las lecturas?

Vuelvo la cabeza. Uno de los batas blancas sostiene una copia impresa en la mano.

—Sí, las tenemos —dice—. Una fina línea recta y constante.

El tipo mira con nerviosismo a su jefe.

—Está diciendo la verdad.

OceanofPDF.com

19.

Sarah

-¿Dónde está Mia? —dice Marion—. ¿Dónde estás tú en el dibujo?

Levanto la vista y la miro. Sigue garabateando notas con frenesí en el expediente, observando a mi hija como si fuera un animal en un zoológico.

Intento no mostrar nada, pero dentro de mí estoy totalmente alucinada. Mia ve lo que veía Val... ¿Qué locura es ésta? Si Adam estuviera aquí, lo vería inmediatamente. Es algo enorme, algo asombroso.

Mi hija hace una pausa. Sé que recela de Marion, pero le encanta dibujar.

—No te detengas —digo—. Falta alguien ahí, ¿no? No somos una familia sin ti. Dibújate. Dibuja a Mia.

Mira los lápices de colores y su mano planea sobre la caja durante una eternidad. Después vuelve a mirarme en busca de ayuda.

—¿No sabes qué color escoger? —pregunto.

Mueve la cabeza.

—Escoge cualquiera. Coge un color realmente bonito. —
Alargo la mano y saco un lápiz amarillo—. ¿Qué te parece éste?
Amarillo, como la luz del sol. Como tu pelo. —Le paso el lápiz y le
alboroto sus rizos dorados.

Marion chasquea la lengua en un gesto de desaprobación.

—Procura no dirigirla —dice.

Le disparo algunas dagas.

—No la estoy dirigiendo, la estoy ayudando —replico.

Mia dibuja una patata amarilla al lado de las dos primeras.

—¿Qué más? —la presiona ahora Marion.

Mi hija deja el lápiz, coge el papel y me lo da. La estrecho
entre mis brazos y le beso en la mejilla.

—Esto es muy bonito. Podemos pegarlo en la pared, en
nuestra habitación, ¿no crees?

—Haré una copia, si no te importa.

Antes de que me dé cuenta, Marion me arrebató el papel de la
mano y sale de la habitación con él. Mia empieza a llorar y no la
culpo; no puedo creer la cara que tiene esa bruja mandona. ¿Quién
le quita a un niño su dibujo de este modo?

La llave girando en la cerradura me recuerda que no estamos
en una «sala de interrogatorios», sino en otra celda. Los nervios me
producen náuseas. No puedo pasar otra noche en este lugar, me va a
matar; tengo que conseguir salir de aquí con Mia.

—A ella también le gusta el dibujo —le digo, intentando
suavizar la falta de tacto de Marion—. Es bonito, ¿no? ¿Quieres
hacer otro mientras esperamos?

Pero ya está cansada. Me tiende un lápiz negro.

—Mamá hace —dice.

Coge la muñeca y se acurruca en el sofá. Le acaricio el pelo y
ella cierra los ojos y se pone el pulgar en la boca. Pronto podrá
dibujar a alguien más, un hermano o una hermana.

—Mia, Mia, ¿qué nos reserva el futuro? —Lo digo en voz baja y suena casi como una canción. Se parece tanto que se convierte en «Mary, Mary» sin ni siquiera quererlo.

«Mary, Mary, todo lo contrario, ¿cómo crece tu jardín? Con campanas de plata y conchas de berberechos y doncellas bonitas todas en fila...»

Su respiración se vuelve más profunda y ruidosa. No está dormida, pero casi.

«Mamá, hazlo.»

Todavía tengo el lápiz que Mia me ha dado. Lentamente, casi dolorosamente, cojo otra hoja de papel del montón que hay en la mesita. La miro durante un largo rato; me da miedo enfrentarme a tanta blancura. No ha habido tiempo para la creatividad en los últimos dos años, la supervivencia lo ha acaparado todo y ahora no sé por dónde empezar.

Sin apenas pensarlo, comienzo a esbozar su figura: la curva de su espalda, el suave halo de su pelo, el perfil de su cara. Inmediatamente me quedo atrapada, mirando y dibujando; todo lo demás se desvanece. Una parte de mí ha estado muerta durante dos años y ahora, con un bosquejo, vuelve a la vida. Unas cuantas líneas es todo lo que se necesita y Mia está ahí, sobre el papel. Mi hija, mi primer dibujo de ella. Dios mío, cuánto he echado esto de menos.

Aparto el retrato y empiezo a hacer rayas al azar en otra hoja de papel. Procuro no ocupar mi mente y dejo que mi mano haga lo que quiera, experimentando con la línea y la forma, el sombreado, la luz y la oscuridad, creando un dibujo abstracto.

Mia se incorpora y mira mi dibujo.

—¿Qué es eso? —dice.

Miro lo que he dibujado y mi pecho se tensa.

Las formas y las líneas no las he hecho en absoluto al azar. Mi «dibujo abstracto» es un paisaje, la luz y la oscuridad de los árboles

y el espacio entre ellos. Y en primer plano, losetas de piedra oscura.

—¿Qué es eso, mamá? —vuelve a preguntar Mia.

—Nada, sólo un dibujo —digo, pero es más que eso. Mucho más. Es el lugar que tengo en la cabeza.

El lugar de mi pesadilla.

El lugar donde pierdo a mi hija.

OceanofPDF.com

20.

Adam

—Ya está, he terminado. Me dijiste que podría ver a Sarah, así que quiero verla.

Newsome mira a Saul. Estoy seguro de que quiere que diga que «no», pero el tipo se pone de pie.

—Sí —dice—. Creo que eso podría ayudar.

—¿Estás seguro, Saul? —pregunta el médico—. Hay muchas cosas que no nos ha dicho. Creo que deberíamos hacer otras dos sesiones inmediatamente.

—Newsome, teníamos un trato. Adam ha cumplido su parte, así que quítale esas correas. Te llevaré con ella —me dice.

—¿Cómo, ahora?

De repente, no estoy seguro. ¿Qué pasa si no la reconozco? ¿Y si le parezco un imbécil? ¿Y si no quiere verme?

Sonríe.

—Sí, Adam, ahora. ¿Puedes andar?

Me agarro a los brazos de la silla y me impulso hacia delante. Me pongo en pie, pero tengo la sensación de que las piernas no me pertenecen. Pierdo el equilibrio y me caigo de lado.

—¡Aaah!

Saul me coge y me sujeta por los hombros con un brazo. Me alegro de que me haya agarrado, pero estar tan cerca de él resulta algo desconcertante. Hay un momento en que me sujeta para que mantenga el equilibrio y entonces le miro a la cara; nuestros ojos se encuentran, y el dolor por su muerte es aún más fuerte, tan feroz que me hace jadear y me desplomo.

—Traeremos una silla —dice, y hace un gesto a uno de los batas blancas, que sale corriendo de la habitación y vuelve con una silla de ruedas.

La miro horrorizado. No soy ningún tullido.

—Creo que no.

—Adam —dice Saul—, ayer saliste por los aires desde una moto a sesenta kilómetros por hora; tienes suerte de estar vivo. Siéntate.

Me aprieta los hombros, casi obligándome a sentarme. Mis piernas ceden y, dando tumbos, me siento en la silla.

—Iré a buscar un celador —dice Newsome.

—No, yo le empujaré —interrumpe Saul.

El médico le mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Tienes algún problema? —le pregunta Saul con acritud.

Newsome levanta la mano.

—Ninguno. —Se aleja, simulando estar ocupado con sus gráficos y listados.

Saul me conduce fuera de la habitación y salimos al pasillo. Yo suponía que estaba en un hospital, pero esto no se parece a ninguno de los hospitales que he visto hasta ahora. Hay dos soldados fuera de la puerta. Nos hacen seguirlos, pero Saul les indica que se vayan con un gesto de la mano. Parecen molestos, pero hacen lo que les ha dicho.

Las paredes del pasillo son grises, el suelo de hormigón. Las únicas personas que se ven por allí son soldados, todos con uniforme, todos armados.

—¿Dónde diablos estamos? —pregunto.

—En el lugar más seguro de Inglaterra —dice Saul, pero no me explica nada.

La voz de Newsome resuena en mi cabeza: «Puedes ayudarnos... o desaparecer.»

—¿Seguro para quién?

—Seguro para mí, para nosotros. Tú quieres ser uno de nosotros, ¿no?

Dejo su pregunta en el aire. Estoy completamente seguro de que no quiero ser uno de ellos, pero no quiero irritarle, no ahora. Me siento vulnerable en esta silla, y Saul es un hombre poderoso, el hombre de quien reciben las órdenes aquí. Y parece que ahora está de mi lado, me está ayudando. Durante un momento, me pregunto por qué..., pero hay otras muchas preguntas dando vueltas en mi cabeza. «Ese número resplandeciente, el extremo dolor que lo acompaña, hay algo en ello que está mal...»

—Newsome me ha preguntado por su número —digo—. Pero tú no. ¿No quieres saberlo?

—No —dice—, no quiero.

—No te culpo. Yo tampoco querría.

—La muerte no me da miedo. Eso es para otra gente.

—Por eso procuro no decírselo a nadie. Es como dictarles una sentencia de muerte.

—Encomiable —dice Saul—. No quieres hacer daño a la gente, lo entiendo. Pero está bien decirlo si te lo preguntan y está bien decirlo si lo haces por los motivos correctos.

—Los motivos correctos. Quieres decir como cuando intenté avisar de que habría un terremoto.

—Exacto. Puedes ayudar a muchas personas, Adam. Deberías ayudar a los demás, es tu obligación moral.

—No creo que sea moral ayudar sólo a algunos. Eso no me parece bien.

—Pero no hay suficiente ayuda para todos. La gente va a morir de todos modos, eso es algo que sabemos. Tú puedes reducir el número de muertes si nos ayudas a decidir quién sacará más provecho.

Tengo la mente tan magullada como el cuerpo. No puedo discutir con él, no tengo fuerzas.

—Eso es muy fuerte, Saul. Me pones demasiada carga encima.

Detiene la silla, la rodea y se pone en cuchillas, mirándome. ¿Va a intentarlo otra vez?

—Todos llevamos algún peso encima —dice—. Mi teoría es que recibimos lo que podemos afrontar, unos más que otros.

Sus ojos brillan, casi como si hubiera una hoguera dentro de él. No tengo otra opción más que mirarle, escucharle. Su número me deslumbra, atravesándome con su dolor. ¿Por qué su muerte me duele muchísimo más que la de otras personas? 1622029. Y ahora tengo otro número en la cabeza: 1222029. Y un tío tirado en la carretera, un charco de sangre oscura extendiéndose a su alrededor. ¿Dónde era? ¿Quién era? ¿Qué día es hoy?

—Y tú has recibido una carga muy pesada, Adam. El poder de ver la muerte. Puedes utilizarlo, eres lo bastante fuerte. Quiero que trabajes conmigo, que seas mi mano derecha. Puedo ayudarte a compartir la tensión. Lo entiendo, de veras, lo entiendo.

Pone la mano encima de la mía.

—¿Estás conmigo, Adam?

Hay algo en él que me hace querer decir «sí». Sería un amigo poderoso, y un enemigo terrible. Pero también hay algo repugnante en él, algo que no puedo captar. La cabeza me da vueltas.

Se da cuenta de que estoy confuso. Me da una palmadita en la mano y se pone de pie.

—No tienes que responderme ahora, piénsalo. Volveremos a hablar de ello. —Mira la puerta que tenemos delante—. ¿Quieres verla ahora?

¿Esto es todo? ¿Está ahí? Sarah. El corazón me empieza a latir con fuerza. Mi confusión sobre Saul pasa a segundo plano, estoy intentando recuperar recuerdos de Sarah. Recuerdo su cara, la sensación de mi mano en su cintura cuando estamos sentados junto al fuego. Pero eso es todo. ¡Dios!, ¿por qué no puedo recordar?

«No, todavía no, necesito tiempo.»

—Sí —digo—. Sí quiero.

El centinela saluda y abre la puerta. Saul desaparece dentro, cerrando la puerta tras de sí. Los nervios casi me pueden. ¿Por qué no hemos entrado directamente? ¿Qué está haciendo ahí? ¿Está Sarah ahí de verdad o es algún tipo de montaje?

No estoy preparado.

Pero quiero verla, quiero ver a mi chica.

OceanofPDF.com

21.

Sarah

Llaman a la puerta con un golpe seco y después la abren con una llave. Empiezo a odiar ese sonido.

¿Qué pasa ahora? Seguramente es Marion con más preguntas estúpidas. Meto el dibujo de Mia y mi esbozo de la pesadilla debajo del colchón. No puedo pensar en él, en lo que significa, no quiero pensarlo. Todo en lo que tengo que pensar es en cómo salir de aquí.

No es Marion, es Saul.

Noto una sacudida en el estómago. ¿Qué quiere?

La reacción de Mia es aún más violenta. Gatea sobre la cama y se lanza al suelo. Se refugia en el pequeño espacio que hay entre la cama y la pared.

—¡Mia!

Tiene los brazos cruzados sobre la cara.

—Hombre malo... —gime.

Me doy la vuelta para mirarle. Está cerrando la puerta tras él y al instante la habitación parece más pequeña, incluso más claustrofóbica.

—¿Dónde está Adam? —pregunto.

—Buenas tardes para ti también —dice él con desdén.

Le odio, nunca he odiado tanto a nadie.

—Adam está aquí. Le he traído de la unidad médica.

—¿Aquí?

Trato de esquivarle cuando voy hacia la puerta. Se interpone en mi camino y me bloquea el paso. Me pone la mano en el hombro y donde me toca se me pone la carne de gallina.

—Una advertencia, Sarah.

—¿Advertencia? ¿Me vas a amenazar, porque...?

Quita la mano de mi hombro y me tapa la boca con su dedo índice.

—Chisst —dice.

Aparto la cabeza con una sacudida; la bilis me sube a la garganta.

Sonríe con satisfacción.

—No se trata de ti, es por Adam. Ayer se dio un buen golpe y ha perdido algo de memoria.

—¿Qué... qué significa eso?

—Tiene algunas lagunas, puede que no recuerde mucho de ti, de vuestra relación, de la niña. Puede que notes un cambio en su personalidad.

Estoy asustada.

—¿Estás hablando de daño cerebral?

Resopla.

—No seas tan dramática. Se dio un batacazo en la cabeza, pero se está recuperando bien. Usa el sentido común nada más, y no esperes demasiado.

Abre la puerta. Lo primero que veo es la parte frontal de una silla de ruedas, después Saul le conduce dentro de la habitación. Yo me quedo ahí, pegada al suelo. Pero Mia no duda, se escabulle de

su escondite, pasa delante de mí como un rayo y se lanza sobre el regazo de Adam.

—¡Oye, oye! ¿Qué es esto? —Le coge por los hombros.

Entonces la aparta con un empujoncito y la mantiene a poca distancia.

—¡Papi! —gime, intentando escurrirse de sus manos—. ¡Papi, daño! —Empieza a llorar, las lágrimas le brotan de los ojos y le caen por la cara.

La mirada de Adam me dice la horrible verdad: no sabe quién es Mia. Y es como si el suelo se hundiera bajo mis pies. Nunca hubiera imaginado que esto pudiera suceder, pero ha sucedido.

Después la mira, la mira de verdad, y su expresión cambia. Frunce el ceño, casi pone mala cara.

—¿Abuela...? —susurra.

¡Dios mío! Ha visto el número, ha reconocido de dónde viene.

Se oye una fuerte respiración desde la puerta. Vuelvo la cabeza de repente y veo a Saul apoyado en el marco.

—Como te he dicho —murmura—, está confuso.

Pero sus acerados ojos negros están clavados en Adam, y después... traslada la mirada a Mia. Sus ojos tienen una nueva expresión que no me gusta, algo todavía más frío y calculador que nunca. ¿Ha oído lo que ha dicho Adam? ¿Sabe lo que significa? La forma como Saul mira a Mia y a Adam me está dando dentera.

Mia y Adam...

Adam y Mia...

Ver números ha convertido a Adam en un objetivo. ¿El cambio de número de Mia la ha convertido también en un objetivo? Pero nadie lo sabe, salvo Adam y yo.

Tengo que conseguir que Saul salga de aquí antes de que Adam diga alguna otra cosa.

OceanofPDF.com

22.

Adam

Hay una niña. No sabía que había una niña. Se ha lanzado sobre mí, poniendo la cara sobre mis piernas y me clava las uñas. Me siento como si me estuvieran atacando; me la quito de encima y la mantengo alejada. Es pequeña y no quiero asustarla, pero no la quiero encima de mí, no quiero a esta pequeña, ruidosa, pegajosa, extraña.

Y entonces la miro a los ojos.

Son azules como un cielo de verano y su número reluce dentro de ellos: 2022054.

El número baila en mi cabeza y me trae el olor de humo de tabaco, el recuerdo de otro par de ojos, ojos tan terribles que, una vez que te tienen, estás atrapado hasta que ella te deja ir. Es mi abuela, Val. ¿Qué es esto? No entiendo.

—¿Abuela...?

Se oye una respiración detrás de mí.

Y ahora hay unas manos sobre mis manos, y otro par de ojos. Exactamente tan azules e intensos como los de la niña. Pero el número es diferente. Me inunda una calidez y cada célula de mi cuerpo resplandece.

2572075.

—Sarah.

¿Cómo podía haberla olvidado?

Ahora sé quién es. Conozco su historia, su pasado, nuestra vida juntos. Sé que me quiere, sé que la quiero, y sé quién es esta niña. Es nuestra hija. Ahora tiene nombre: Mia.

De mis ojos brotan lágrimas de alivio.

—Está bien —dice, y la creo. Su número me dice que al final todo irá bien. Sea lo que sea lo que esté pasando ahora, lo superaremos y estaremos juntos.

—¿Puedes dejarnos? —le dice a Saul. Hay un tono de crispación en su voz. Sus ojos azules, que miran por encima de mi hombro, son duros.

Hay una larga pausa; yo no le miro, sólo miro a Sarah. Mi chica.

—Por supuesto, tomaos vuestro tiempo, y que tengáis una buena... conversación —dice Saul finalmente.

Oigo cerrarse la puerta. Una llave gira en la cerradura y se oyen pasos en el pasillo, cada vez más lejanos. Se ha ido, nos hemos quedado solos.

Miro alrededor. Estamos en una celda desnuda, los tres juntos, encerrados.

Acaricio los hombros de la niña con los pulgares.

—Mia —digo—. Hola, Mia.

Deja de llorar y levanta la cara llena de lágrimas hacia la mía.

—Papi —dice entre hipo.

—Sí, soy papá. —La levanto y la siento en mi regazo. No la culparía si se escapara y se escondiera de mí, pero no lo hace. Se acurruca contra mí, encogiéndose en mi regazo. La rodeo con los brazos: ¡es tan pequeña! Su pelo rizado me hace cosquillas en la barbilla; no sé qué decirle, pero no importa. Nos sentamos y nos

abrazamos mientras Sarah me agarra de la mano con fuerza y nos mira con sus ojos azules.

—Bueno, ¿cómo estás? —pregunta al cabo de un buen rato.

—Me duele todo, hay cosas que no recuerdo, por ejemplo, cómo he llegado aquí.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Estaba sentado junto al fuego contigo; había otra gente, estábamos en el bosque.

—Era Daniel y la gente de su campamento, antes de que se presentara Saul. Así que no recuerdas cuándo llegó, o que cogió a Mia.

—¿Cogió a Mia?

—Sí, ¿y no recuerdas las motos?

—¿Las motos?

—Sí, unas motos enormes, así es como perdiste el conocimiento.

Intento buscar en mi memoria, encontrar esas páginas perdidas, pero me estoy aferrando a la nada.

—Volverás a acordarte. —Sarah me tranquiliza, acariciándome la mano—. No te estreses, ahora estás aquí, estás seguro, pero... —hace una pausa— este lugar no lo es, Adam, tenemos que salir de aquí.

—Saul dice que es seguro.

Sarah pone mala cara.

—¿Qué sabes de él, Adam?

Pienso en ello antes de responder.

—Es... poderoso. La gente le escucha, hacen lo que dice. Hizo que dejaran de hacerme preguntas, me ha traído aquí contigo.

Aparta la mirada de mí y se examina las uñas. Entonces vuelve a mirarme fijamente con franqueza.

—Es un asesino. Mató a tiros a uno de sus propios hombres, y además le disparó a Daniel en la pierna.

Disparó a uno de sus propios hombres. El tío tirado en la carretera. ¿Es ése el crimen del que me acusaba Newsome? ¿Por qué permaneció en silencio Saul? ¿Para salvar su propia piel?

No puedo decir nada durante un momento.

—No —digo por fin—. No puedo creerlo...

Entonces me detengo y recuerdo los ojos oscuros que parecían iluminados por un fuego, el número reluciente...

«Quiero que trabajes conmigo, que seas mi brazo derecho...»

¿Es éste el hombre que raptó a mi hija y a mi novia, el que disparó a mi amigo? Pero ¿por qué me ha ayudado?, ¿por qué se ha puesto de mi lado frente a Newsome? Lucho por volver al presente, y después, otra vez al pasado.

—¿Qué pasó?

—Fue cuando nos secuestraron. Daniel intentó ayudarnos...

Durante un breve instante, veo un hombre con barba, de pie en la carretera, un amigo. Tiene un rifle a la altura de la cara y está disparando a algo... Luego la imagen desaparece.

—No puedo recordar, Sarah. ¿Por qué no puedo recordar?

Me pego en la frente con la palma de la mano.

Mia se da la vuelta y me mira. Tiene los ojos muy abiertos e inquietos. Se escurre de mi lado y se sienta al otro lado de Sarah.

—¿Qué más no sé? —Miro a mi chica, y otro recuerdo se pone en su sitio: dos niños riéndose junto al fuego—. Los niños, tus hermanos.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Creo que están bien, están en el campamento con los amigos de Daniel, pero no lo sé con certeza. Tenemos que volver con ellos.

Tengo la sensación de que me estoy volviendo loco; vuelvo a darme una palmada en la frente.

—¿Qué es este lugar? ¿Por qué estamos aquí?

Plas, plas, plas.

No ayuda. El movimiento, el ruido me está liquidando aún más, pero no puedo parar.

—¡Adam! ¡Basta ya! ¡Adam!

Muevo la cabeza, intentando agitar mis pensamientos para que vuelvan a su sitio. Oigo el miedo en su voz, pero no puedo detenerme.

—¡Adam, mira!

Sarah sostiene algo delante de mí, que se abre paso a través de mi demencial estado de angustia.

—Mira esto.

—¿Qué es?

La niña observa a hurtadillas por detrás de Sarah y sonríe.

—El dibujo de Mia —dice—. Lo ha hecho ella.

Sarah también sonríe.

—Estoy segura de que sabrás lo que es, si miras de verdad.

Hay cinco formas redondas de diferentes colores. Dos formas grandes: una roja, la otra azul y rosa, y tres más pequeñas: una verde, una naranja y una pequeña de color amarillo. Enseguida me doy cuenta de que es una familia, una familia de formas. Y después lo entiendo, como la descarga de un rayo o un fuego artificial estallando. Es nuestra familia: Sarah, Mia, los niños y yo.

—Somos nosotros —digo—. ¿De verdad has dibujado esto?

La pequeña asiente, radiante, demasiado orgullosa para decir algo.

—Es impresionante. —La rodeo con los brazos y le doy un apretujón.

—Adam —empieza Sarah lentamente—, ¿te acuerdas de tu abuela que decía que podía ver mi aura?

—Papá —dice Mia, señalando la forma roja, y luego la azul y rosa—. Mamá.

La miro y después miro otra vez el dibujo. Los colores quieren decir algo. Silbo entre dientes.

—Ve los colores ¿no? —pregunto—. Lo ha heredado de Val.

Esto es importante. Me doy cuenta por la mirada de Sarah de que ella también piensa lo mismo.

—Tiene su número, Sarah, y también puede ver auras.

Miro a Mia y su número me atormenta: es una cosita diminuta, frágil, con el número de otro. Una muerte que se adecuaba a la abuela, pero que a ella le sienta de una forma extraña. Mia es la prueba viviente de que hace dos años ocurrió algo asombroso y aterrador en aquel incendio. Se me ha puesto la carne de gallina y la misma pregunta que me acosaba antes reaparece en mi cabeza.

¿Le dio la abuela todo esto, su vida, su don?

¿O lo cogió Mia?

¿Puede alargar la mano y llevarse la vida de alguien?

OceanofPDF.com

23.

Sarah

-T enemos que sacarla de aquí —digo.
—¿Lo saben? ¿Saben algo de Mia?

—No, solo tú y yo lo sabemos, pero la niña les interesa. Hay una mujer, Marion, que nos ha interrogado esta mañana, y se ha pasado todo el tiempo presionando, metiendo la nariz en nuestros asuntos. Ella fue la que consiguió que Mia dibujara.

—¿Crees que entendió lo que significa el dibujo?

—No, no creo. Adam, tenemos que protegerla, Mia es especial, aún más de lo que pensábamos. Es diferente.

—Su número también es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Resplandece en mi cabeza; sólo he visto otro como ése en mi vida.

—¿De quién? ¿Alguien de aquí?

Adam hace una pausa, como si no supiera si decírmelo o no.

—No tienes que decírmelo, no quiero saber los números de la gente.

Se queda en silencio durante un momento, mirando hacia otro lado, hacia la puerta. Está luchando contra algo que tiene dentro, y yo sé no apretarle, así que cambio la conversación y vuelvo a Mia.

—De hecho, no sabemos lo que pasó en el incendio, ¿no? —digo.

—No.

—Tú estabas allí. ¿Qué crees que ocurrió? ¿Lo recuerdas?

Se frota la frente con la mano.

—Saqué a la abuela de entre las llamas. Pensaba que estaría bien, su número era bueno y nos quedamos para buscar a Mia.

En mi imaginación, estoy allí con él; puedo oír el chisporroteo de las llamas, la madera astillándose a nuestro alrededor, puedo sentir el olor a chamuscado de nuestra carne y nuestro pelo.

—Ella tenía calor, ¿no? —continúa Adam, y su voz tiembla un poquito—. Tenía calor de verdad, todos teníamos calor. Tú saliste y cogiste a Mia, intentaste protegerla de las llamas. Entonces, simplemente atravesé el fuego, y no vi a la abuela, no vi nada.

—Yo la vi.

—¿Qué?

No se lo había dicho nunca.

—Bueno, no la vi, pero oí su voz, sentí su mano.

Adam se inclina hacia mí y me agarra de los hombros con fuerza.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

—No estaba segura de si realmente había sucedido. Pero creo que sí, estaba confusa, desorientada en medio del fuego, pero alguien me cogió la mano y me dio la vuelta de modo que me puso mirando en la dirección correcta. Oí su voz: «Es por aquí, sólo unos pasos más...»

Adam me suelta y se deja caer en la silla de ruedas, mirándome fijamente, con la boca entreabierta.

—Ella estaba allí contigo, te tocó. Entonces, ¿por qué no recibiste tú su número?

—No lo sé. Mi número no era ese día, ¿no? Era el de Mia. Quizá Val le tendió la mano también a ella.

Tengo lágrimas en los ojos, igual que él.

—Te tendió la mano —repite—. Nunca pensé... nunca pensé que la perdería.

—Lo sé, lo siento. Me siento como si, de algún modo, fuera culpa mía. Me siento culpable y no sé por qué, pero somos muy afortunados por tener a Mia. Es un milagro que todavía la tengamos y tenemos que protegerla, Adam. Tenemos que guardar su número en secreto para que esté a salvo.

—Sí, tienes razón. Lo que ella hizo, lo que le pasó... es pura dinamita. Debemos mantenerlo en secreto, sólo podemos saberlo tú y yo, y tenemos que sacarla de aquí.

Y en ese momento la puerta de la celda se abre de golpe.

La luz del pasillo inunda la habitación cuando irrumpen media docena de soldados. No nos miran, no hablan. Antes de que pueda parpadear, tiran a Adam de la silla y le inmovilizan en el suelo.

Está en el suelo, con la cara contra el hormigón. Alguien le clava la rodilla en los riñones, dejándole sin aire. Veo que le están haciendo un daño horroroso. Grito y Mia también.

—¡Papi, papi!

—¡Adam!

Estoy tan pendiente de él que no me doy cuenta de que Saul ha entrado en la celda hasta que una voz grave y cortante interrumpe los gritos.

—Llévatelo.

Está ahí de pie, con los brazos cruzados, pero no mira a Adam, nos mira a Mia y a mí. No puedo evitar pensar en la noche que

pasamos junto a la hoguera, cuando la despertó y la miró. Le odié entonces y le odio ahora. Cojo a mi hija y me la acerco más.

Necesitan media docena de soldados para llevarse a Adam. Ha perdido el control por completo en cuanto ha entrado Saul: le grita, le pega patadas; la rabia le hace olvidar el dolor que le producen las heridas.

Grito, pero da exactamente igual, no puedo creer que le esté perdiendo de nuevo, acabo de recuperarle. No puedo creer que me vaya a quedar encerrada aquí.

Pero eso es lo que sucede.

Mia y yo, encerradas en una habitación que mide cinco pasos por cuatro, con un cuarto de baño de dos pasos por tres. Sin luz del sol, sin aire fresco.

Pierdo la noción del tiempo. Hoy Mia ha estado en una montaña rusa que la ha alterado y disgustado, pero al fin se calma con un abrazo y una canción. ¡Ojalá pudiera calmarme de la misma forma! Pero despierta, a solas, mi cabeza no para de darle vueltas a todo una y otra vez.

El mismo soldado con bigote trae la comida; no sé qué comida se supone que es ésta. Sopa y galletas saladas, y leche para Mia. Y hay algo más en la bandeja: una tacita de plástico con una pastilla blanca dentro.

—Yo la tomaría si fuese tú —dice—. Podrás dormir algo, sobre todo después del día de hoy. Aquí todos las tomamos.

—No, gracias.

La perspectiva de otra noche sin dormir es horrorosa, pero no tomaré pastillas.

—¿Dónde está Adam? ¿Qué le han hecho?

—Está incomunicado, eso es todo lo que sé.

—No entiendo por qué se lo han llevado. Sólo estábamos hablando... ¿Cuánto tiempo le tendrán allí? ¿Cuándo podré verle?

Se encoge de hombros, pero veo la pena reflejada en sus ojos cuando echa una mirada a Mia, dormida en la cama.

—No lo sé, francamente no lo sé.

Sin Adam no creo que pueda arreglármelas. Le necesito, le quiero. ¿Por qué ha sido necesario que pasara todo esto para que me diera cuenta?

—De hecho, tengo que verte tomar la pastilla —dice el soldado, señalando con la cabeza la taza de plástico de la bandeja—. De lo contrario, vendrán a ponerte una inyección.

Le miro estupefacta. Se encoge de hombros, pero veo que no le gusta nada de esto.

—No puedo —le digo—. No tomo pastillas y, de todos modos, no puedo tomar nada que pueda afectar al bebé.

—No te la darían si no te fuera bien.

—¿De verdad crees eso?

Mira con ojos de sospecha durante un momento.

—¿Puedo ponerte en marcha la ducha? —dice de repente.

Le miro frunciendo el ceño, confusa. ¿De qué está hablando?

Entonces me hace señas para que vaya al cuarto de baño. Le sigo, abre la ducha y nos quedamos cerca de ella.

—Aquí no nos oirán —me explica en voz baja, a pesar del estruendo que hace el agua al caer en el plato de la ducha.

Oírnos.

Me mira fijamente, esperando que caiga en la cuenta.

Y entonces me doy cuenta.

Estaban escuchándonos. Saben lo de Mia, saben que su número ha cambiado y que ve las auras que veía Val. Y saben que quiero salir de aquí. Por eso vinieron a por Adam, para quitarle de en medio y que no haya nadie aquí que nos proteja. Y ahora me doy

cuenta, sin sombra de dudas, de que la siguiente persona a quien se llevarán es a Mia.

Significa que no tenemos mucho tiempo. Tenemos que escapar.

Miro al soldado. ¿De verdad el ruido de la ducha evitará que puedan oírnos? ¿Y si es un truco para hacerme hablar más? Tengo que creerle, no tengo otra opción. Es la única persona a la que puedo preguntar, la única persona en este lugar que me ha mostrado cierta simpatía.

—Escucha, necesito tu ayuda, necesitamos tu ayuda para salir de aquí.

Ya lo he dicho. ¿Qué pasará si lo han oído? Aunque no lo hayan oído, acabo de poner mi vida —y las vidas de Mia y Adam— en manos de este soldado. Durante un momento de infarto, me pregunto si le habré juzgado mal. ¿Nos ayudará? Nos miramos durante largos segundos.

—Es demasiado difícil —susurra—. Si me cogen ayudándote, podrían juzgarme en un consejo de guerra.

Me permito una pizca de alivio; está de nuestro lado.

—¿Qué quiere decir eso?

Hace el gesto de que le cortarán el cuello, parece nervioso. Si está fingiendo, está haciendo un buen trabajo.

—¿De verdad? —digo.

Asiente.

—Estoy desesperada. —Estoy a punto de llorar—. De no ser así, no te lo pediría.

Se muerde el labio, parpadea rápidamente, mirándome, y después aparta la mirada otra vez.

Luego dice:

—Adam salvó la vida a mi madre. —Habla tan bajo que apenas puedo oírle por el ruido de la ducha. Me inclino hacia él

para captar sus palabras—. Mi madre tenía un piso en la planta doce de un bloque en el oeste de Londres. Vio a Adam en las noticias de la tele y salió. El suyo fue uno de los bloques que desaparecieron, toda la manzana se vino abajo. Ella hubiera muerto si no hubiera sido por Adam, así que se lo debo. —Me mira directamente a los ojos—. Te ayudaré, Sarah, haré todo lo que pueda.

—Gracias. —Pongo la mano en su brazo.

—Por cierto, me llamo Adrian —dice.

—Gracias, Adrian. ¿Puedes llevarle un mensaje a Adam?

Él toma aire entre los dientes.

—Por favor, por favor —le suplico—. Espera aquí.

Vuelvo corriendo a la habitación, cojo mi esbozo de debajo del colchón y el lápiz de Mia.

Es difícil saber qué decir. Sobre todo si no va a parar a las manos adecuadas. Al final, escribo:

«Vuelve conmigo, confía en Adrian.

XX.»

Adam sabrá lo que significa.

Después doblo el papel dos veces y se lo doy a Adrian.

Duda, mira a Mia, que duerme en la cama hecha un ovillo. Coge el papel y se lo mete en el bolsillo del pecho de la chaqueta.

De vuelta en la habitación, dice en voz alta:

—Ahora quiero ver cómo te tomas esto, te hará bien, te lo prometo.

Saca la pastilla de la taza de plástico y me la pone en la mano. Cierro los dedos en torno a ella.

—Eso es —dice, guiñándome el ojo—. ¡Salud! Buenas noches, Sarah.

Una vez que se ha ido, vuelvo al cuarto de baño y tiro la pastilla en el váter. Cuando descargo la cisterna, baila en el remolino de agua y después desaparece.

No mucho después, se apaga la lámpara fluorescente que hay en medio del techo y la habitación se vuelve a sumergir en la oscuridad; la única luz es la que entra por la rejilla y las rendijas de arriba y abajo de la puerta.

Me acuesto junto a Mia, pensando en las personas que echo de menos: Adam, Marty y Luke. ¿Recibirá Adam mi mensaje? ¿Podrá leerlo si lo recibe o yace en algún lugar hecho papilla? Me paso todo el rato pensando, con los ojos abiertos, fijos en la rejilla de la puerta. Está justo enfrente de la cama, pueden observarnos durante toda la noche.

Nos estarán observando toda la noche.

No puedo quedarme aquí tumbada, bien a la vista.

Salgo de la cama y me acerco sigilosamente a la puerta. Apoyo la espalda sobre ella y me deslizo hasta el suelo. Yo no veo la rejilla y ellos no pueden verme. El bebé se mueve dentro de mí; apoyo la cabeza en la puerta y cierro los ojos.

No quiero dormir, no quiero soñar, pero el agotamiento me invade de todos modos.

«Ya no estoy sola. Pero no es Mia quien está conmigo, es otra persona. Tiene la cara cerca de la mía, puedo oler su amargura, ver su barba crecida en la mandíbula. Se lame los labios, pero se le queda una gotita de saliva en la comisura de la boca; respira casi tan rápido como yo. Tengo que escapar, miro alrededor buscando un sitio donde esconderme, un sitio seguro. Hay sitios para esconderse por todas partes: árboles, rocas y arbustos, pero no puedo correr.

»Ni siquiera puedo andar.

»El dolor me hace estremecer una y otra vez.

»Las piernas no me responderán, estoy anclada aquí, aquí con él. Jamás había sentido un terror como éste. Quiero gritar, pero la voz se me ha quedado paralizada, estrangulada dentro de mi cuerpo atormentado por el dolor.

»En cambio, mis gritos resuenan en mi cabeza.

»—Ayuda, ayuda. ¿No me ayudará nadie?»

OceanofPDF.com

24.

Adam

Ahora estoy en una auténtica celda, como la de una cárcel. Paredes de hormigón desnudas, un colchón y un cubo. Hay marcas en la pared, manchas oscuras; no quiero ni pensar en lo que serán pequeña, ruidosa, pegajosa, extraña.

Tengo que decirles que esto es un error. No busco problemas, no es necesario que me encierren. Ni siquiera empecé yo, sólo reaccioné así porque se abalanzaron sobre mí, así que ¿por qué diablos estoy aquí? Sé que no ayudé, que he vuelto a perder el control, pero sólo me estaba defendiendo.

Mi cerebro no funcionará aquí dentro; no puedo imaginarme qué me sacaría de aquí, cómo puedo volver con Sarah. Tiene que haber una manera de salir de aquí, tiene que haberla.

No sé cuánto llevo aquí; las luces han estado encendidas todo el tiempo y no me han dado de comer ni de beber. Oigo el cerrojo de la puerta. Me siento en el colchón, intentado estar preparado para lo que sea que venga a continuación.

Es Saul.

Hace un gesto con la cabeza al soldado que vigila la puerta.

—Llamaré cuando haya terminado.

Se cierra la puerta y nos quedamos solos.

Se apoya en la puerta.

—Adam, ¿cómo estás? —dice.

—Cansado —respondo. «Confuso, enfadado, asustado»—. ¿Qué día es hoy?

—Martes. —Debo parecer ausente porque añade—: Trece de febrero.

El doce, el día que disparó al tío aquel, parece que fue hace un año. Y ahora el número de Saul me mira fijamente a la cara: 1622029, quedan tres días. Y siento su dolor final como un puñetazo en las tripas. Es insoportable, es obsceno vivir con tal agonía. Me hace sentir débil, sin aliento.

—Quiero salir de aquí —digo—. Quiero volver con Sarah y con Mia, ¿por qué me apartaste de ellas? ¿Por qué estoy aquí? No lo entiendo.

Sonríe enigmáticamente.

—Para eso estás aquí, Adam. Para entender, y para ayudarnos a entender tu don, necesitamos tu ayuda, yo necesito tu ayuda.

Se acerca al colchón y se pone en cuclillas junto a mí; no me gusta tenerle tan cerca. Me remuevo, inquieto, en mi sitio.

—No quiero ayudar si eso significa escoger a quién se deja morir —digo—. No puedo hacerlo, no está bien.

—Tienes una idea muy simplista de lo que está bien y lo que está mal, Adam. En la vida, no todo es blanco o negro, la vida está llena de decisiones difíciles; a veces, todo es la opción «equivocada», tienes que escoger el menor de dos males.

—No lo creo, eso es una tergiversación.

Niega con la cabeza.

—Eres tan joven... ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

La sonrisa se desvanece de su cara.

—Apenas recuerdo haber tenido dieciocho años.

Resopla y mira a sus pies.

—Si supieras... —dice. Entonces se da la vuelta y me mira directamente. Recibo toda la fuerza de su número y eso me hace respirar con dificultad. Quiero apartar la vista, pero no puedo, me tiene paralizado con su mirada; siento el dolor, sólo le quedan un par de días, y estoy aterrado. Mi corazón va a toda velocidad, no le quiero tan cerca, no le quiero en la habitación.

Su número reluce, reluce como el de Mia...

Después, por fin lo entiendo, la verdad me golpea de pronto con toda la fuerza de un mazo.

Saul tiene el número de otra persona, no hay otra explicación.

—Me preguntaste si quería saber mi número —dice en voz baja, observando mi cara—, pero ya lo sé.

Le miro fijamente. No puedo hablar. Los músculos pequeños de su cara se mueven nerviosamente, como si la superficie de su piel estuviera viva; sus ojos negros continúan abrasando los míos y en lo más hondo de ellos hay un atisbo de locura.

—Nunca se lo he dicho a nadie —continúa, y suelta una risita—. Bueno, a nadie que no estuviera a punto de matar.

Los pelos de la nuca se me ponen de punta. ¿Va a matarme? ¿Es eso lo que está diciendo?

Me pone una mano en el hombro y se acerca aún más; su aliento es acre y tiene una burbuja de saliva en la comisura de los labios. Quisiera dejar de mirarle, pero no me puedo mover, estoy paralizado por el miedo.

—Te he estado buscando durante mucho tiempo, Adam Dawson.

—¿Por qué? —pregunto, aunque no quiero oír la respuesta. Mi voz suena lejana, metálica.

—Porque quiero que seas mis ojos —responde.

—¿Tus ojos?

—Quiero ver lo que tú ves, quiero ver números.

—Pero yo pensaba... ¿No dices que sabes tus propios números?

—Los veo, Adam, pero... —aprieta los dientes—. Sólo los veo en el último minuto, en el último segundo. —Hay un tono de rabia en su voz, un dejo de la frustración que está reprimiendo en su interior—. En el momento en que abandonan un alma y justo antes de que entren en la mía.

«¿Qué?»

Y entonces, lenta y dolorosamente, mi mente da un paso más. Ellos. Saul tiene más de un número.

Es un ladrón de números, un gato con siete vidas, más que siete...

«Igual que Mia...

»Igual que Mia...

»Estoy conduciendo una moto, siento el viento en la cara, el olor de la gasolina en la nariz, el latido del motor en las manos y las piernas.

»Saul conduce a mi lado, Sarah va detrás. Él me saluda, un golpe y salgo volando, después, nada...

»Igual que Mia...»

No hay palabras para expresar lo que siento, todo lo que puedo hacer es quedarme sentado y mirar notando cómo mis tripas se convierten en agua en mi interior.

OceanofPDF.com

25.

Sarah

Me despierto, bañada en sudor, en una habitación oscura. Estoy sobre un colchón fino, alguien está llorando.

La realidad se desliza y resbala. ¿En qué pesadilla estoy?

¿Vuelvo a tener catorce años? ¿Está mi padre aquí? La habitación está oscura, no hay cerrojo en la puerta. No puedo dejarle fuera. ¿Está aquí ahora o acaba de estar aquí? No puedo ser yo la que esté llorando, no me dejaba hacer ruido, decía que me mataría si lo hacía...

Ahora hay una mujer, agachada delante de mí, me ha puesto la mano en el hombro.

Y por fin una realidad cristaliza de entre la sopa de recuerdos y pesadillas: el olor químico, recuerdo este olor a productos químicos. Mi celda.

Y Marion. Su silueta se recorta en el rectángulo de luz de la puerta medio abierta; tiene la cara en la sombra y su cuerpo se cierne sobre mí.

—Estabas muy inquieta mientras dormías —dice—. Estabas soñando, ¿no?

—¡Salga de mi habitación! —grito.

—¿Qué estabas soñando, Sarah?

—No lo sé, váyase ahora mismo, ¡déjeme sola!

Pero sí que lo sé, el pánico era real, aún me brinca el corazón en el pecho, y el dolor era real y el lugar era real. Nunca he estado ahí, pero todavía puedo sentir el olor a humedad en la nariz, el frío que me cala los huesos.

Mia también está aquí, alarga la mano para tocarme la cara. Mis ojos rebosan de lágrimas.

—Mamá llora —dice—. No llores, mamá.

Pero no puedo parar, sé que va a llegar un momento en que ella se habrá ido, y llegará pronto. Puedo verlo, como vi el caos. Dibujé el caos sin pensarlo, estaba ahí, en mi cabeza, y también he dibujado la nueva pesadilla. Va a suceder.

—Sarah, ¿qué pasaba? ¿Qué había en tu sueño? —Marion sigue aquí.

—¡Nada! No lo sé. ¡Por el amor de Dios —grito—, deme un respiro!

—Viste el caos, ¿no es así? Viste la fecha y la dibujaste. ¿Qué sueñas ahora, Sarah?

—Nada, ya se lo he dicho, mis sueños se han acabado.

—Estabas soñando ahora mismo, te he visto.

—¿Era usted la que estaba mirando antes? ¿Es así como se divierte, mirando a la gente?

—No... No sé lo que...

—No debería estar aquí, maldita bruja. No debería estar en la habitación de nadie, está mal. Todo este lugar está mal. ¡Váyase, váyase!

Tiro las mantas hacia un lado y me lanzo sobre ella. Agito los brazos tratando de pegarla, de arañarla, de hacerle daño.

Y por fin se mueve, se apresura a salir de la habitación, dando un portazo tras ella. Mia vuelve a estar disgustada, pero ¡ha pasado

por tantas cosas en los dos últimos días, ha visto tantas cosas!

Me siento con ella en la cama hasta que vuelve a quedarse dormida, quizá una hora después. Miro cómo le sube y baja el pecho, escucho su respiración regular. Al cabo de un rato, su respiración se acelera, retuerce los brazos y las piernas una y otra vez y murmura mientras duerme.

Está soñando.

OceanofPDF.com

26.

Adam

-No puedo ayudarte, Saul, está mal, decir los números está mal.
—¿De dónde has sacado esa idea?

No digo ni pío, no quiero que falte al respeto a mi madre. Si hiciera eso, tendría que darle una paliza.

Chasquea la lengua y mueve la cabeza, irritado.

—No piensas con claridad —dice—. Te lo he dicho, la vida no es blanca o negra, ahora estoy obrando a ciegas, y necesito saber. Puedes salvar vidas, Adam.

—¿Salvar vidas?

—Salvarlas de mí.

Tengo que asimilar sus palabras. Quiere decir salvar a las personas que tienen los números equivocados, a las personas que van a morir pronto, al menos demasiado pronto para él; quiere números con una vida larga.

—Sólo necesito encontrar el correcto... en el momento correcto —continúa. Es como si estuviera hablando consigo mismo—. Si pudiera ver los números, si pudiera aprender, si pudiera llegar a dominar tu don, si pudiera «aprenderlo»...

—No puedo enseñarte —digo—. Es algo con lo que nací, ni siquiera sé cómo lo hago.

—No, no puedes enseñarme, pero quizá puedas darme tu don. ¿Me lo darías... si te lo pidiera de buenas maneras? —Me está sonriendo, pero es una sonrisa de burla, como la mueca que tiene un zorro en la cara cuando está mirando a un conejo—. Te daré el mío si me das el tuyo —ríe—. Sí, me gusta eso, es un intercambio.

Ahora veo, más claro que la luz del día, que si no le ayudo se ayudará él mismo. Me matará. Dentro de un par de días, cuando se agote su número, me quitará el mío y espera conseguir también así mi capacidad de ver números.

—Vete a la mierda, Saul —digo.

El miedo hace que se me atraganten las palabras. Me levanto de un salto y, dando grandes zancadas, voy hasta la pared de enfrente, apoyo las manos en ella y dejo caer la cabeza entre los brazos.

Él también se levanta. Viene y se queda cerca de mí. Demasiado cerca.

—Si no eres tú, entonces, ¿quién, Adam? —me dice al oído en voz baja—. ¿Quién tiene un don como el tuyo? ¿Quién tiene tu don? ¿Tu hija quizá?

Luego se dirige a la puerta y llama para que le dejen salir.

Cuando me quedo solo, las palabras de Saul no paran de dar vueltas en mi mente. A decir verdad, esta habitación no es lo bastante grande para que quepan en ella todos mis pensamientos.

Su número me persigue, lo veo brillar en mi cabeza con los ojos abiertos o cerrados, no puedo escapar de él.

Ha matado más de una vez para seguir vivo.

Ha amenazado con matarme.

Y ha amenazado con matar a Mia.

Ahora sé qué clase de monstruo es Saul, y lo peor de todo es que Mia también tiene un número que brilla, el número de la abuela. ¿Quiere eso decir que es igual que Saul? ¿Es mi hija una asesina?

Me siento en el colchón y hundo la cabeza en mis manos. Mi niña, mi niñita. Pienso en la cara que puso la primera vez que le enseñé un nido de pájaros con una nidada de huevos azul claro en su interior. Estaba maravillada, una absoluta delicia. No puede ser una asesina, ¿no?

No levanto la vista cuando oigo abrirse la puerta de nuevo. Si es Saul, no estoy preparado para hablar más, no puedo darle una respuesta; bueno, en cualquier caso, no la que él quiere. Pero no es Saul, es un soldado que trae una bandeja con comida. Un soldado diferente cada vez. Me la da y yo la pongo encima de la cama: sopa, galletas saladas y una taza de agua. El tío se queda ahí de pie, no se mueve, casi como si estuviera esperando una propina.

Por fin, levanto la vista y le miro. Parece de mi edad, un tipo flaco con un bigote ralo. Está nervioso, un poco colorado; está claro que está esperando algo.

Se aclara la voz y señala la bandeja con la cabeza de manera elocuente. Hay algo que sobresale por debajo del tazón de sopa.

El soldado me da la espalda.

Es un trozo de papel; lo saco y lo desdoblo. Hay un dibujo de un cementerio en un lado. Extraño. Le doy la vuelta al papel y hay algo escrito, seis palabras:

—Vuelve conmigo, confía en Adrian. —Y dos besos.

Y firma Sarah.

—¿Eres Adrian? —pregunto. Él asiente—. Dile —empiezo, pero él se pone un dedo en los labios. Por supuesto, podrían estar escuchando. Es listo este tío, está al tanto de todo.

Me tiende un trozo de lápiz.

Puedo enviar una respuesta.

Nunca se me ha dado bien ni leer ni escribir. Lo he intentado, pero en realidad no lo he conseguido nunca; pero ahora siento que podría escribir un libro. Tengo tanto que contarle, es tanto lo que necesito que sepa. Quiero que sepa que la quiero, quiero que sepa que volveré con ella, tarde lo que tarde. Además, tengo que advertirle sobre cómo es Saul, pero sé que ya le odia.

Quizá tenga que advertirle sobre Mia...

Cojo el lápiz. El soldado hace el numerito de mirar al papel y cerrar los ojos. Me está diciendo que no mirará lo que he escrito; después vuelve a darme la espalda.

El extremo del lápiz planea sobre el papel. ¿Qué le digo? ¿De verdad no leerá este tío el mensaje? ¿Qué es lo que va a impedir que lo haga en cuanto salga de esta habitación? Yo lo haría si fuese él. ¿Por qué Sarah ha puesto su confianza en él?

Eché una mirada a su número cuando entró; le quedan años, años y años. Es un superviviente, pero no tiene la pinta de alguien que sobrevivirá. Hay algo frágil en él, frágil de cuerpo y alma. Algo no tiene sentido, creo que no quiero su ayuda.

Escribo mi mensaje; parece pobre.

«No confíes en nadie. Volveré. xx.»

Vuelvo a doblar el papel.

—Gracias —digo, y el soldado se da la vuelta, coge el papel y se lo mete en el bolsillo. Le hago un gesto con la cabeza y se va.

Y me vuelvo a quedar solo con mis pensamientos y con los números, el de Saul y el de Mia, brillando delante de mis ojos.

OceanofPDF.com

27.

Sarah

Se enciende la luz y oigo la llave en la puerta. Estoy despierta desde la pesadilla y ahora vuelve Marion.

—¡No entres, bruja! —grito—. ¡No entres aquí!

Mia empieza a despertarse. Se abre la puerta, pero esta vez son los batas blancas.

Demasiado tarde para escapar. Han venido a por nosotras.

Alguien se lanza en picado sobre Mia y la coge. Medio dormida, empieza a gritar y a lanzar puñetazos, pero no puedo ayudarla. Me sacan de la cama, me agarran del brazo izquierdo y me lo retuercen hacia atrás.

—¡Suéltame! ¡Quítame tus asquerosas manos de encima!

Me sacan a empujones de la habitación. Se han llevado a Mia antes que a mí. La veo agitar las manos y los pies, la oigo gritar.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué pasa?

Meten a mi hija en una habitación y a mí me meten en otra.

La habitación donde estoy tiene una ventana de cristal enorme; veo a Mia a través de ella: la están poniendo encima de una cama, y

ella no se deja, pero la sujetan y le atan los brazos y las piernas con correas. No puedo creer lo que veo, es monstruoso.

—¡Basta, basta! ¡Dejad a mi hija en paz! ¡Dejadla en paz!

Alguien me pega un bofetón en la cara y me quedo en silencio de golpe.

Ahora le están poniendo cables. Es una indecencia. ¿Qué demonios están haciendo? ¡Es una niña pequeña, por Dios!

Hay un hombre delante de mí. También lleva una bata blanca y tiene la cara como aplastada.

—Sarah —dice—, quiero que me escuches.

—¿Quién diablos es usted?

—Soy el doctor Newsome. Estoy a cargo de la evaluación de Mia.

—¿Evaluación? ¿Qué evaluación? ¿Qué está evaluando tratándola de ese modo?

—Estamos llevando a cabo una evaluación científica de sus extraordinarios poderes. Alguien tiene que estar ahí con ella. ¿Quieres ser tú?

—Sí, sí, por supuesto. Dígale a este idiota que me suelte el brazo y entraré ahí.

—Bien. Suéltala.

Para cuando entro en la habitación de Mia, ya le han puesto sensores por todo el cuerpo, hasta en el cuero cabelludo.

—¡Santo Dios, Mia! —Me abalanzo a su lado.

—¡Maamiii!

—No te preocupes, cariño, no te preocupes.

En la habitación hay una hilera de monitores, un millón de luces, esferas y pantallas. Los técnicos los están verificando, supervisados por el doctor Newsome.

Se inclina sobre mi hija.

—Mírame a los ojos, Mia —dice—. ¿Qué ves? No te preocupes, no tienes que decirme nada, sólo mírame.

Ella retuerce la cabeza y la aparta.

—Ha habido algo de contacto ocular. ¿Lo habéis captado? — pregunta Newsome a sus ayudantes.

—Sí, lo tengo —contesta uno de ellos.

—¿Puedes darle la vuelta con cuidado de manera que te mire a ti? —me pregunta el médico.

Hago lo que me pide, pero sólo porque no quiero que la toque. En cuanto estamos frente a frente, sus facciones se descomponen. Intenta tender las manos hacia mí.

—¿Lo estás captando?

—Sí, alto y claro.

—Bien, ya tenemos los datos de referencia —dice Newsome—. Estamos preparados.

Los técnicos empiezan a irse.

—¿Qué está pasando?

El médico se da la vuelta y me mira.

—Tendremos que dejarte durante esta parte del procedimiento. Tu papel es quedarte con Mia para que la reconfortes.

—¿Qué pruebas le está haciendo? ¿Es una radiografía? ¿Por eso se van? No estoy segura de que deba quedarme, lo digo por el bebé...

—Todo irá bien —dice, y cierra la puerta tras él. Oigo que echan el cerrojo por el otro lado de la puerta.

El gran rectángulo que sé que es una ventana parece un espejo desde este lado. Todo lo que puedo ver es esta sombría habitación, y a Mia y a mí dentro. Sé que están mirando. Me siento como un objeto expuesto en un museo o como un animal en el zoo. Sé que me ven y que me oyen.

—Hace mucho calor aquí —digo, dirigiéndome al espejo—. ¿Podría bajar la calefacción o poner el aire acondicionado o algo?

—Sí, claro. —La voz de Newsome resuena en la habitación. Levanto la vista, hay un altavoz encima del espejo, cerca del techo—. Lo solucionaremos.

Mia lloriquea, intenta mover los brazos y las piernas, luchando con las correas.

—Procura quedarte quieta un momento —digo. Y después, mirando al espejo, añado—: Cada vez hace más calor.

—No tienes por qué alarmarte. Tenemos un problema con el sistema de calefacción, ya lo estamos arreglando.

—¿Hace calor donde está usted?

—Sí, sí, el problema es en todo el sistema.

—Aquí necesitamos aire. ¿Puede abrir la puerta, por favor?

Estoy sudando y Mia también. Tiene la frente húmeda y las mejillas sonrosadas. No lleva más que una pequeña camiseta y unas braguitas.

—Mi hija está demasiado caliente —digo—. Voy a tener que quitarle la camiseta, y desconectaré todo lo que tiene en la cabeza.

—Sarah, no toques los sensores. ¿Me entiendes? No los toques, estamos recogiendo una serie de datos cruciales que nos ayudarán en nuestro análisis.

—¿Qué análisis? ¿Qué datos? De hecho, no me lo ha dicho. ¿Qué está haciendo?

—Te lo explicaré más tarde. Tú sólo quédate con Mia.

—¿Es el calor una parte de las pruebas?

—No, hay una avería en el sistema de calefacción central, te lo he dicho, pero debemos continuar con las pruebas. Por favor, siéntate con tu hija.

Me siento en la cama, pero no porque me hayan dicho que lo haga. Me empiezan a temblar las piernas, estoy sudando por todas

partes y me cuesta respirar. Mia también muestra señales de fatiga: mueve la cabeza de un lado a otro gimiendo. Las manchas de color en su cara son cada vez más acentuadas. Las he visto antes, esto empieza a ser peligroso.

—¿Qué temperatura tenemos aquí? —pregunto.

—Treinta grados.

—¡Treinta! Por el amor de Dios, ya basta. Abra la puerta.

—Hace el mismo calor en todas partes.

—No le creo.

Mia tira de las correas. Le toco la cara, está roja como un tomate. Miro por la habitación a ver si hay agua, algo con que refrescarla. No hay nada.

—¿Nos puede traer un poco de agua, por favor? —Noto el pánico en mi voz; sé que debería mantener la calma por el bien de Mia, pero no puedo. Las señales de alarma se han disparado por todo mi cuerpo—. Doctor Newsome, ¿nos puede traer un poco de agua?

—Estaremos contigo enseguida.

—¡No! —grito—. ¡La necesitamos ahora!

Mi respiración está descontrolada, se acelera cada vez más, y cada vez estoy más mareada.

—Trata de mantener la calma, Sarah.

Miro la hilera de monitores que hay cerca de la cama; muestran una serie de señales moviéndose por las pantallas, con números y contadores de todo tipo. No significan nada para mí, salvo un número. En varias pantallas aparece el mismo número: treinta y cinco grados. Lo miro mientras cambia y, sí, cambia en todas las pantallas: treinta y seis grados. Nos están achicharrando.

Mia empieza a llorar, no es un grito fuerte, como cuando se cae o se ha hecho daño, sino un sonido débil y lacrimoso. Antes tenía las mejillas muy sonrosadas, ahora las tiene moteadas:

manchas de color rojo amoratado sobre la piel pálida, casi de alabastro. Hace un momento se movía sin parar por el malestar. Ahora está muy quieta, tiene los ojos vidriosos. Los cambios se están produciendo muy, muy rápido.

—Dios mío. Doctor, ayúdenos, por favor. Mi hija tiene demasiado calor. Por favor, ayúdenos. No podemos dejar que siga subiendo la temperatura.

Empiezo a revolver en las hebillas de las correas. Debería haberlo hecho antes y no haber dejado que todo esto llegara tan lejos.

—No toques las correas, Sarah; enseguida estaremos contigo. Mantén a tu hija en la cama y tú conserva la calma todo lo que puedas.

—Tengo que sacarla de aquí.

He soltado la correa de uno de sus brazos, pero se me resbalan los dedos sudados por la otra hebilla y he perdido las fuerzas por el calor. No puedo hacerlo.

—Quédate donde estás. Enseguida estaré contigo.

Echo otra mirada a los monitores: cuarenta y un grados.

La habitación gira a mi alrededor, lo veo todo borroso; me desplomo sobre el colchón, al lado de Mia. El bebé se retuerce dentro de mí, empujando contra mi estómago y las costillas. La saliva me inunda la boca; voy a vomitar.

Muevo la cabeza y escupo en el suelo; ya no veo, la habitación se ha quedado a oscuras. Tengo el brazo izquierdo encima de Mia. Aunque no la veo, puedo sentirla, y puedo oírla.

—Maamiii...

Es un sonido débil y aflautado, como una señal de alarma que resuena en mi cabeza y me reanima. Abro los ojos y vuelvo a ver la habitación con claridad. Levanto la cabeza justo a tiempo para ver que pone los ojos en blanco y el cuerpo rígido.

—¡Dios mío! ¡Dios mío, que alguien nos ayude! ¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor!

Mia empieza a tener convulsiones, mueve nerviosamente los brazos y las piernas contra las correas, sacudiendo la cabeza.

Apenas puedo respirar. Intento agarrarle las extremidades.

—¡Mia! ¡Mia, vuelve conmigo! ¡Mia!

Las sacudidas son cada vez más violentas, es aterrador, pero no puedo hacer nada para detenerla. Todo lo que puedo hacer es mirar y procurar que no se haga daño a sí misma. Entonces todo su cuerpo se queda rígido. Todavía tiene los ojos abiertos, pero los tiene en blanco. Acuno su cara en mis manos.

—Mia, cariño, ¿me oyes? ¡Mia, Mia! —Da la impresión de que se ha ido, como si su cuerpo se hubiera quedado vacío—. Dios mío, no. Por favor, por favor, por favor. —Le doy palmaditas en la cara, gime un poco, los ojos giran en las órbitas y, justo durante un momento, me vuelve a ver, sé que me ve—. Cielo, no me dejes, no ha llegado tu hora. Mia, quédate conmigo, quédate conmigo.

Ahora está pálida, las manchas han desaparecido, una niña pálida, delgada como un palillo, tumbada en una cama demasiado grande para ella. Sus ojos se cierran y deja caer los brazos y las piernas, sin fuerzas.

La puerta se abre de golpe y entra una ráfaga de aire frío. Newsome y todo el equipo entran a toda velocidad.

—Apártate, por favor. —Me empujan hacia un lado y me tambaleo hacia atrás. Ya no me quedan fuerzas; recibo un golpe en la espalda al darme contra la pared y me caigo en el suelo.

No sé si mi hija está viva o muerta.

OceanofPDF.com

28.

Adam

Ha vuelto Saul. Esta vez viene con un par de matones armados. ¿Me van a dar una paliza? Me esposan las muñecas a la espalda y me sacan a empujones.

—Bien o mal, ahora me vas a ayudar, te necesitamos —dice Saul, y me aparta de un empujón y sale corriendo por el pasillo. Los matones me golpean en la espalda, me empujan y me arrastran; moretones encima de más moretones, pero no estoy en situación de oponer resistencia.

—Dejadlo —digo—. Ya voy, vale.

Mis palabras no cambian nada, disfrutan con esta mierda.

Perdemos de vista a Saul, pero no tardamos mucho tiempo en alcanzarle. Damos la vuelta a una esquina y el pasillo que nos encontramos de frente está lleno de gente que corre por todas partes como pollos sin cabeza. La mayoría se está amontonando en una habitación, y ahí es adónde vamos.

En primer lugar, es difícil averiguar lo que está pasando; parece que hay un montón de gente en torno a una cama, tantos que no veo quién está en ella.

Saul está gritando a Newsome.

—¿Qué diablos estabas haciendo?

—Estaba haciendo mi trabajo. La niña cambió su número; estábamos recreando científicamente aquellas condiciones para analizar lo que pasa.

La niña. Mia.

Ya saben que ella cambió su número. ¿Cómo? ¿Cómo pueden saber eso? Entonces recuerdo al soldado del mensaje, que se puso el dedo en los labios. «Podrían estar escuchando.» De hecho, escuchan, nos oyeron a Sarah y a mí. Es de la única forma que han podido saberlo.

¿Qué han hecho?

—Yo no estaba de acuerdo con que se hiciera esa prueba —suelta Saul.

—No necesito tu aprobación. Yo soy el director científico; yo apruebo toda la investigación. Éste es mi proyecto y tú no eres más que uno de seguridad.

Están uno frente a otro, casi tocándose el pecho, como dos gallos de pelea.

—Estoy a cargo de esta instalación —le grita Saul en plena cara—, a cargo de todo este lugar, ¿o lo has olvidado?

—¿Qué sabes de ciencia? —pregunta el médico con desdén—. ¿Qué sabes de números? ¿Y qué estás haciendo aquí? —Le tiembla la barbilla.

Saul me lanza una rápida mirada. Caigo en la cuenta al instante.

«Newsome no sabe que le han robado el número.»

Abro la boca —lo gritaré a los cuatro vientos si con ello consigo salir de aquí—; después pienso en las amenazas de Saul, y recuerdo que ya ha matado antes.

«Si no eres tú, ¿quién entonces?»

Cierro la boca, me siento impotente; no puedo decírselo a nadie. Y de todos modos, nadie me creería. Mi palabra contra la suya. ¿Qué puedo hacer?

—¿Qué sabes sobre esta niña, Newsome? —dice Saul—. ¿Qué te ha demostrado tu investigación? ¿Ha cambiado su número? ¿O la ha matado tu intromisión científica?

«¿La ha matado?»

Procuro hacer caso omiso de mis guardaespaldas e intento llegar hasta la cama. Cuando me doy la vuelta, veo una persona tirada en el suelo: es Sarah. La llamo por su nombre y ella me mira. Tiene la cara sonrojada y brillante y los ojos mortecinos, pero todavía tienen aquel color azul penetrante y el número es el mismo: 2572075. Incluso en medio de toda esta locura, su número me reconforta. De una u otra forma, vamos a superar todo esto. Nos espera un futuro feliz, tranquilo y lleno de amor. Cuesta creerlo, pero eso es lo que dice su número.

Y no puedo dejar que cambie ese número, no puedo dejar a Saul cerca de ella; pero ¿qué pasa con Mia?

—Sarah, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

Mueve la cabeza, incapaz de hablar.

Saul me agarra del brazo y me aleja de ella, empujándome entre la multitud. Algunos protestan cuando los apartan a empujones, pero él los ignora. Y ahora puedo ver a Mia. Le han atado los brazos y las piernas a la cama; está decaída y pálida y completamente quieta. Tiene los ojos cerrados.

—Por el amor de Dios, ¿qué le habéis hecho, cabrones?

—Mírala a los ojos, Adam; dime lo que ves.

El pecho de Mia sube y baja, inspiraciones pequeñas y poco profundas. Respira, está viva.

—Vete a la mierda, Saul. No voy a hacer nada hasta que nos desates a los dos.

—Hacedlo —dice a la gente que le rodea.

Tengo las manos retorcidas en la espalda, mientras forcejean con las esposas, pero luego, de repente, están libres. Alargo la mano y ayudo a los demás a quitarle las correas y los cables a Mia, que abre los ojos lentamente.

Tiene los ojos enrojecidos, pero su número es el mismo: 2022054. El número de Mia, el número de la abuela, todavía está ahí.

Una vez que la han soltado, la cojo en brazos y se la llevo a Sarah. Me pongo en cuclillas en el suelo.

—¿Está...? Mia, ¿estás bien?

—Maamii.

Pongo a la niña en los brazos de Sarah.

—¿Y entonces? —interrumpe la voz de Saul. Está justo delante de nosotros, mirando al suelo.

Cierro los ojos durante un par de segundos, y después le lanzo una mirada de odio.

—¿Y entonces, qué?

—¿Ha cambiado su número?

—No voy a decírtelo.

Levanta del suelo una de sus pesadas botas; está rabiando por darme una patada, pero no tengo ganas de darme por vencido.

—Joder, déjanos en paz, Saul. Necesitamos un poco de espacio y algo de tiempo.

—Tiempo —dice, y empieza a dar golpes en el suelo con una de sus pesadas botas—. Nos estamos quedando sin tiempo... —Su voz suena ahogada y vuelvo a mirarle. Su número me quema en la mente: 1622029. La verdad es que él se está quedando sin tiempo.

—Si no vas a decírmelo, tengo otra forma de averiguarlo —dice—. Dame a la niña.

¿Qué quiere decir? Sarah sujeta a Mia tan fuerte como puede, y me mira en busca de respuesta.

Sé exactamente lo que significa.

«Los veo, Adam, pero en el último minuto, en el último segundo. Los veo justo en el momento en el que abandonan un alma y justo antes de que entren en la mía.»

La sacará de esta habitación y le quitará su número, sólo para poder averiguar cuál es. Debe de pensar que es mejor que el suyo —que sus dones son más poderosos que el suyo—, y no se equivoca. Él tendrá su número y ella el de él.

—No —grito.

—¿No? —dice fríamente.

—No es necesario que hagas eso. No ha cambiado, su número es el mismo, no lo han cambiado.

Newsome maldice detrás de él.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no ha funcionado? No llegamos hasta el final, hemos parado demasiado pronto.

—No era su último día —dice Saul con aire pensativo—. Tiene que ser su último día. Mia es como... —Se detiene y mira a su alrededor.

Le miramos, incluso Newsome le mira. Contengo la respiración. ¿Han descubierto su secreto?

—¿Sí, Saul? —pregunta el médico—. ¿Es como quién?

—Es como... un ángel de la muerte —dice, y a pesar del calor que hace en esta habitación, se me hiela la sangre.

—¡Qué... poético, Saul! —dice Newsome—, pero no sabemos si eso es cierto, ¿verdad? Creo que deberíamos despejar la habitación y seguir con el experimento, no nos hemos atrevido a llegar hasta el final esta primera vez. —Parece tan enfadado como Saul—. Esta niña ha cambiado su número, tenemos que averiguar qué significa eso, qué significa para todos nosotros. —Su voz suena aguda por la excitación.

—¡Casi nos mata! —le grita Sarah. Su voz suena aguda y penetrante; noto el terror que siente.

—Empieza a preparar la habitación —grita Newsome, dirigiéndose a zancadas hacia la puerta—. Tenemos que hacerlo otra vez.

—¡No! ¡No, por favor! No vuelva a hacernos eso. Por favor, por favor, le diré cualquier cosa que quiera saber, haré cualquier cosa.

Sarah ha perdido el control. Sea lo que sea por lo que ha pasado, la ha llevado más allá del límite.

—¿Qué quieren? ¿Qué quieren de mí?

Newsome se detiene, con la mano en el pomo de la puerta.

—No queremos nada de ti, Sarah —dice Saul—. Es de Mia.

Ella abraza a la niña aún más fuerte; ambas están temblando, casi conmocionadas.

—No es más que una niñita.

—¿Ve ella números, Sarah?

—No..., no lo sé. Ni siquiera sabe aún sus números, sólo tiene dos años. De todos modos, ¿por qué tendría que verlos?

—Por Adam. De tal padre, tal hija; piensa en ello, Sarah, es importante. ¿Crees que ve números?

—Él no es su padre, Saul —solloza Sarah—. No es su padre biológico.

Me siento como si el suelo se inclinara bajo mis pies. De pronto, se cubre otro vacío en mi memoria. Hace dos años... Sarah ya estaba embarazada cuando la conocí. ¿Cómo puedo haberlo olvidado?

Mia no es mi hija.

OceanofPDF.com

29.

Sarah

Todos los que están en la habitación nos miran.

—No lo entiendo —dice Newsome—. ¿Qué importancia tiene eso? Sólo nos interesa que Mia ha cambiado el número, ¿no? Puede cambiarlo, puede renovarlo, puede... vivir para siempre.

Saul le lanza una mirada. Está pensando rápido, lo veo en su cara. Sus ojos van como una flecha de una persona a otra, y por último acaban mirándome a mí, pero no me mira a la cara. Mira a Mia, meciéndose en mis brazos.

—Sí, es cierto, Newsome —murmura—. Pero por alguna razón sólo lo ha hecho una vez. Tu experimento no ha funcionado, y la niña no puede ver números, no es como Adam. Yo quería las dos cosas: ver los números y cambiarlos.

—¿Tú querías las dos cosas?

—Nosotros..., quiero decir nosotros —rectifica Saul—. Piensa en el poder que tendría si pudiera hacer ambas cosas.

—¿Tengo que recordarte de nuevo de quién es este proyecto, Saul? —pregunta el médico con desdén—. Ya estoy harto de que te entrometas.

Yo también estoy harta. Estos tipos están locos, están realmente locos, están muy lejos de cualquier comportamiento normal. No saben lo que quieren, pero yo sí. Quiero salir de este lugar.

—Les he dicho lo que querían saber. Mia no ve números. ¿Estás contento ahora? —dirijo esta pregunta a Saul; después me vuelvo hacia Newsome—. Y Saul tiene razón; Mia cambió los números una vez, no sabemos si puede volver a hacerlo, pero no la van a hacer pasar por lo de antes otra vez. Quiero irme de aquí y me llevo a mi hija. Adam, ¿estás con nosotras?

Miro a Adam, que está en cucullas a mi lado. Necesito que me apoye, que se mantenga firme contra este par de trastornados peleones. Pero no está escuchando, no creo que haya oído ni una sola palabra de lo que he dicho. También está mirando a Mia, y parece profundamente afectado. Se me reblandece el estómago. Pensaba que él era su padre; era una pieza del rompecabezas que su mente había puesto en el sitio equivocado, no se acordaba de que no era su hija biológica.

Me acerco más a él.

—Tú eres el único padre que ha conocido —susurro—. Eres el mejor padre que podría tener.

No reacciona; le aprieto el brazo, pero continúa sentado, aturdido.

Pongo los pies debajo de mí y me levanto con dificultad. Es un gran esfuerzo. El niño que llevo dentro pesa más que nunca. El bulto se está situando en la parte inferior de mi cuerpo; parece como si me estuviera presionando los muslos. Una vez que me pongo en pie, me apoyo en la pared; no me quedan fuerzas. Cierro los ojos durante un segundo y respiro, intentando enviar un poco de energía a los huesos.

Oigo una voz, la de Newsome.

—Así que —dice— continuamos.

Cierro los ojos todavía con más fuerza; quiero que termine esta pesadilla.

—No. —Es la voz de Saul—. No, lo dejamos aquí por hoy. Ya han tenido suficiente.

Abro los ojos. La cara aplastada de Newsome es la imagen de una confusión furibunda, y entonces Saul se aleja de mí y va hacia él, recitando algo. La cara del médico se ensombrece, pero deja de farfullar y sale majestuosamente de la habitación.

Saul está a un metro de mí. Da un paso hacia delante, con la mano extendida. Me toca la barriga.

Estoy horrorizada; este tío me produce escalofríos desde la primera vez que le vi. Le odio desde el momento en que le abrió un ojo a Mia cuando estaba escondida en mis brazos. Tengo la espalda contra la pared y no puedo ir a ningún lado. Miro fijamente su mano, no puedo soportarlo, no soporto su contacto.

—¡Suéltame!

—Sarah —susurra suavemente—, debes de estar exhausta.

Adam está de pie ahora; pone la mano encima de la de Saul y los dedos le tiemblan mientras intenta apartarle.

—Quítale las manos de encima —dice.

Durante un segundo, la mano de Saul me aprieta un poco más fuerte y estoy a punto de gritar, pero entonces deja caer el brazo. Inmediatamente me doy la vuelta y alargo la mano para coger a Mia, que se sube a mí trepando; las rodillas casi se me doblan por su peso.

—Volved a vuestra habitación —dice Saul.

—¡No!

Me mira, sorprendido por el veneno que destila mi voz.

—No quiero volver allí, sólo quiero salir de aquí.

Suspira.

—¿Y dormir en el suelo? ¿En el barro? ¿En el frío? No creo que quieras eso, necesitas dormir bien una noche, ya veremos cómo estás por la mañana.

¿Por qué es tan amable conmigo? ¿Qué pretende hacer? Mi cerebro no puede establecer una relación entre lo que ha pasado y lo que está pasando ahora.

—No puedo dormir en este lugar, sencillamente no puedo.

—Entonces lo que necesitas es tomar algo que te ayude. Podemos arreglarlo. Ven conmigo. —Me pone la mano en el brazo y me acompaña hacia la puerta.

—No, no quiero... no necesito nada, sólo salir de aquí... Adam, díselo.

Miro de reojo a Adam, que rebosa energía. Mueve nerviosamente las manos, los dedos, los hombros, la cara. Le he visto así antes y sé lo que viene a continuación.

—No, Adam, no. No lo hagas, por favor, te volverán a apartar de mí. ¡Por favor, no lo hagas!

Pero es demasiado tarde.

—Te he dicho que le quites las manos de encima. ¿No me has oído?

—¡Adam!

Echa el codo hacia atrás y después lanza el puño hacia delante y le pega a Saul en su asquerosa mandíbula: le ha pillado desprevenido. El tipo retrocede tambaleándose y se echa la mano a la cara. Cogen a Adam entre todos, le contienen y me agarran a mí también, y a Mia, y nos sacan de la habitación.

Antes de que me dé cuenta, estoy otra vez en este lugar que me horroriza, desesperada y teniendo que afrontar otra larga noche. Pero esta vez es diferente.

He visto de lo que es capaz esta gente. Aquí no hay reglas, no hay derechos humanos. La cuestión es sobrevivir.

OceanofPDF.com

30.

Adam

A sí que Saul quiere ver números. Si me preguntara lo que eso supone, podría decírselo. Podría decirle lo que ha significado para mí durante los últimos dieciocho años.

Mirar a la muerte a la cara todos los días de mi vida.

Sentir el dolor de la gente, su sufrimiento.

Saber que no puedo conocer a nadie, ni siquiera a un niño recién nacido, sin verme obligado a pensar en su último momento.

Cuando ha dado un paso adelante y ha puesto la mano en la barriga de Sarah, sabía en lo que estaba pensando. Lo había dicho, ¿no? Había dicho: «Si no eres tú, Adam, entonces, ¿quién?» Saul pensaba que podría ser Mia, por eso estaba tan inquieto cuando Newsome le ha hablado del experimento. Pero en cuanto ha oído decir a Sarah que la niña no es hija mía, ha perdido su interés por ella.

Ya no pensaba en Mia.

Ahora lo tengo más claro que el agua que Sarah y nuestro bebé están en peligro. En grave peligro. El tiempo de Saul se está acabando; podría echar mano de una vida al azar, pero no es eso lo que quiere. Quiere robar una vida que no sólo le dé unos años más,

sino también más poderes; y tiene menos de cuarenta y ocho horas para encontrar una.

Ahora cree que ha encontrado lo que quiere.

No sabemos cuándo nacerá el bebé, pero él no esperará, no puede esperar.

Sarah no es tonta y nunca le ha gustado Saul, pero no sabe lo que yo sé. Y mis puños no nos han dejado tiempo para hablar de ello: debería lamentarlo. Y aquí estoy otra vez, encerrado; lo siento, pero sólo porque no he terminado el trabajo como es debido. Saul es un monstruo, debería haberle matado. Le mataré.

Camino de un lado a otro de la celda; dos pasos y medio hasta un extremo, dos pasos y medio para volver. Así una y otra vez. Me echo al suelo y trato de hacer unas cuantas flexiones. Me hacen daño los moretones, pero aprieto los dientes y continúo. Cincuenta, y sigo teniendo fuerzas. Cincuenta más, y empezaré a notarlo en los brazos, eso está mejor. Cincuenta más, y estoy sudando.

Quiero estar cansado y quiero dejar de pensar, pero en vez de ahuyentar los pensamientos de mi mente, el ejercicio me hace centrarme en ellos. En esta celda no hay dónde esconderse. Preparo el cuerpo, empujo con los brazos, pero no dejo de pensar en las personas que no están aquí, Sarah y Mia, y en el peligro que corren. Luego pienso en la abuela y en mi madre. No sé dónde están, ¿en algún lugar? ¿En ningún sitio? De repente, el dolor que siento por ellas, la sensación de echarlas de menos me abruma. Es un dolor detrás de los ojos, un nudo en el estómago.

Descanso en el suelo, me quedo allí tumbado, con la cabeza vuelta y una mejilla sobre el frío hormigón. Estoy desesperado por el terror, y de nuevo me atormenta sentir que soy el único que queda de mi familia. No tengo a nadie a quien pedir consejo, se han ido. ¿Nos ayudará Adrian? No puedo evitar pensar que no lo hará, al final no lo hará.

Voy a tener que hacerlo yo mismo. Si no pierdo la cabeza, algo se me ocurrirá, tendré una oportunidad. Sólo tengo que estar alerta.

Tiene que haber alguna manera de salir de aquí y puedo encontrarla; sé que puedo, y voy a encontrarla.

Tengo que proteger a Sarah, tengo que sacarla a ella y a Mia de aquí... y matar a Saul.

OceanofPDF.com

31.

Sarah

Otro médico, una mujer, viene a examinar a Mia. Desde que hemos vuelto a la celda, está pálida, callada y no ha llorado. Está tumbada en la cama, sin moverse; en menos de dos días he visto cómo cambiaba; ha pasado de ser una niña feliz y radiante a construirse un caparazón por el miedo.

La doctora realiza algunos controles rutinarios.

—La temperatura está bien, y el ritmo cardíaco también está bien, sólo necesita descansar y un poco de cariño.

Cariño. Quiero escupirle las letras en la cara; me muerdo la lengua pero, cuando se va, lo lamento. Debería haberle dicho lo que hay. ¿Qué podemos perder?

Adrian nos trae comida y algo para beber.

Intento darle a Mia un poco de leche. Coge la taza, pero no bebe.

Adrian se va directamente al cuarto de baño y abre el grifo de la ducha.

—¿Estáis bien? —susurra bajo el ruido del agua. Parece disgustado.

Me encojo de hombros.

—Intentaron matarnos, ¿cómo crees que estamos?

—Lo siento, lo siento mucho —dice, y le creo.

—¿Vuelve a estar Adam incomunicado? ¿Le diste la nota antes? —digo. No he tenido oportunidad de preguntárselo hasta ahora.

—Sí —dice, apartando la mirada—. Pero no me pudo contestar, demasiada vigilancia.

—Gracias de todos modos. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos salir de aquí esta noche?

Niega con la cabeza.

—Necesito algún tiempo para planearlo; estoy recibiendo ayuda del exterior. No tardará mucho, una o dos noches más.

Es demasiado.

—No sé si podré soportarlo.

—Aguanta —me pide—. Sé que es duro, deberías descansar, ya lo sabes. Pareces cansada. ¿Te traigo una pastilla...?

Mis piernas parecen de gelatina y noto que me han salido bolsas debajo de los ojos.

—No necesitaré una pastilla —digo—. Odio la idea de dormir aquí, pero el cansancio se apodera de mí.

A la mañana siguiente, armo un escándalo cuando me doy cuenta de adónde me llevan: otra vez a la habitación con la ventana de observación. No importa lo que diga o lo que haga. En lo único que ceden es en mi insistencia de que Mia también venga, no quiero dejarla sola, sin mí. Y si veo a alguien que sale de la habitación, esta vez me voy con ellos, no habrá forma de que nos vuelvan a dejar aquí encerradas.

Mia empieza a lloriquear cuando llegamos; le agarro de la mano con fuerza, acariciándole los dedos con el pulgar. Esta mañana, sin embargo, no parecen estar interesados en ella. Le

vuelven a dar lápices de colores y papel y al cabo de nada está tumbada en el suelo, debajo de la cama, haciendo garabatos. Están totalmente pendientes de mí. Están diciendo que van a hacer una ecografía al bebé. Van a hacerme un escáner.

No quiero que Newsome ni ninguno de sus compinches vuelvan a estar cerca de mí o de Mia nunca más, pero una parte de mí siente curiosidad, quiere ver al niño que llevo dentro. Nunca me hicieron una ecografía con Mia; ella era mi secreto. Ni siquiera tuve ayuda en el parto. Pensaba que las cosas iban a ser diferentes con este bebé; bueno, son diferentes, eso está claro, pero no son como deberían ser.

Y ahora Newsome está aquí. Le miro con recelo.

—¿Has recibido alguna atención prenatal? —pregunta.

—¿Alguna qué? —suelto enojada.

Suspira, tratando de no perder la calma.

—Atención prenatal. ¿Has visto a una comadrona?

—Por supuesto que no. He estado viviendo sin comodidades.

Él chasquea la lengua.

—Tienes una responsabilidad con este bebé, el deber de atenderlo.

Es el colmo, no le voy a dejar que me suelte un sermón.

—Ayer este niño no le importaba un bledo, casi nos mata a los dos, y a Mia.

Tiene la cortesía de parecer avergonzado.

—Eso era... diferente —dice—. Estoy tratando de encontrar un equilibrio entre medicina e investigación científica, y no es fácil.

—¡Se me parte el corazón! —Su cara se pone colorada, de un rosa subido.

—Nunca me ha gustado el sarcasmo —me suelta—. Bien, vamos a hacer esto, ¿no?

—No usted —digo—. No quiero que lo haga usted, quiero que lo haga una mujer.

—No estás en posición de exigir —empieza a decir, y entonces suena una voz a través del altavoz. Su tono agudo y profundo hace que contenga la respiración.

—Haz lo que dice, Newsome.

Es Saul.

No puedo evitar mirar hacia la pared con el espejo. Todo lo que veo es mi propia cara demacrada que me devuelve la mirada, pero ahora sé que él está ahí.

Detrás del espejo.

Observando.

Quiero levantarme de la cama y salir de aquí, pero alguien me está poniendo una mano en el brazo que me limita el movimiento. Levanto la vista y veo a una mujer con una bata blanca, la misma que exploró a Mia la noche pasada.

—Relájate, por favor —dice.

Me levanta la camiseta y me echa un chorro de gelatina transparente y fría encima del estómago. La piel está estirada y tensa.

—Procura relajarte —repite—. Enseguida tendremos una foto.

Hay un monitor en el carrito que tiene al lado. Mira la pantalla con un movimiento rápido y empieza a apretar una especie de pistola de plástico sobre mi piel, moviéndola por todos los lados, empujándola e inclinándola.

—Aquí lo tenemos. Esto es una mano. La columna. Aquí está el corazón. ¿Lo ves?

Me incorporo un poco, estirando el cuello, y lo veo. En la pantalla hay un bebé, con la columna enroscada, los brazos delante, las rodillas dobladas, los ojos cerrados, la cara de perfil.

—¿Lo ves, Mia?

Ha salido de debajo de la cama y está de puntillas, mirando el granulado de la pantalla blanca y negra.

—Bebé brilla —dice.

—Sí, al bebé le gustará «Brilla, brilla, estrellita».

—No —dice, enfadada—. Bebé brilla.

No sé lo que quiere decir.

Asevera con firmeza, como si estuviera encantada de habérmelo dicho; y después se vuelve a meter debajo de la cama con sus lápices de colores.

—¿Algún problema? —Es la voz de Saul otra vez.

La doctora niega con la cabeza.

—Todo parece estar bien. Doctor Newsome, ¿sabemos cuál es la fecha aproximada del parto? No la encuentro en el historial.

La voz del médico la interrumpe.

—Eso no es importante; es todo, gracias. Enseguida vuelvo.

La doctora levanta la cabeza bruscamente, le mira, y después me mira a mí. Está al lado de mi cama cuando Newsome vuelve a entrar, pero la hace salir rápidamente. Forcejeo para levantarme, preparada para echar a correr si me vuelve a encerrar aquí.

Él está hablando rápido, pero no entiendo nada de lo que dice; mi cerebro ha dejado de funcionar después de oír las dos primeras frases:

—No es necesario alarmarse, pero la ecografía muestra que tenemos que provocar el parto pronto. Haré una cesárea mañana...

Miro su boca que se abre y se cierra, sus labios que se pliegan y despliegan. En un momento determinado, se inclina hacia mí y pone la mano encima de la mía, en un gesto tranquilizador. Estoy demasiado aturdida incluso para retirársela.

Al final, deja de hablar.

—No lo entiendo —digo con voz débil—. La otra doctora ha dicho que todo iba bien.

—Quería decir que el feto, el bebé, está vivo, pero hay que tener en cuenta otros factores. Cómo viene el niño, la ubicación de la placenta. Una cesárea es la opción más segura.

—¿Tengo otra opción?

—Es lo mejor.

Han tomado la decisión por mí.

Miro su mano sobre la mía, puesta ahí, como un sapo carnosos. Y es como si lo viera por primera vez. ¿Qué pasa con esta gente que está por aquí? ¿Por qué creen que está bien que este tipo me toque?

Retiro la mano bruscamente.

—No quiero que me hagan la cesárea —digo.

Se pone en pie.

—Es lo mejor —repito.

—No quiero —vuelvo a decir, procurando que mi voz suene fuerte.

Se detiene en la puerta y, a través de un resquicio, veo a alguien merodeando por el pasillo. Saul, naturalmente.

—Nos vemos por la mañana —dice Newsome. Detrás de él, Saul mira con ojos brillantes y sombríos. Se frota las manos y después le da una palmada al médico en la espalda.

Se cierra la puerta.

OceanofPDF.com

32.

Adam

e venido para transmitirte mis felicitaciones.

-H Saul ha vuelto. Está muy inquieto, crispado, pero al mismo tiempo sonríe, satisfecho.

—¿Por qué?

—Estás a punto de ser padre. Esta vez de verdad.

Sarah va a tener el niño. Ignoro su indirecta sobre Mia y me levanto de un salto.

—Tengo que estar allí, le prometí que estaría con ella.

—Tranquilízate, no lo tendrá hasta mañana.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Continúa sonriendo. Le encanta todo esto, le encanta decirme algo que yo debería haber sido el primero en saber.

—Porque mañana es cuando la operarán.

—¿Una operación? ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Le van a hacer una cesárea: limpia y segura.

¿Una cesárea? Eso es cuando te abren y te sacan al niño de la tripa, ¿no? La hacen cuando las cosas no van bien.

—Pasa algo y no me lo quieres decir.

—No pasa nada, Adam. Le han hecho una ecografía y todo parece estar bien. Eso es lo bueno de una cesárea, que puedes hacer que nazca el niño exactamente cuando conviene.

Cuando conviene.

Cuando conviene, ¿a quién?

—¿Quién lo ha decidido? ¿Han sido los médicos? ¿O Sarah? ¿O...?

No me responde.

—Tengo que verla, debo ir; haré cualquier cosa, Saul, cualquier cosa.

Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Está muy relajado teniendo en cuenta que le pegué un puñetazo la última vez que le vi.

—¿Qué harías, Adam? ¿Me dirías cualquier número que quisiera saber? ¿Me prometerías que me ayudarás a encontrar un buen número? —Hace una pausa—. ¿Me darías tú número?

—Me estás preguntando cosas a las que no puedo contestar con un sí.

Trato de alejarme de él, pero no es fácil en una habitación tan pequeña.

—Podrías...

Se ríe, disfruta viéndome sufrir.

—¿Cuál es el número de Mia? —dice.

—No te lo voy a decir.

—¿Cuál es el de Sarah?

Niego con la cabeza. Intento con todas mis fuerzas pensar en lo que debería hacer ahora. Debo volver con Sarah, pero ¿cómo?

—Saul, por favor, déjame estar allí —digo lentamente, procurando escoger las palabras con cuidado—. Me necesita.

—Quizá deberías haber pensado en eso antes de atacarme.

Tiene razón, debería, pero ahora estoy pensando que debería haber llegado hasta el final. Puede que lo haga ahora. O quizá haya una oportunidad para invertir las tornas.

—Lo siento, Saul, no debería haberte atacado.

—No —dice—, no deberías haberlo hecho.

—Estaba furioso por lo que acababa de pasarles a Mia y a Sarah.

—Eso fue... desafortunado. Newsome se pasó; no volverá a hacerlo, le he recordado quién está al mando.

—Así que eres tú quien toma las decisiones aquí.

—Sí.

—Y eres tú el que ha decidido que mi bebé nazca mañana.

—Exacto.

Vuelve a recobrar el aspecto de un engreído. Quiero borrarle esa mirada zalamera de la cara; ya no puedo seguir dándole coba.

—Apártate de ellas. De Sarah y de Mia, y también del bebé.

—Vanas amenazas, Adam, vanas amenazas. Soy el jefe y haré lo que me apetezca...

Me abalanzo sobre él, pero está preparado. Me para y utiliza mi propio impulso para tirarme al suelo. Me siento como un idiota, un chico luchando contra un hombre.

Está junto a la puerta cuando yo todavía estoy luchando por levantarme. Abren la puerta desde fuera y se va, con un golpe de gracia.

—Mírate —dice con desdén—. ¿De verdad estás preparado para ser padre, Adam? Lo sentiría por el niño, si sobrevive. Es mejor para todos de este modo, un sacrificio por un bien mayor. No te preocupes, lo haré rápidamente, habrá terminado casi antes de empezar.

Da un portazo y yo me estrello contra la puerta; golpeo el metal oxidado con los puños.

—¡Saul, cabrón! ¡Deja en paz a mi familia!

OceanofPDF.com

33.

Sarah

Hay comida extra en nuestra habitación, han cambiado la colcha de la cama por un edredón y hay juguetes para Mia: es la caja de la habitación de los interrogatorios.

—¿Qué significa esto? —le pregunto a Adrian.

—Son órdenes de Saul —contesta.

Saul, todo acaba en Saul.

—¿Por qué lo hace? Antes pensaba que yo era su piedra en el zapato. ¿Qué ha cambiado? —Adrian no contesta—. Para mí no ha cambiado nada —digo lentamente, esperando que capte lo que quiero decir.

—Estoy intentando conseguir todo lo que has pedido —dice, y entonces me doy cuenta de que hablamos el mismo idioma.

Vamos directamente al cuarto de baño, mientras Mia se queda sentada en el suelo, buscando en la caja de juguetes: busca la muñeca.

La ducha empieza a funcionar con un gran estruendo.

—¿Cuándo? —susurro.

—Dependo de otra gente, pero podría ser pronto, muy pronto.

Me pone la mano en el hombro; esta vez el contacto me hace sentir bien.

—Procura descansar —dice—. Déjame que me ocupe yo.

Esta vez trato de no preocuparme cuando se cierra la puerta; me consuela saber que Adrian se está encargando de todo.

Me tumbo encima de la cama y me recuesto sobre un costado, apoyando la barriga en una almohada; no es que me duela, es más que nada incómoda. Miro a Mia, que juega con sus juguetes; ha vuelto a encontrar la muñeca y está ocupada hablando con ella, la tumba en el suelo y la vuelve a poner de pie.

—Nena parpadea —dice Mia a la muñeca—. Duerme, nena. ¡Chsst!

El bebé se mueve dentro de mi barriga. Pongo la mano donde una rodilla o un codo me aprietan cerca de la superficie.

Cierro los ojos.

El bebé se calma.

«Jadea como un perro. La gota de saliva se hincha y estalla, y le cae por el lado de la barbilla. No se la quita; en vez de eso, saca un cuchillo. El mango es de una especie de hueso o cuerno, la hoja es curva. Es un cuchillo de caza.

»No entiendo lo que he hecho, por qué es así.

»—Lo he hecho antes —dice.

»Le creo con todas mis fuerzas.

»Si pudiera escapar. Si hubiera alguien más aquí, pero no hay nadie. Solo él y yo. Él y yo y su cuchillo.

»—Por favor, por favor, no lo haga —le suplico ahora.

»Estoy implorando por mi vida.

»No me escucha. Su mirada tiene un brillo de locura en los ojos.»

OceanofPDF.com

34.

Adam

Las paredes son sólidas, el suelo es de hormigón, el orificio de ventilación que hay en el techo tiene el ancho de mi brazo y una rejilla atornillada. La única posibilidad de escapar es cuando entra y sale gente. Y las únicas personas que lo hacen son los que me traen la comida y recogen la bandeja. Saul no ha asomado la cara desde que vino a mofarse de mí. Tampoco he visto al recluta de Sarah.

Estudio a los soldados, e intento comprender exactamente lo que hacen cuando se atreven a entrar en mi celda. Siempre hay uno fuera con un arma que es quien abre la puerta, y luego aparece el otro con la comida, sujetando la bandeja con una mano a cada lado. Antes de entrar, comprueba en qué parte de la habitación estoy, luego pone la bandeja encima de la cama y sale sin darme la espalda para tenerme de frente todo el rato. La puerta permanece abierta para que el soldado que está fuera con la llave pueda observar todo lo que pasa; y después vuelve a cerrar con llave.

Hay un momento de duda cuando abren la primera vez. Ése sería el momento de atacar. El tío de la bandeja tiene las manos ocupadas, así que calculo que podría cogerlo con bastante facilidad. El de la llave no me disparará si su compañero está entre él y yo,

pero estará preparado para atraparme..., a no ser que utilice la bandeja como arma. Podría tirarla a la cara de uno y empujarle hacia atrás para que choque con el otro.

Todo depende de la velocidad y la sorpresa.

Tendría una posibilidad de conseguirlo; sólo una.

No sé qué hora es, no puedo suponerlo por la comida porque siempre es la misma. Creo que tendré que intentarlo la próxima vez que entren.

Quiero estar preparado. Me subo al borde de la cama y me pongo en posición de alerta, pero no se puede estar así durante mucho tiempo. Procuro andar de un lado a otro de la habitación, pero estoy consumiendo una energía valiosa. Me vuelvo a sentar, e intento centrarme en Sarah, pero es una tortura mental. Cuando empiezo a pensar en lo que podría estar pasando, se me va la cabeza. Así que cambio el chip y me centro en Saul, y cuando le imagino, con esa sonrisa engreída, siento la adrenalina correr por mis venas. Él es quien me va a hacer pasar por esto, necesito pararle, necesito proteger a las personas que me importan.

He perdido a demasiada gente para perder también a Sarah. La quiero y sé que ella me quiere. Si me quitan eso, no tendré nada. Es casi imposible aferrarse a alguien cuando ya se ha ido, lo he aprendido a base de errores.

Cierro los ojos y trato de recordar a mamá. Se va escabullendo y alejando de mí, no puedo cogerla, y cuando por fin lo consigo, la imagen que me viene a la cabeza no es la que quiero.

«Está recostada en la cama, es una sombra de lo que fue. La cara le ha cambiado de forma, tiene los ojos hundidos; me hace señas para que me acerque. Tengo miedo por lo diferente que está; subo cuidadosamente a la cama, no quiero hacerle daño por una torpeza con el codo o la rodilla. Me rodea con su brazo huesudo y apoya la cabeza encima de la mía. Su aliento huele como si estuviera echando todos los productos químicos que le han estado inyectando. Estoy tenso y nervioso.

»—¿Qué pasa, Adam? ¿Algo va mal? Eres un manojo de nervios.

»¿Que qué pasa? Mi mundo se está desmoronando, tú estás enferma, mamá, te estás muriendo, pero nadie te lo dirá.

»—Nada.

»—Relájate, piensa en algo bonito, ¿dónde te gustaría estar justo ahora? ¿Adónde vamos a ir los dos?

»No puedo pensar durante un segundo; la verdad es que no quiero estar en ningún sitio con ella en este estado. Preferiría volver atrás, a cuando era sólo una madre como la de los demás, antes de que se pusiera enferma. Pero nunca fue una madre como las demás: siempre era más divertida, más loca y mejor.

»—Vamos a la playa, mamá.

»Weston Beach está sólo a unos cientos de metros bajando la calle desde nuestro piso. Sería lo mismo si estuviera al otro lado del mundo, mamá no puede levantarse de la cama, y ya no digamos dar una vuelta por el paseo marítimo.

»—¿Hace sol, Adam?

»—Sí, pero no hace mucho calor.

»—¿Te apetece un helado?

»—Dentro de un ratito, vamos primero a la playa. La marea está subiendo.

»—Entonces sólo tenemos alrededor de medio kilómetro de puñetero paseo...

»—No vamos a ir andando, mamá, vamos a ir corriendo.

»—Vale, en eso te ganaré...

»—¡Ni hablar! Ya estoy a kilómetros de ti.

»—Espérame entonces. Agárrame de la mano...

»—No, tienes que alcanzarme...

»Corremos por la arena lisa hacia una línea de plata brillante que rompe casi en silencio en la orilla. Reduzco el paso a propósito hasta que ella me agarra del hombro.

»—¡Te pillé! —Y entonces corremos cogidos de la mano, y seguimos dale que dale hasta adentrarnos en el mar...»

Abro los ojos. Estoy en una celda desnuda, solo.

¿Por qué se fue? ¿Por qué me dejó? No me ha quedado nada de ella.

Vuelvo a cerrar los ojos y oigo su voz y la mía entremezcladas, y estamos diciendo las mismas palabras, las que leí en la carta que me escribió cuando supo que se estaba muriendo: «Si empiezas a olvidar qué aspecto tenía, o cómo sonaba mi voz, o cualquier otra cosa, no te preocupes; recuerda simplemente el amor, eso es lo que importa.»

Recuerda el amor, eso es lo que importa.

Todavía tengo su amor. Nada ni nadie podrían quitármelo, ni siquiera la muerte.

Y ahora hay gente a quien quiero y que me quiere.

Eso es lo que Saul no entiende, sencillamente no lo capta. Por muchas vidas que haya vivido, no ha aprendido lo que de verdad importa.

Puede que eso le haga más peligroso.

Puede que le haga vulnerable.

No lo sé, pero sé que yo lo tengo; tengo amor en mi vida, y eso es algo por lo que merece la pena luchar.

Y por lo que merece la pena morir.

OceanofPDF.com

35.

Sarah

«La hoja es de metal gris, frío, sin brillo. Sostiene la punta sobre mi piel, pero no puedo decir nada. Tengo arcadas, y me están asfixiando. Le miro a los ojos, suplicando con los míos. Pero sus ojos están extrañamente vacíos. No ve mi terror, no reacciona a mi miedo. No significa nada para él.

»No me cortes.

»No me mates.

»—Lo he hecho antes... —dice, y le creo.

»Que Dios me ayude.

»Y entonces se oye un estallido. El ruido retumba en mis oídos.»

Abro los ojos a tiempo de oír la siguiente explosión, el ruido resuena en el pasillo. Lo primero que pienso es en el caos. Está pasando otra vez. Miro alrededor buscando a Mia; está despierta. Empieza a sonar una alarma.

—¿Mamá? —dice.

—No sé lo que pasa. —Estoy preparada para otra sacudida, para que la habitación se ponga patas arriba. Se oye jaleo fuera, en

el pasillo, pero es la gente que pasa haciendo ruido, y la alarma sigue sonando sin parar. Y después la gente ha desaparecido.

Vuelven a empezar las explosiones, esta vez son más. Se oyen por grupos: dos o tres y luego una pausa; después otras dos o tres. El pasillo vuelve a estar lleno: pies que andan con pasos pesados, gritos, gente rozando las paredes.

Hay tanto ruido que no oigo la llave en la cerradura, pero, de repente, Adrian entra en la habitación. No lleva el uniforme bien abotonado y tiene los pelos de punta.

—Vamos, Sarah —dice—. Tiene que ser ahora, yo llevaré a Mia. Abrígala con cualquier cosa que puedas encontrar.

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo ese ruido?

—Ahora no te lo puedo explicar, tenemos que irnos.

Envuelvo a Mia con una manta de rayas.

—¿Adónde vamos? —murmura.

—A ver a papá —susurro.

Adrian la coge y yo saco mi viejo abrigo de debajo de la cama. Él duda en la puerta; los soldados se precipitan por el pasillo, un torrente interminable de color caqui.

Pero el centinela que está fuera de nuestra habitación sigue ahí.

—Tengo órdenes de evacuar a estas dos lejos de la entrada —le dice Adrian—. ¿Puedes ir por delante? Iremos a la unidad médica.

El centinela no le hace preguntas.

—Prisionero pasando —vocifera, y se pone en marcha contra la corriente, esperando que los demás se aparten de su camino. Adrian y yo seguimos su estela.

Tengo problemas para mantener el ritmo; cuanto más atrás me quedo, más me golpean y me apartan a empujones los que vienen en dirección contraria. Veo la cara de Mia, que me busca mirando

por encima del hombro de Adrian; después desaparece detrás de un mar de caras.

—¡Adrian! —grito.

Mira hacia atrás y se para.

—¡Espera! —grita a nuestro escolta, que también se para.

—Lo siento —me disculpo—. Sigo teniendo punzadas. No puedo ir muy rápido.

—Está bien, camina delante de mí. Iremos a tu ritmo.

Estamos casi en la unidad médica cuando hay otra lluvia de explosiones. Esta vez el suelo se mueve y todo el mundo deja de correr durante uno o dos segundos. Entonces resuena una voz en el pasillo: —Código cinco, código cinco. La entrada uno es un código cinco.

—¿Qué significa eso? —pregunto a Adrian.

—Significa que hay problemas en este lugar.

Nuestro centinela retrocede por delante de nosotros.

—¿Estáis bien aquí? —dice—. Es un código cinco.

—Sí, claro —contesta Adrian—. Estamos bien.

El soldado se marcha a paso ligero. Le miramos irse.

—Mejor que te pongas el abrigo ahora, que te prepares —dice Adrian entonces.

—¿Qué pasa? No quiero ir a la unidad médica.

—No vamos a ir. Nos dirigimos a los depósitos. Vamos por aquí.

—¿A los depósitos?

Trato de hablarle mientras andamos, pero estoy jadeando por el esfuerzo de mantener el paso.

—Es la otra salida. Empiezan en un pasillo y luego conducen a una red de cuevas que pasan a través de la colina. La gente ha

estado entrando y saliendo por ahí desde que está ocupado el búnker; cogen cosas de los depósitos, medicamentos de todo tipo.

Hemos entrado a un pasillo secundario.

—Aquí es donde me despido —dice Adrian, y deja a Mia en el suelo; le acaricia la mejilla—. Adiós, cariño. No te detengas, Sarah, encontrarás el camino sin mí. Y allí, en el otro extremo, habrá alguien esperándote.

Pero todavía no estoy preparada para dejarle marchar. Supongamos que hay más explosiones, supongamos que Mia se asusta tanto que no quiere caminar. No puedo cargar con ella en este estado.

—¿No puedes acompañarme un poco más allá? —pregunto—. Sólo un poco, hasta que recupere el aliento.

—Vale, pero no muy lejos. Debería estar de vuelta en el puesto antes de que se den cuenta de que te has ido.

OceanofPDF.com

36.

Adam

El hormigón vibra contra mi mejilla. Una vez, dos veces. Entonces llega el ruido; dos estallidos, como dos portazos de coche.

Me siento. Eso no eran las puertas de un vehículo.

Hay gente corriendo por el pasillo, oficiales que gritan órdenes, una alarma que suena. Me apoyo en la puerta y escucho el pánico de afuera. Al cabo de un rato, el ruido de botas sobre el cemento ha desaparecido, pero el timbre sigue sonando sin parar.

Es como si sonara dentro de mi cabeza.

Entonces se abre la puerta. Para cuando la rendija de luz se ensancha formando un rectángulo, ya estoy de pie y listo para pegarle un puñetazo a cualquiera que entre.

—¡Adam!

Un hombre grita mi nombre: es extraño. Normalmente no hablan y la luz suele parpadear antes de que entren.

Permanezco en silencio, con la espalda contra la pared de al lado de la puerta, de modo que tiene que entrar en la habitación para verme.

Está encorvado y arrastra algo tras de sí. A la luz del pasillo se ve un petate del ejército, pero es un hombre más bajo que la mayoría de los soldados que hay aquí y tiene el pelo sujeto en una cola de caballo. Éste no es un soldado, y ese algo que está arrastrando dentro de la celda es un cuerpo.

Se da la vuelta y me mira y su cara se ensancha en una sonrisa bajo la sucia barba.

—Adam... Adam, ¿estás bien?

—¿Daniel?

—Déjame aparcas esto...

Le ayudo a arrastrar el cuerpo lejos de la puerta. Es un centinela y está inconsciente.

Daniel se yergue, pasa por encima del centinela y empuja la puerta. Entonces me ve y me abraza, dándome palmadas en la espalda. Me aferro a él durante un minuto, sin apenas creer que esté aquí.

—He venido a sacarte. ¿Estás preparado?

—¡Por Dios, sí, sí! Aunque tenemos que encontrar a Sarah. Quieren a nuestro bebé, Daniel. Este lugar es vomitivo, es enfermizo.

Tiene una expresión seria.

—Puedes ponerme al corriente después; hay alguien que está ayudando a Sarah, mi contacto aquí, mi proveedor, Adrian. Los encontraremos si tenemos suerte, si no, los veremos fuera.

—Tengo que verla.

—Adam, todo está bajo control, confía en mí. Ponte esto.

Me pasa una chaqueta del ejército. Los bolsillos están a reventar, palpo lo que hay dentro: un cuchillo y una linterna y otras cosas.

—Esto no va a engañar a nadie. —Señalo mi cara, la cara que estaba en la tele en un millón de salas de estar.

—Ponte este pañuelo al cuello, te permitirá pasar desapercibido si no nos paran. Es todo lo que necesitamos, no te mirarán a ti, tendrán la atención puesta en otro sitio.

Levanta el brazo para captar la luz que se filtra por la puerta y mira el reloj.

—Esperemos un minuto.

—¿Qué esperamos?

Mi pregunta llega en forma de una serie de explosiones enorme.

Las sirenas empiezan a ulular inmediatamente y se vuelve a oír ruido de carreras en el pasillo. Quiera el cielo que nadie vea que la puerta de la celda está abierta.

Daniel avanza poco a poco hacia ella y se asoma.

—Vamos. En primer lugar, tenemos que correr con la multitud.

Y después salimos, echamos a correr, con los soldados delante de nosotros. Daniel cojea, y entonces me acuerdo: Saul le disparó en la pierna hace tres días. Debe de haber sido sólo una herida superficial porque no le hace aflojar mucho el ritmo. Corremos durante unos minutos —detrás de la manada— y luego Daniel reduce la marcha y deja que los soldados le adelanten antes de salir disparado por un cruce lateral. Le sigo, mirando por encima del hombro. Vamos bien, no hay nadie detrás de nosotros.

—Ya no está lejos —dice cuando le alcanzo.

—¿Adónde vamos?

—Al mismo sitio por el que he entrado, a la puerta de atrás.

—¿Y Sarah?

—Ella también estará allí antes o después. Intenta no preocuparte.

Hay otra serie de explosiones y todo tiembla.

—¡Joder! ¿Qué es eso?

—Amigos, Adam, amigos. Puede que esta vez consigan entrar y destruir este lugar. Pero aunque no lo consigan, es la distracción perfecta.

—No puedo creer que me estés ayudando a huir. —Levanto la mano, él también y las chocamos con las palmas abiertas.

—Créelo, Adam —dice—. Te lo dije, te necesitamos. No podíamos dejarte desaparecer, y aquí estamos.

Doblamos una esquina y entramos en otro pasillo.

A mitad de camino, nos encontramos a tres personas de espaldas a nosotros, un soldado, una mujer y una niña; deben de habernos oído. Se dan la vuelta; el soldado saca un arma del cinturón. Justo cuando levanta el brazo para apuntar, Sarah grita: — ¡Adam!

Y Mia grita:

—¡Papi!

Adrian se relaja, guarda el arma y yo corro hacia ellas. Sarah parece exhausta; tiene unos cercos enormes bajo los ojos, pero son tan azules como siempre y ahora centellean. Me echa los brazos al cuello y me acerca para darme un beso.

Mia se agarra a mis piernas, suplicando que la coja. Sigo abrazando a Sarah con un brazo y me agacho para cogerla.

Sarah mira detrás de mí.

—Daniel, ¿eres tú? ¡Estás vivo! Gracias a Dios. ¿Dónde están Marty y Luke? ¿Están a salvo?

—Están bien —dice—. Pronto los verás, pero primero tenemos que atravesar estas cuevas. Son un poco estrechas en algunas partes, pero estaréis bien. Hay marcas blancas en la pared, sólo tenéis que seguirlas. Aquí...

Mete la mano en el bolsillo y le da una linterna a Sarah.

—Ahora salgamos de aquí. ¿Tú también vienes? —le pregunta a Adrian.

—No, Daniel. Me quedo. ¿Qué haría fuera? Pero buena suerte. Nos veremos dentro de un par de semanas.

—Puede que este lugar no esté aquí para entonces.

Otra explosión retumba por el búnker.

—Todavía estaré aquí, es el lugar más seguro de Inglaterra.

Echamos a andar por el pasillo, alejándonos de él; al final hay una puerta. Está abierta.

Daniel se detiene en seco.

—Así no es como la dejé —dice—. Tengo una llave y cerré la puerta con llave. —Nos quedamos mirándonos—. Alguien ha estado aquí o ha salido por aquí. Quizá haya entrado más gente de nuestro grupo, pero no creo que ése fuera el plan.

Dejo a Mia en el suelo para poder entrar con Daniel y ver cuál es el problema, pero él ya está retrocediendo, corriendo hacia Adrian, que todavía está donde lo dejamos, apoyado contra una pared, con la cabeza ladeada hacia el techo y los ojos cerrados.

—Adrian —dice Daniel, y el soldado se lleva un buen susto—, la puerta está abierta. ¿Has sido tú?

—No —contesta, levantando las dos manos—. No he hecho nada.

—Ven y mira.

—Tengo que volver, Daniel. —Incluso a esta distancia puedo ver que se ha puesto colorado.

—Daniel —le llamo—. Déjale y vámonos.

Pero ha sacado un arma y apunta a Adrian. No entiendo lo que está pasando, pensaba que eran amigos, pero no voy a discutir con Daniel en estas circunstancias.

—Adrian va a ir primero —dice bruscamente—. ¿Verdad? —Lo trae hacia nosotros. Cuando pasan, puedo oler el miedo que despiden los soldados. El sudor le resbala por las mejillas.

Una puerta abierta a una salida sin vigilancia. No puede ser tan fácil, ¿no?

Daniel aparta la pistola del cuello de Adrian y le propina un empujón en el costado con ella. El soldado entra en la habitación.

—¡Está despejado! —grita—. ¡No hay nadie!

Daniel le sigue; a continuación entran Sarah y Mia y yo cierro la marcha.

Me quedo helado. Todos nos quedamos helados.

La habitación que hay detrás de la puerta no está vacía. Saul está frente a Daniel y Adrian y tiene un revólver en la mano.

—Bienvenidos —dice—. Entrad todos. Entrad y cerrad la puerta.

OceanofPDF.com

37.

Sarah

Me doy la vuelta y me agarro al canto de la puerta. Es una puerta enorme de madera gruesa, con remaches y cerrojos anticuados. Insonorizada. Mientras la abro, Adam se abalanza de repente contra Adrian, le retuerce el brazo izquierdo y se lo sube por la espalda hasta que el soldado empieza a chillar. Luego mete la mano en el bolsillo, saca un cuchillo y se lo pone en el cuello.

—¡Adam, detente! ¡Detente! —grito, pero él sigue sujetándole con fuerza y no le suelta.

Daniel está junto a ellos; todavía tiene la pistola en la mano y está apuntando a Saul.

—Sarah —dice mirando hacia mí, apretando los dientes—, echa a correr, ya te alcanzaremos.

Adam estira del brazo de Adrian y se lo sube aún más arriba.

—Lo sabías —dice con voz pastosa—. Nos has traicionado.

Aprieto la mano de Mia y empiezo a escabullirme por detrás de Adam, Adrian y Daniel.

—Lo-o-o si-e-ento-o-o —tartamudea el soldado. A duras penas le salen las palabras; tiene la voz entrecortada por el miedo—. No t-t-t-uve otra-a-a opci—ó—ó—ón.

Adam le clava la punta del cuchillo más hondo; no le ha roto la piel. Todavía.

Mia y yo pasamos al lado ellos y, con la espalda pegada a la pared, seguimos adentrándonos sigilosamente en la cueva.

—No quiero oír tus excusas, nos has traicionado. A tu amigo Daniel, a Sarah y a mí. Incluso a Mia.

—Baja el cuchillo, Adam —interrumpe Saul—. Sabes perfectamente que no vas a utilizarlo; Sarah, quédate donde estás.

—Sigue andando, Sarah —dice Adam—. Lo utilizaré, Saul. Le mataré si tengo que hacerlo, y te mataré a ti también.

Es un Adam que no había visto hasta ahora. Le he visto pegar a la gente en un ataque de furia. Le he visto lanzar objetos y destrozar cosas, pero nunca pensé que le vería amenazar a alguien con un cuchillo. Cuando le miro ahora —con odio en la mirada, los músculos de la mano tensos como cuerdas de violín, la vena del cuello latiendo por la ira—, no estoy segura de que no lo vaya a utilizar.

Da miedo verle así, pero también hay algo noble en él. Nos está defendiendo a Mia y a mí; luchará hasta la muerte por nosotras. No sé lo que va a pasar a continuación, pero no quiero que mi hija vea nada más. Ignoro a Saul y continúo avanzando. Estamos a tres o cuatro metros de ellos.

—Adelante, entonces —dice Saul—. Mátale.

—¿Qué?

—Mátale.

Adrian chilla, es un sonido de puro terror animal.

—Quieres que le mate —dice Adam.

—No deseo particularmente que lo hagas. Me da igual una u otra cosa. Lo único que quiero es acabar con esta atracción de feria. Deshazte de él, y deshazte también del hippy con la pistola de seis tiros. Entonces quedaremos tú y yo.

Se hace el silencio durante un tiempo dolorosamente largo, si no fuera por el ruido que hace Mia y el que hago yo al arrastrar los pies por el irregular suelo de piedra, y el que hace Adrian, que jadea como un perro, al respirar fuerte y rápido.

—No puedo hacerlo —dice entonces Adam—. Tienes razón, Saul, no puedo hacerlo.

—Entonces déjale marchar.

Adam aparta el cuchillo de la garganta de Adrian, que se tambalea hacia delante agitando los brazos.

—Tú no puedes, pero yo sí —dice Saul—. Así es como se hace. —Todavía apuntando con la pistola a Daniel, aprieta el gatillo.

No es más que un pequeño movimiento, pero la explosión ensordecedora resuena por toda la cueva y rebota en las paredes, por lo que si no hubieras podido ver el humo que sale del cañón no sabrías de dónde venía el ruido. La pistola de Daniel sale volando de su mano. Se dobla hacia delante, agarrándose la muñeca.

Pongo la mano sobre los ojos de Mia y echo a correr, arrastrándola conmigo. Miro hacia atrás.

Saul mueve la pistola hacia Adrian.

Se oye otro disparo y otro.

El soldado se retuerce donde está y después se dobla hacia delante.

Echo a correr a toda velocidad hacia el interior de la cueva. No vuelvo a mirar atrás, no puedo.

Sigo la línea de la pared rocosa, paso por la primera marca blanca y continuo corriendo sin parar.

OceanofPDF.com

38.

Adam

Adrian y Daniel están en el suelo. El primero está tumbado boca abajo, con la cara pegada a la tierra. El segundo está en cuclillas, apretándose la muñeca, intentando detener la hemorragia.

—La pistola puede a la navaja —dice Saul con un tono de voz gélido como el hielo—. Tírala, Adam, antes de que te hagas daño con ella.

Arrojo la navaja al suelo.

—Ahora quítale el cinturón a ese hippy.

—¿Cómo?

—Hazlo.

Me acerco a Daniel y me agacho para abrir la hebilla del cinturón y sacarlo de las trabillas del pantalón.

—Siéntate pegando tu espalda a la suya —dice Saul.

Hago lo que me ordena. Él se arrodilla a nuestro lado y ata nuestras manos por detrás de la espalda con el cinturón. Daniel suelta un aullido cuando Saul le agarra por la muñeca.

—Por favor. Necesito seguir apretándome la muñeca, de lo contrario moriré desangrado.

—En efecto, así será, ¿no crees? —dice Saul mientras prosigue con su tarea.

Está muy cerca de mí. Puedo ver la sangre latiendo en la vena del cuello. En cuanto termine, irá a por Sarah. He fracasado, no he podido detenerle. Ni siquiera he conseguido ganar tiempo para que ella escape.

Sin embargo, todavía hay una manera de salvarla.

Podría dar a este tío lo que desea.

—Saul —empiezo a decir—, no necesitas encontrar a Sarah. No es necesario que mates a mi bebé.

Aprieta el cinturón hasta tal punto que siento la correa clavándose en mi piel.

—Ya, pero lo haré —afirma.

—Quieres más tiempo. Quieres ver los números. Puedes hacerlo a través de mis ojos. Mi vida, mi don son tuyos si prometes dejar en paz a mi familia. Te los daré.

Estudia mi cara, como si la estuviera viendo por primera vez.

—Creía que éramos iguales, Adam, pero no es así —dice—. Somos diferentes. ¿Me darías tu número?

Es lo único que me queda. No tuve agallas para matarle cuando tuve la oportunidad. He fallado de nuevo a Sarah y Mia, como tantas otras veces. Ahora puedo hacer esto por ellas, y lo haré.

—Sí. Como mínimo, no te impediré que te hagas con él, sea cual sea tu método.

—Sólo necesito tomar contacto visual, así —se inclina hacia delante y me aprieta el hombro con fuerza—, mirarte a los ojos y penetrar en el interior.

No puedo evitarlo. De forma instintiva intento apartar la mirada, pero su mano abandona mi hombro para aferrarme la mandíbula. Me obliga a mirarle. Cierro con fuerza los ojos, y no

permiso que mire en mi interior. Se ríe y deja de apretarme la mandíbula, apartando con fuerza mi cabeza de la suya.

—¿De veras todavía no lo entiendes? Tu bebé representa todo lo que he soñado, Adam. ¿Qué dones crees que tendrá? ¿Acaso los tuyos y los de Sarah, los de Mia y los de Val? Es el producto de muchas generaciones de personas agraciadas con un don. ¿Por qué crees que me conformaría con tu número, cuando puedo tener el suyo? No puedo matarte, de todas formas. Aún no he perdido la esperanza de que cambies. Piensa en todo lo que podríamos hacer si colaboraras conmigo. Ahora mismo tienes demasiados escrúpulos, pero todavía eres joven. Aprenderás. Seremos como hermanos de sangre; hermanos de números.

—Por favor, Saul. Deja en paz a Sarah y al bebé. Te lo suplico. Te lo ruego.

—Como acabo de decirte, todavía eres joven. Tienes mucho tiempo para tener hijos. Tantos como desees.

Siento un escalofrío en la nuca que me pone la carne de gallina.

—Cállate. No sigas hablando así.

—¿Hablando cómo? ¿Como alguien que ha vivido durante doscientos cincuenta años? ¿Como alguien que está al tanto de lo que pasa?

—No. Como alguien que ha olvidado lo que es ser humano.

—¿Qué quiere decir ser humano, Adam? Significa ser inteligente. Ser mejor que los animales. Ser capaz de burlar a la naturaleza, triunfar, perdurar.

Tal vez tenga razón, en el contexto de su estrechez de miras. Pero olvida algo. Algo muy importante.

—¿Y qué hay del amor, Saul? ¿Qué hay del cariño hacia los demás, trabajar con otras personas, convivir? ¿Qué hay de la familia, los vecinos, los amigos?

—Eso no importa —responde en un tono burlón—. La gente viene y va, lo entenderás cuando tomes el camino que yo he elegido. El apego no tiene sentido cuando sabes que morirán al cabo de setenta años. Setenta años, y todo habrá acabado antes siquiera de haber comenzado.

—Pero en eso consiste la vida. Tienes una sola oportunidad de hacerlo bien. Una vida para vivirla.

—Ése es un pensamiento obsoleto. Puedo tener tantas vidas como desee. Seguir viviendo para siempre.

—Pero cada vez que consigues una nueva vida alguien muere.

—Así es.

Ya lo sabía. Es un loco peligroso.

Pero su mente retorcida ha decidido no eliminarme por alguna razón. Y si yo vivo, mi bebé morirá. No puedo permitirlo. No puedo.

Tendré que hacer que me mate.

—Eres realmente un estúpido, Saul —le digo.

Se aparta de mí acobardado, casi como si le hubiera pegado.

—Tienes que ser un estúpido para creer que te ayudaré. No me rebajaré a eso. Nunca. Jamás. Y si me dejas ahora aquí, me escaparé y haré todo lo que esté en mi mano para detenerte. Les diré a todos quién eres realmente, qué clase de persona eres, y lo que has hecho.

Detrás de mí, Daniel está tirando de mis manos, como para hacer que me calle. No sabe lo que está en juego. No sabe que tengo que hacerlo, transgredir los límites, provocar a Saul hasta que estalle en un arrebato de ira.

—Eres la persona más débil y más estúpida que he conocido en mi vida. Ni siquiera te mereces que te desprecie. Eres...

Saul coge la pistola por el cañón y me golpea la cabeza con el mango. Sólo me da tiempo a cerrar los ojos, y los mantengo así

mientras la fuerza del impacto me hace derrumbar a un lado, arrastrando a Daniel conmigo. Me desmayo antes de caer al suelo.

OceanofPDF.com

39.

Sarah

Continúo avanzando. De vez en cuando la luz de una lámpara ilumina el camino, pero el suelo bajo nuestros pies es de piedra, está mojado en parte y la superficie es irregular. Sólo nos permite andar deprisa. Mia sigue el ritmo bastante bien, no le queda otra elección. La arrastro aferrando su mano con fuerza.

Hay cajas y contenedores apilados a un lado, y una pared de roca sólida al otro. El techo de la cueva parece estar muy alto por encima de nuestras cabezas; es una sala enorme. Justo cuando empiezo a cuestionarme si seguimos el camino correcto, descubro otra marca en la roca. Las marcas no son evidentes, sino que hay que buscarlas. Cada vez que encontramos una es como una recompensa.

Poco después tengo la sensación de que la sala se va estrechando. Ahora sólo hay una hilera de cajas y contenedores, y detrás de ellos puede verse la roca. El techo también es más bajo.

Ya no hay más lámparas. Parece que nos dirigimos a una pared sin salida.

—Mia, escucha, vamos a parar un momento.

Enciendo la linterna y enfoco el haz de luz hacia delante.

Allí acaba la zona de almacenaje, pero no el camino. Parece seguir a través de un túnel de roca de un metro de ancho, cuyo techo es apenas más alto que yo. Puedo oír murmullos detrás de nosotras. Más adelante, sólo se intuye una densa negrura.

—Bueno —digo, intentando dotar a mi voz de una seguridad que no siento—, no me sueltes la mano, cariño. Ahora el camino estará un poco más oscuro.

—¿Dónde papá?

—Vendrá luego. Vamos.

El techo cada vez es más bajo. No me parece tan inquietante mientras puedo seguir caminando erguida, pero enseguida tengo que agacharme y caminar con las piernas flexionadas. Caen gotas que rezuman del techo. Hay charcos en el suelo y muy pronto estamos caminando con los pies en el agua, primero un centímetro, luego dos, tres.

No me atrevo a pensar demasiado en ello porque de lo contrario me asaltaría el pánico. Ante nosotras, y también a nuestras espaldas, sólo oscuridad, un millón de toneladas de tierra y piedras sobre nuestras cabezas. ¿Mencionó Adrian la longitud del túnel? ¿Qué dijo?

El túnel es cada vez más angosto. Voy delante de Mia, con el cuerpo girado hacia ella para poder seguir llevándola de la mano. Está callada como un ratoncito, caminando al trote, para mantener el paso.

Dirijo el haz de luz hacia delante para iluminar una sólida pared que se alza a un par de metros de nosotras. Es un callejón sin salida. ¿Qué demonios...?

Nos han engañado. Estamos atrapadas como ratas en una trampa.

—Para un momento, Mia —digo, y mi voz suena como si viniera de otra persona. Recorro con la luz de la linterna la pared ante nosotras de arriba abajo, de izquierda a derecha. Hay una

cavidad en la roca a mano izquierda, de aproximadamente un metro de alto, con una marca blanca en la parte superior.

—Creo que es por aquí, cielo. Me parece que tenemos que pasar por este túnel.

—Oscuro, mami —dice.

Me doy la vuelta para darle un abrazo.

—Ya casi estamos —digo, aunque todavía no tengo la más remota idea de si estoy en lo cierto—. Te estás portando muy bien. ¿Todavía tienes la manta?

—Ajá.

—Buena chica. Intenta que no se moje.

El único ruido, aparte de nuestras voces, es el de las gotas de agua al caer en los charcos. Ya no oigo a Adam, ni a Saul. Podríamos ser las únicas personas que quedan en el mundo. ¿No sería mejor regresar? Pero ¿y si nos encontramos a Saul armado con su pistola y a Adam con su navaja? Sólo Dios sabe qué estará pasando en aquella estancia. «No pienses en ello. Hay que continuar.»

—Tendrás que agacharte, Mia. Yo caminaré a cuatro patas. ¿Te parece bien que vaya yo delante? Tú me sigues. No debes separarte de mí, cariño.

Aguanto la linterna con la boca y me dispongo a caminar a gatas.

El agua está congelada. Me llega hasta las muñecas, tengo las rodillas, las espinillas y los pies empapados. Avanzo arrastrándome un metro o dos y de repente me quedo paralizada. ¿Y si sube el nivel del agua? ¿Y si el túnel se desploma?

Mi corazón se acelera; noto los latidos martilleando en mi garganta y en los oídos. No puedo moverme. Estoy paralizada. Aunque no rozo con la cabeza el techo de roca, siento la presión del colosal peso del túnel.

Algo me empuja por detrás.

—No gusta aquí.

Es Mia. Me saca de mi estado de pánico, y me obliga a seguir avanzando. Tengo la sensación de que el tiempo aquí no existe, así que empiezo a contar en voz baja. Podría llegar a contar un minuto. Uno, dos, tres...

Al llegar a sesenta segundos, me prometo a mí misma que intentaré contar otro minuto.

Y de esa forma consigo seguir avanzando.

Mia está todo el rato justo detrás de mí, su cabeza choca contra mi cuerpo continuamente. En otras circunstancias me pondría nerviosa, pero cada golpecito me recuerda por qué estoy aquí y me anima a seguir avanzando. Estoy aquí para ponerla a salvo.

Después de contar hasta doscientos setenta, el techo vuelve a hacerse más alto. Cojo la linterna con la mano y me incorporo apoyándome en la pared. Me duelen las rodillas, y tengo las manos y los pies entumecidos por el frío. Mia me abraza las piernas y apoya la cabeza en mis muslos.

Tengo la respiración entrecortada, y mis pulmones se llenan de un aire pegajoso. Tengo la sensación de haber estado aguantando la respiración durante horas. Me apoyo en la pared e intento tranquilizarme.

Ilumino con la linterna el espacio a nuestro alrededor y no puedo creer lo que ven mis ojos.

Estamos en una cueva enorme, vacía a excepción de una gran profusión de estalactitas que cuelgan del techo y sus correspondientes estalagmitas alzándose desde el suelo. Después de nuestra estancia en la celda, tras haber atravesado aquel túnel, la sensación de amplitud es alucinante. Es una inmensa cavidad subterránea; nunca he visto nada igual.

—¡Guau! Mira, Mia.

Nos quedamos unos cuantos segundos mirando boquiabiertas. Después recorro la pared con la luz de la linterna en busca de más marcas blancas. Estoy casi segura de que encontraremos alguna a pocos metros de distancia.

—Vamos —digo—. Ahora podemos ir de la mano.

El primer indicio de que estamos cerca de la superficie es que el suelo de la cueva ahora es distinto. Hemos dejado de caminar con los pies en el agua, y ahora pisamos la roca desnuda. La oscuridad parece menos profunda, se intuye un cambio. También el aire es ahora distinto. Noto una corriente cargada de humo que me irrita la garganta.

—Mia, creo que ya casi hemos llegado.

—Casi llegado —repite como un loro.

El camino empieza a empinarse considerablemente. Giramos una esquina y allí está: ante nosotras se abre un rombo de tenue luz gris.

—Ahí está la salida. Gracias a Dios.

Mis piernas empiezan a temblar. Pero ahora no puedo permitírmelo. Tenemos que salir y encontrar un lugar donde ocultarnos y poder descansar.

Hay una verja de metal oxidada en la entrada de la cueva, pero sólo está apoyada en el umbral de roca. De una de las barras de metal pende un candado abierto e inútil.

Adrian dijo que habría gente esperándonos, pero nos ha mentado, ¿no? Dijo lo que le pareció necesario para hacer que entráramos en el almacén. Su traición se me atraganta como un gélido cubo de hielo en la garganta. En mi mente le veo acariciar la mejilla de Mia. Creía que estaba de nuestra parte. Pero nos envió a la cueva con Saul. ¿Cómo ha sido capaz? No entiendo nada. Nunca lo entenderé.

—¿Hola? —digo en voz alta.

No hay respuesta. Miro a través de la verja inutilizada, pero no hay señales de vida al otro lado. Empujo con fuerza la verja para apartarla a un lado.

—Vamos, cielo.

Me deslizo por la estrecha abertura, y Mia me sigue. Después vuelvo a poner la verja en su lugar. Nos encontramos en medio de un zarzal, pero las ramas cercanas a la entrada de la cueva están cortadas y el suelo está pisoteado. Ha pasado gente por aquí, no hace mucho tiempo.

Vuelvo a intentarlo.

—¿Hola?

Incluso en el exterior, la luz también parece amortiguada. Todavía debe de ser bastante temprano, pero hemos salido a un mundo de brumas. Todo está envuelto en una neblina gris; la niebla se mezcla con el humo de una hoguera.

No puedo ver el cielo, pero sé que estamos fuera. Siento como si me hubieran quitado un enorme peso de encima. Puedo volver a respirar, respirar de verdad. El zarzal se encuentra en un terreno empinado, y en la distancia pueden verse varias hileras de edificios. No puedo ver a nadie. No tenemos ninguna posibilidad de escondernos en campo abierto, así que decido que será mejor intentar refugiarnos en los edificios y seguir desde allí.

—Vamos —digo, pero Mia ya me ha adelantado. También se siente liberada, tras el encierro. Ha salido corriendo y cruza el campo saltando por encima de las toperas, riendo—. Espera. ¡Espérame!

No puedo alcanzarla, pero no me preocupa, porque corre alocadamente, sin rumbo fijo, para luego volver hasta donde estoy. Regresa con la lengua fuera como un perrillo, y sus ojos están iluminados con un brillo que he echado de menos durante mucho tiempo.

Mis piernas están cansadas y temblorosas, pero el aire fresco me da fuerzas renovadas. Le doy la mano a Mia y caminamos hasta

los límites del campo y después hasta una calle adoquinada.

La calle desciende hacia el centro del pueblo. Caminamos sobre los adoquines rotos y después seguimos por una callejuela entre las casas. Hay un canal vacío de hormigón, de tres o cuatro metros de profundidad y tres de ancho, al fondo del cual vemos una estructura de metal con aspecto lastimoso: el puente que permitía cruzarlo.

Permanecemos en el borde del canal y dedicamos unos momentos a mirar hacia el puente roto. El silencio es tan profundo que oigo el zumbido de un avión teledirigido, aunque todavía se encuentra muy lejos.

El chip de Mia. Dios mío.

¿Tiene sentido seguir corriendo? ¿Acaso hay algún lugar en el que podamos ocultarnos del espía que vuela por el cielo?

Los compañeros de Daniel en el bosque estaban en lo cierto: había que derribar aquellos malditos artefactos.

Sin embargo, ahora no podemos abandonar. No podemos sentarnos y esperar a que nos atrapen.

—Tendremos que regresar —digo—. No podemos cruzar el canal.

Siento una punzada de ansiedad al iniciar el regreso. Hemos perdido tanto tiempo... Pero no tenemos otra opción. Regresamos por la callejuela que asciende hasta la calle adoquinada. No puedo evitar desviar la mirada hacia el campo por el que hemos venido, el rastro de huellas húmedas que hemos dejado desde la boca del túnel. Al mirar en aquella dirección, veo una figura surgir entre la niebla. Es demasiado alto para ser Adam. Nos ha seguido otra persona.

Tiro con fuerza de la mano de Mia.

—Corre, cariño. ¡Corre, corre, corre!

OceanofPDF.com

40.

Adam

Bajo mi cuerpo el suelo está muy duro. Puedo notar las protuberancias de la roca a través de la ropa y me relajo un poco. No estoy sobre cemento. Hemos salido. Hemos conseguido salir de aquella prisión y volvemos a estar en el exterior, bajo las estrellas. Estiro un brazo para tocar a Sarah, y mi mano roza la suya. Abro los ojos. Al menos, tengo la sensación de abrirlos. Muevo los párpados, pero no noto ninguna diferencia. ¿Estamos sumidos en la más completa oscuridad o acaso me he quedado ciego? ¿Dónde estamos? ¿En un despeñadero? ¿En una cueva?

—¿Sarah?

Mi voz regresa a mí en forma de eco, junto con la de alguien más.

—No soy Sarah, sino Daniel.

¿Dónde diablos estoy?

—¿Daniel?

—Estamos en el búnker, Adam. Te quedaste inconsciente. Saul se ha marchado.

Ahora lo recuerdo todo. Saul y la pistola. Mi navaja. Yo guardándola.

—¿Cuánto tiempo hace que se ha marchado?

—Unos cinco minutos.

—¡Mierda!

—Casi he conseguido liberarme del cinturón. ¿Puedes tensar las muñecas con todas tus fuerzas?

Creo que estoy a punto de soltarme. Mis manos están entumecidas, pero noto unos tirones y de pronto Daniel ha conseguido liberarse. Se incorpora y coge la linterna de mi bolsillo. Tiene la mano cubierta de sangre.

—Por un momento, creí que te había matado.

—Sí, yo también. Es la segunda vez que ese cabrón me dispara. —Se ríe levemente—. Necesito detener la hemorragia. Puede que me lleve un rato.

—Tengo que irme, Daniel.

Me incorporo hasta sentarme.

—Lo sé. Te seguiré en cuanto haya arreglado esto.

—¿Te las apañarás?

—Sí, sí. Tienes que irte. Sólo te lleva cinco minutos de ventaja. Todavía puedes darle alcance.

Una nueva explosión hace que un escalofrío me recorra la espalda. El estruendo recuerda más bien al de un trueno. Una lluvia de piedras y polvo se desprende del techo a un metro de distancia.

—Daniel, éste no es el mejor lugar para quedarse en caso de que tengan la intención de hacerlo volar por los aires.

—No —confirma—. No esperaba que explotasen más bombas. Sólo puede indicar muy buenas o muy malas noticias. Puede que vuelva a entrar para echar un vistazo.

—Será mejor que salgas de aquí, amigo.

—Todavía quedan algunas personas dentro y puede que necesiten ayuda. Pero tú debes ir a buscar a Sarah. Vete, Adam.

Vete. Sigue las marcas blancas. Hay una sección del túnel en la que tendrás que ir a gatas, pero no supone un problema. Sigue avanzando. Yo no tardaré mucho.

—De acuerdo —le digo—, ya me voy. Gracias. Te veré después.

Me pongo en marcha, y me alejo de la puerta de entrada.

A mis espaldas, Daniel grita:

—¿Llevas la navaja? Mira en los bolsillos de Adrian, Adam.

Vuelvo sobre mis pasos y rebusco entre las pertenencias del soldado. Está inconsciente, pero todavía respira. Recuerdo su número; sobrevivirá. Aunque no se lo merezca. En la chaqueta encuentro un teléfono, otra linterna pequeña y unas llaves. Me guardo la linterna y le tiro a Dan las llaves.

—Toma, tal vez les encuentres alguna utilidad.

Después salgo corriendo. Paso al lado de cajas, contenedores, botellas y cubos. Hay tantas cosas aquí: comida, medicinas, ropa. Material que ha estado aquí almacenado durante dos años mientras la gente sufría y se moría de hambre y de frío.

Pero ahora no puedo pensar en eso. Mi mente sólo puede concentrarse en el hecho de que Sarah y Mia pasaron por aquí, vieron todo esto, estuvieron aquí hace unos pocos minutos. Tengo que alcanzarlas, pero una persona se interpone entre nosotros. Saul.

OceanofPDF.com

41.

Sarah

Quiero hacer que parezca un juego para Mia, pero no lo consigo. Estoy demasiado asustada. Ella asiente con la cabeza, pero frunce el ceño. Ha percibido mi angustia. Puede intuir el miedo por el sudor que emana de mi cuerpo, que nota en mi mano al aferrar la suya, que ahora aprieto aún con más con fuerza.

—¡Corre, corre! —le digo, y ambas corremos lo más rápido que podemos por una ancha carretera que conduce a la ciudad trazando una curva.

A pesar de los montones de escombros y de las farolas derribadas en el suelo en todos los ángulos posibles, como si fueran troncos de árboles de metal, se puede intuir que debía de ser una ciudad bonita. Todavía lo es en parte. Por doquier hay edificios intactos, que se erigen como los dientes sanos de una maltrecha dentadura. Seguimos corriendo de la mano y dejamos atrás una enorme iglesia con un gran pórtico abovedado. La plaza que se extiende ante ella está llena de tiendas de campaña y chabolas improvisadas, el típico campo de refugiados que se instaló en todas las ciudades tras el caos. Una solución provisional pensada para aguantar unas cuantas semanas hasta que todo volviera a la

normalidad. Dos años después, la mayoría de la gente sigue instalada en lugares semejantes.

Por un momento se me ocurre que podríamos dejar de correr. Tal vez podríamos quedarnos aquí, perdernos entre la multitud. Pero en cuanto empezamos a caminar por la plaza, me llega un hedor que me obliga a detenerme. Apesta como en una granja. De forma instintiva miro al suelo. Las cajas de cartón, las lonas de plástico y los fajos de periódicos viejos recubren una fina capa de restos de origen humano. Estamos pisándolos. Se nos adhieren a los zapatos. Cojo la parte inferior de mi abrigo y me llevo el dobladillo a la cara.

—Mia —grito—, haz como yo. Cúbrete la cara con la manta.

Ella obedece. También puede olerlo. Tiene los ojos llorosos y enrojecidos.

Estamos a punto de dejar atrás el campamento cuando de pronto me asalta una punzada de dolor. Me detengo y doy un grito ahogado mientras me retuerzo de dolor. Me quedo quieta y me inclino hacia delante, pero mi hija me tira de la mano.

—Mami, corre —dice.

—Enseguida —respondo en un susurro. El dolor casi me deja sin aliento.

—Maami —se queja Mia. Da saltitos de un pie al otro sin moverse del sitio. Sé que quiere irse de aquí, yo también, pero ahora mismo no puedo moverme.

—Sí, ya lo sé. Espera un minuto.

Intento respirar lentamente y con un ritmo constante. El dolor empieza a ceder, los músculos de mi vientre se relajan. Dejo que Mia me arrastre entre las últimas tiendas, pasamos al lado de la iglesia y seguimos avanzando por las calles. Pero de pronto el pie de Mia se enreda con la punta de la manta que arrastra por el suelo. Tropieza y la manta cae sobre los adoquines.

—¡Mami! —gime. Su manta favorita ha caído en un charco, se está empapando, haciendo que el color azul se oscurezca mientras la observamos.

—¡Vaya!

Mia sigue mirándola, de nuevo dando saltitos con los pies.

—No tiene sentido lamentarse. Tendremos que dejarla aquí.

—No, mami. ¡No, no! —Deja de dar saltitos para empezar a patalear. Empieza a llorar y a agitar las manos, disgustada.

—Cariño, vamos. No tenemos tiempo...

Intento tirar de ella, pero se niega a moverse, de modo que prácticamente tengo que arrastrarla por el suelo.

—¡Mia! ¡Hazme caso!

—¡No, mami!

Retuerce la mano para liberarse y echa a correr lejos de mí.

—¡Mia, espera!

Pero ella no se da la vuelta. Está corriendo como una loca calle abajo, alejándose de la iglesia y de mí. Intento correr tras ella, pero sólo consigo dar un par de pasos antes de volver a sentir una punzada de dolor.

—¡Mia!

Me está desafiando a correr dándome la espalda. Cada vez se aleja más. Las losas del pavimento resbalan. El ruido de nuestros pasos queda amortiguado por la niebla. Y ahora que escucho con atención me doy cuenta de que apenas se oye nada. Esta ciudad tiene algo fantasmagórico, como si le hubieran arrebatado la vida. Ahora siento un cosquilleo en la nuca, tengo la sensación de que alguien me sigue. Sin dejar de avanzar, miro por encima de mi hombro. No veo a nadie. Sólo alcanzo a ver la calle vacía hasta una distancia de unos doscientos metros, antes de que parezca engullida por la niebla.

Vuelvo a mirar hacia delante.

La calle está vacía.

¿Dónde está Mia? ¿Dónde demonios se ha metido?

Sigo avanzando, sujetándome el vientre con las manos. A mi derecha se alza un muro de gran altura, por encima del cual sobresalen algunas ramas. Debe de tratarse de un jardín o un patio privado. Hacia la mitad de su extensión veo una verja de hierro. Está abierta.

Llevo la mano al pestillo, que está húmedo y frío. Esta niebla lo moja todo. En su interior hay árboles y arbustos, y de pronto me asalta una sensación de terror.

—No, no aquí —murmuro para mí misma.

Sin embargo, intuyo que mi hija ha entrado en el jardín. Es la única posibilidad.

—¡Mia! —grito—. Vuelve.

No puedo verla. Hay un sendero flanqueado por árboles.

La visión me resulta familiar. Ya había estado aquí. Conozco este lugar.

—¡Mia! ¡Vuelve! —Me embarga una sensación de desesperación, ahora que me doy cuenta de lo que está sucediendo. Los sueños y la realidad se funden, tal como ya había sucedido. Como sucedió durante el caos.

Llevo la mano a la verja para ampliar la abertura y poder entrar, pero vuelvo a sentir una punzada de dolor. Ahora no se trata de un dolor localizado, sino que se está extendiendo por todo mi vientre, haciendo que me retuerza, paralizándome. No es una punzada de dolor; es una contracción. Estoy de parto. ¿Por qué precisamente ahora? ¿Por qué?

Me aferro al herraje de la verja con ambas manos y me inclino sobre él, intentando respirar a pesar del dolor. Cierro los ojos durante unos cuantos segundos.

«Respira. Respira. Puedes hacerlo.»

Tengo los ojos cerrados, y sin embargo todavía puedo ver los árboles, hileras de troncos oscuros entre las piedras, que se me antojan centinelas en el ojo de mi mente. Bajo mis pies puedo sentir la gravilla.

Siento una cara al lado de la mía.

Hay una mano con una navaja.

Es una pesadilla.

No puedo entrar aquí. Es un lugar maldito.

El dolor empieza a ceder, abro los ojos y miro a través de la verja.

No veo a nadie ahí dentro.

Mia se ha ido y tengo que encontrarla.

OceanofPDF.com

42.

Adam

espira, respira, respira.»

«**R** Se ha producido otro derrumbe, esta vez más cuantioso.

Avanzo gateando con las manos y las rodillas y con la linterna en la boca, cuando de pronto percibo una vibración y, un segundo o dos después, oigo el estruendo. El ruido producido por la explosión se mezcla con el repiqueteo de las piedras al caer sobre el agua y sobre mí.

Tal vez se derrumbe todo el techo de la cueva y me quede enterrado aquí. Ya me siento como si estuviera enterrado. Hay tanto polvo que el aire se me atasca en la garganta. Respiro agitadamente, me ahogo, estoy desesperado.

«Inspira por la nariz y espira el aire por la boca.»

Es lo que me decía mi madre cuando la situación se me hacía insoportable, cuando los números se agolpaban en mi mente. Me quito la linterna de la boca y me tapo la cara con la mano, intentando filtrar el polvo.

«Inspira por la nariz, espira por la boca.»

El estruendo se va apagando. Ahora sólo oigo el ruido de mi respiración, cómo el aire entra y sale, entra y sale, y el latido de la

sangre como un ruido sordo en mis oídos.

Sarah y Mia deben de haber pasado por aquí, así que yo también puedo hacerlo.

Vuelvo a sostener la linterna con la boca, agitando el agua helada con las manos y las rodillas. Mientras avanzo gateando, el haz de luz de la linterna parece dar brincos sin orden ni concierto en la pared de roca próxima a mi rostro, haciendo que el túnel parezca aún más estrecho. Sólo me permite distinguir un círculo de un metro de diámetro de roca, rodeado por una aureola de luz más tenue. El resto se me antoja aún más oscuro, casi como si no existiera. Tras un par de minutos ya no veo el círculo de luz principal al lado de mi oreja, sino mucho más a la derecha, iluminando unas extrañas siluetas, que se asemejan a dientes que surgieran del suelo. Todavía a cuatro patas, me quito la linterna de la boca para iluminar el espacio que me rodea. El techo tiene ahora cinco o seis metros de altura y también puedo distinguir otros dientes, suspendidos de él.

—¡Dios mío!

Por un momento mi mente me juega una mala pasada. Me encuentro en el interior de unas fauces gigantes cuyas mandíbulas se están cerrando. Intento sostener la linterna con firmeza para concentrar el haz de luz en una de aquellas extrañas formas. No se mueve. Es una cueva, no una boca, y tengo que salir de ella.

Me pongo en pie, y me alegro de poder salir del agua. Ahora puedo respirar mejor. Mi pecho se hincha al inspirar profundamente. Noto algo distinto, y no sólo en la cavidad de roca. Percibo un regusto de humo en la lengua.

Ahora estoy de pie y puedo respirar, puedo volver a acelerar el paso. ¿En qué dirección? Hay una marca blanca en la pared. Empiezo a correr, a pesar de que me duelen mucho las rodillas. Tiene que ser por ahí, ¿o tal vez me equivoco? Debería estar cerca de la salida.

En efecto, así es. La luz se filtra hacia el interior por una abertura. Avanzo a toda prisa hacia ella y salgo dando un brinco de nuevo al mundo real.

Una verja de metal yace en el suelo delante de mí, como si alguien la hubiera empujado desde el interior y hubiera pasado por encima.

Me resulta difícil distinguir el lugar en el que me encuentro. Hay bruma, una especie de niebla fría y pegajosa. La salida del túnel está flanqueada por zarzas, y luego se abre a un campo, en la ladera de una colina. Al fondo del valle apenas puedo intuir la silueta de unos edificios, una ciudad. Tres rastros distintos de huellas visibles en medio del rocío se dirigen hacia el valle: dos de ellos descienden en línea recta, y el otro presenta las huellas de un pie de pequeño tamaño salpicadas por doquier.

Sarah y Mia consiguieron salir del túnel.

Pero Saul les está pisando los talones.

Echo a correr colina abajo.

OceanofPDF.com

43.

Sarah

ia! ¡Mia!
-¡M Mi voz se adentra en la niebla, y queda atenuada, amortiguada, muerta.

No obtengo respuesta. ¿No me ha oído, o acaso cree que se trata de un juego?

Empujo la verja, entro dando un traspié y empiezo a andar por el sendero que debe de haber seguido Mia. Durante unos cuantos metros el suelo es de gravilla, hay árboles y hierba.

Después veo entre los troncos de los árboles otras formas, rectangulares y de color gris oscuro. Son lápidas. Una criatura surge de entre la niebla, un ave enorme o algo parecido. En un principio no consigo distinguir de qué se trata, pero a medida que me voy acercando compruebo que no es un animal y que no está vivo. Es una figura alada, un ángel sobre un pedestal.

Tengo que encontrar a Mia y sacarla de aquí.

La grava cruje bajo mis pies, abandono el sendero y camino entre las tumbas, y por encima de ellas.

Pienso en el campamento que acabamos de atravesar, y su inmundicia. Aquí es donde la mayoría de sus habitantes acabará.

¿Cuántos habrán sido ya enterrados en este cementerio? ¿Acaso estará acechando la enfermedad en esta turba? ¿O tal vez habrá quedado adherida a las gotitas de niebla que estoy aspirando en estos momentos?

—¡Mia!

Miro alrededor. Por todas partes veo lo mismo, todo es gris y negro. Árboles y lápidas.

El sendero asciende. Ahora estoy jadeando. La niebla se me queda pegada en la garganta y los pulmones. Parece como si no contuviera suficiente oxígeno. ¡Dios mío! ¿Dónde está Mia? No puedo seguir. Me siento demasiado pesada, demasiado lenta, demasiado cansada.

Veo algo moverse delante de mí. Algo que se mueve rápidamente detrás de una lápida.

—Mia, te estoy viendo. Quédate ahí. Voy a buscarte.

Subo penosamente la cuesta, pero cuando llego a la lápida, no veo a mi hija. Hay algo en el suelo de color oscuro que huye de mí a toda velocidad. Ahora puedo ver de qué se trata, antes de que se deslice entre las lápidas, rápida y sigilosamente. Una rata.

—¡Mia! Cariño, por favor, estoy asustada. ¿Dónde estás?

En la ladera de la colina, un poco más abajo, en el sendero por el que he subido, veo algo moviéndose entre la niebla. ¿Ha estado allí escondida todo el tiempo? ¿Habré pasado por su lado sin darme cuenta?

—¿Mia?

La silueta vuelve a desaparecer, y se agacha para ocultarse tras un árbol. Entonces escucho una vocecilla.

—Estoy aquí, mami.

Es una voz aguda, infantil.

¿Mia?

Mi cerebro aturullado por las hormonas interpreta que se trata de un niño llamando a su madre. Podría ser mi hija. Quiero que sea ella.

—¿Mia?

—Maamiii. —Dos tonos, una voz cantarina. Una criatura llamando a su madre.

—Estoy aquí. Ya voy.

Estoy cerca del lugar en el que vi algo moverse. Era demasiado grande para tratarse de otra rata. Miro a izquierda y derecha. De las ramas por encima de mi cabeza caen gotas de agua. Me cae una gota en el cogote y siento un escalofrío.

—¿Dónde estás? —grito.

Esta vez nadie responde, pero veo algo agazaparse detrás de una lápida a la izquierda, delante de mí. Avanzo lentamente, posando los pies con suavidad en el suelo, intentando no hacer ruido. Llego a la altura de la lápida. Hay alguien allí, veo dos pies que sobresalen, los pies de un adulto calzados en unas gruesas botas de cuero.

Doy un paso más y veo a alguien sentado en el suelo, apoyado en la lápida, con las rodillas dobladas.

No es un niño.

Es un hombre.

Se vuelve hacia a mí y me mira. Sus ojos me parecen más brillantes y penetrantes que nunca. Empieza a mover los labios.

—¡Maamii!

Se me congela la sangre en las venas. Sonríe, se burla de mí, y ahora comprendo lo que veo en sus ojos. Hay fuerza, tal vez magia, pero también hay algo más. Un atisbo de locura.

—Saul —pronuncio su nombre.

El hombre se sienta, estirando las piernas.

—Sarah —dice él—. ¿Estás sola?

Si lo que quiere es atrapar a Mia, no se lo permitiré.

—Sí —contesto—. Estoy sola.

—¿Dónde está esa niñita encantadora?

«¿Dónde está? Sigue callada, Mia. Sigue escondida, estés donde estés.»

—Está en un lugar seguro.

Él vuelve a sonreír.

—¿En un lugar en el que no pueda encontrarla?

—Así es.

Mueve la cabeza con expresión condescendiente.

—¿Acaso lo has olvidado?

—¿Olvidar qué?

—Lleva un chip, Sarah. —Con un movimiento de la mano me deslumbra con la linterna y se ríe—. Puedo enviar un par de aviones espía. Puedo dar con ella si así lo deseo.

—Yo no llevo chip. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Os seguía de cerca, y además me ha ayudado este bonito dibujo. —Se lleva la mano al bolsillo y extrae un trozo de papel—. Has sido muy amable al dibujarme este mapa, una pista visual inestimable. —Me lo enseña. Es la nota que escribí a Adam.

Maldigo a Adrian mentalmente, y a mí misma por haber sido tan ingenua al confiar en él.

—¿De qué va todo esto, Saul?

—Tenemos un asunto pendiente, tú y yo.

Ahora juguetea con la linterna, recorriendo con el haz de luz las palabras grabadas en las lápidas cercanas.

«ELIZA SANSOM, 1893-1911. SE
LA LLEVARON LOS ÁNGELES.»

«BERNARD MCALLISTER.
ABANDONÓ ESTE MUNDO EL
19 DE FEBRERO DE 1932.
DESCANSE EN PAZ.»

«EMILY BARKER (1854-1943).
AMADA ESPOSA DE RUPERT,
Y MADRE DE ISABEL Y
VIOLET.»

—No tengo nada de qué hablar contigo, Saul. —Me recorre una punzada de dolor desde la espalda al vientre. Una nueva contracción. No quiero que me vea así. Sucumbiendo al dolor. Vulnerable—. Ahora tengo que irme. No me sigas.

Pero apenas consigo dar un par de pasos antes de que el dolor me corte la respiración.

Se pone en pie de un salto. En un instante está a mi lado, y me rodea los hombros con un brazo. Se me eriza la piel.

—Ha llegado el momento, ¿verdad? —susurra.

«Respira. Respira. Sigue respirando.»

A través del abrigo siento que me aprieta con fuerza ambos brazos, clavándomelos en los costados.

No puedo hablar. Tampoco puedo moverme.

El dolor cede.

Su cara está muy cerca de la mía. Puedo oler el sudor ácido, y ver la barba incipiente en la mandíbula. Se humedece los labios y en la comisura de la boca queda una gota de saliva.

La imagen coincide con los recuerdos en mi mente. Fue Saul. Claro que fue él.

Respira casi tan rápido como yo.

—Déjame en paz —digo—. Lo haré yo sola.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta—. ¿Cuánto va a durar?

Mi respiración se ha normalizado, pero la suya no. Jadea como un perro. La gota de saliva se infla y explota, y empieza a resbalarle por la barbilla. No se limpia.

—¿Cinco minutos? ¿Diez?

—No lo sé. No lo sé. Tal vez una hora.

—Una hora. Una hora. —Mueve los ojos nerviosamente de un lado a otro—. No sé si puedo esperar tanto. —Los diminutos músculos de su rostro cobran vida, se mueven involuntariamente, y parecen contagiar con rapidez a todo su cuerpo.

¿Qué está queriendo decir?

—Sarah —prosigue—, una hora es mucho tiempo. Pero estoy aquí. Te ayudaré.

Me siento acorralada: estoy de parto, no puedo huir, y no puedo luchar contra él. No quiero que esté aquí, pero no puedo hacer nada para evitarlo. Así es como me sentí en casa, durante muchos años. Indefensa. Mi fuerza subyugada por un hombre. Siento que me invade una oleada de cólera. No quería volver a sentirme así nunca. Por eso me fui. Por eso lo dejé todo; mi casa, la escuela, a mis hermanos.

—No quiero tu maldita ayuda, Saul. Ni tampoco quiero que estés aquí. Quiero que te vayas.

Sonríe con una mueca exasperante.

—Me quedo contigo, Sarah. Y si ese bebé no está aquí en una hora, te abriré el vientre.

—¿Qué dices?

Se lleva la mano a la cintura y saca una navaja. El mango parece hecho de hueso, o de algún tipo de asta. La hoja es sólida, de unos veinte centímetros, y ligeramente curvada. Es un cuchillo de caza.

«Por favor, no... Ya lo he hecho antes.»

—Ya lo he hecho antes —dice, pasando el índice sobre la hoja —, pero tú me gustas, Sarah. No quiero hacerte daño. Me crees, ¿verdad?

No sé qué decir. Su cara parece transfigurada por la locura. Creía que iba a por Mia, pero era a mí a quien tenía en el punto de mira todo el tiempo, o mejor dicho, a mi bebé. Adam lo sabía. Y por eso fue a por Saul cuando éste tocó mi vientre. Dios mío, Adam, ¿dónde estás?

El suelo parece estar desintegrándose en un abismo. Nada es sólido. Nada es real. Nada es seguro.

Empieza una nueva contracción. Doy un grito ahogado, Saul guarda el cuchillo y vuelve a asirme con fuerza.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir!

Él retrocede.

—¿Ya viene el bebé? ¿Ahora?

No puedo responder. De nuevo se apodera de mí el dolor. Me aferro a la lápida más cercana y me concentro en la respiración.

Saul no para de dar vueltas, como un tigre enjaulado. Realmente desearía que estuviera en una jaula. Le tengo miedo, estoy asustada de veras.

—Nueva vida, Sarah. Nueva vida.

Son sus únicas palabras, que repite una y otra vez. «Nueva vida. Nueva vida. ¿Qué tiene que ver esto con él?»

Sigue dando zancadas arriba y abajo.

De pronto se detiene y me mira directamente a los ojos.

—No tengo tanto tiempo.

Se lleva la mano al cuello para quitarse la bufanda.

—¿Saul?

Da un salto hacia delante y empieza a enrollar la bufanda alrededor de mi cara. Me obliga a abrir la boca con sus dedos, e introduce parte de la bufanda en ella. Vuelvo la cabeza en un intento de apartarme de él.

—No, Saul. ¡No!

Escupo, toso, pero la bufanda ya está en mi boca y él la está apretando detrás de la nuca.

—Muérdela —dice—. Muerde con fuerza si lo necesitas.

Me tira al suelo y vuelve a sacar la navaja.

Me arrastro y pataleo para apartarme de él, con la espalda pegada al suelo, pero es inútil. Me atrapa rápidamente y se sienta sobre mis piernas.

—No te muevas —dice—, te dolerá menos si te estás quieta.

Vuelvo a tener doce años. Veo el vacío en los ojos de mi padre mientras me sujeta. Son iguales: mi padre y Saul. Los odio. Los odio tanto. No luché contra mi padre, le tenía demasiado miedo, pero ahora sí estoy luchando. Por mi vida. Por la de mi bebé.

Acerca a mí la navaja, pero yo intento asirla por la hoja. No siento los cortes. La ira bloquea el dolor. Me arrebató el cuchillo de los dedos y vuelve a acercarlo a mi vientre. De nuevo se lo impido. Arroja la navaja al suelo a su lado. Luego se lleva la mano a tientas a la hebilla del cinturón y lo saca de un tirón de su pantalón. Me coge por las muñecas y, liberando mis piernas por unos momentos,

lleva mis manos hacia la espalda y las ata haciendo un nudo con el cinturón. Enseguida vuelve a estar encima de mí con la navaja en la mano.

No puedo hacer nada. Ahora la ira se está esfumando, dejando en su lugar una sensación de terror en estado puro.

—Por favor, Saul, no lo hagas.

Mis palabras son gruñidos sordos, pero él podría leerlas en mis ojos, si me mirase. Pero no me está mirando a la cara. Ha subido mi suéter hacia arriba y me ha bajado los pantalones. Apoya el cuchillo sobre la piel desnuda de mi vientre. Está a punto de hacerlo y por un momento sólo se escucha el silencio, como si todo estuviera en calma.

Pienso: «No lo hará. Esto no está sucediendo.»

Se queda mirando fijamente mi vientre y observa cómo se tensa la piel, justo cuando empieza una nueva contracción. Tumbada de espaldas el dolor es más intenso, así que empiezo a llorar, y las lágrimas fluyen por las comisuras de los párpados hasta llegar a las orejas. El dolor es distinto ahora, o tal vez es que se trata de algo diferente: el deseo de empujar. La necesidad de empujar.

No tiene que abrirme. El bebé está a punto de llegar.

—¡Saul! ¡Suéltame!

Percibe el tono de urgencia en mis gruñidos. Me quita la mordaza tirando de ella bruscamente hacia abajo.

—¿Qué pasa?

—Ya viene, el bebé viene ahora. Desátame las manos, por favor. Déjame hacerlo.

—Es más rápido a mi manera. Y más fácil.

—No, no; es más arriesgado. Podrías hacer daño al bebé. Déjame hacerlo a mi manera. Desátame.

—No te voy a desatar. ¿Me tomas por un idiota?

—Por el amor de Dios. ¿Qué crees que voy a hacer? ¡Estoy de parto, estúpido cabrón!

Como en un acto reflejo levanta la mano para pegarme, pero en ese preciso momento empiezo a jadear, el dolor me hace gruñir y me obliga a empujar. La mano se detiene congelada en el aire y Saul observa atentamente, fascinado. Retira su peso de mis piernas, pero no se marcha. Se pone de pie y mira.

La última vez estaba sola. Dios mío, cómo desearía estarlo ahora. No, en realidad me gustaría que Adam estuviera aquí. Suponía que este parto tenía que ser distinto. No puedo pensar en él. No puedo pensar en nada.

«Respira. Respira. Respira.» Es lo único que puedo hacer.

El bebé está llorando. Mi bebé.

Saul lo sostiene en sus brazos. Tiene las manos cubiertas de sangre, como si llevara guantes rojos. ¿Es mi sangre o la del bebé?

—Una niña —dice, hablando para sí—. Una niña estupenda y fuerte.

La niñita tiene los ojos cerrados, y llora a grito pelado.

Quiero cogerla. Necesito cogerla.

Mis manos forcejean con el cinturón que las mantiene atadas. El nudo ya se ha aflojado y consigo liberar una mano retorciéndola, luego la otra. No las siento, porque estaba tumbada sobre ellas. Muevo los dedos con la intención de devolverles la vida.

Estiro los brazos hacia delante.

—Saul —digo—, déjame cogerla.

Él alza la vista, sobresaltado, como si hubiera olvidado que yo seguía allí.

—Será mejor que no lo hagas, así te resultará más fácil.

Entonces se pone en pie de nuevo y se aleja.

No puedo creerlo. Esto no puede estar sucediendo en realidad. Intento moverme, pero me resulta imposible. El dolor me tiene

inmovilizada en el suelo. Hay mucha sangre, mucha más que en el parto de Mia. Todavía siento las contracciones en mi vientre.

—Saul, ¿qué haces? ¿Adónde vas? —No hay respuesta—. Me necesita, Saul. Necesita a su madre. No te la llesves. —Intento ponerme en pie, pero el mundo se tiñe de rojo y luego de negro en la cuenca de mis ojos, y cuando recobro el conocimiento estoy boca abajo. Alzo la vista y veo a Saul a unos treinta metros de distancia—. ¡Saul! ¡Saul! ¡Vuelve! ¡Por favor!

Ahora me arrastro a cuatro patas sobre la hierba, las hojas y la grava. Una nueva contracción hace que me detenga. La placenta. Se me había olvidado. La placenta que alimentaba a mi bebé. Aquello que mi cuerpo ya no necesita. También tiene que salir. No puedo evitarlo. Y ahora sé que no podré darle alcance.

Saul se lleva a mi bebé y no puedo impedirselo. Apoyo la frente en la gravilla. Estoy demasiado cansada, demasiado desesperada, incluso para llorar.

OceanofPDF.com

44.

Adam

Mientras estaba en el túnel, sabía dónde habían estado Sarah y Mia. Seguía su rastro, aunque no pudiera ver sus huellas. Ahora, en el exterior, de repente me doy cuenta de que podrían estar en cualquier parte. Ante mí se despliega un gran espacio abierto. No creo que se hayan quedado en el campo, pero cuando me adentro en la ciudad, empiezo a perder la esperanza.

Intento imaginarme qué dirección habrán tomado. ¿Habrán encontrado algún sitio para esconderse, o habrán seguido corriendo? ¿Habrán buscado un rincón tranquilo, o habrán ido en busca de más gente?

Sarah cada vez se movía con más lentitud, y Mia no es la niña más rápida del mundo, así que imagino que deben de haberse cansado enseguida. Podrían estar en cualquiera de esos edificios, o escondidas entre los escombros.

Camino a paso rápido por las calles devastadas. Todavía puede intuirse que debía de tratarse de una ciudad agradable. El color pálido de las piedras de construcción recuerda al de la miel. Tiene una luminosidad especial, incluso en medio de aquella neblina.

Estoy en Bath. El lugar en el que murió mi padre; cayó desde el campanario de una gran iglesia y se rompió el cuello. Tenía

quince años, no llegó siquiera a tener mi edad. En una ocasión pude leer las noticias sobre este suceso en los recortes de prensa que guardaba la abuela. Busqué en internet, vi las fotos. Siento mi presencia aquí como un augurio, como si hubiera llegado a un lugar en el que reina la muerte. No quiero que muera nadie más aquí. Quiero que mis chicas estén bien.

Empiezo a correr más rápido, saltando sobre los baches y las grietas del asfalto. Hay coches abandonados por todas partes. Podrían estar en uno. ¿Debería pararme a mirar en el interior de todos ellos?

Esto no tiene sentido. Voy como un pollo sin cabeza.

Necesito ayuda. Necesito ayuda de otras personas que puedan haberlas visto.

Hay humo, un humo que huele a leña, y que se mezcla con la niebla. Huele igual que todas las hogueras que prendimos cuando acampábamos todos juntos, y me invaden los recuerdos de cuando preparábamos la comida, y después me sentaba abrazando a Sarah y juntos observábamos las llamas hasta que se nos cerraban los párpados. Las hogueras indican la presencia de personas. Me dirijo al lugar de donde viene el humo y llego a una plaza de gran tamaño, al lado de una iglesia.

La mitad de la iglesia ha quedado derruida, pero la fachada sigue en pie: un enorme pórtico y gruesos muros de piedra salpicados de agujeros allí donde solían estar las ventanas. La plaza es un mar de tiendas improvisadas, una ciudad de refugiados. Hay hogueras encendidas, y algunas personas pululando, otras sentadas. Recorro el campamento con la vista. ¿Qué ropa llevaban Sarah y Mia? ¿Cómo podría distinguirlas?

Empiezo a abrirme paso entre la gente. El suelo está húmedo y asqueroso. Esas personas están sentadas sobre la suciedad. La plaza entera apesta. No puedo imaginarme que Sarah se detuviera aquí a menos que estuviera desesperada. Aunque tal vez sí lo estaba...

Me acerco a una mujer sentada en cuclillas al lado de una hoguera, que está poniendo a hervir agua. Tiene las manos cenicientas, y los cabellos enmarañados y apelmazados.

—Perdone —empiezo—, ¿ha visto a una mujer con una niña pequeña?

Me mira con los ojos entrecerrados, como si estuviera intentando dilucidar si me conoce o no. Luego niega con la cabeza.

Sigo avanzando, mirando aquellos rostros, deteniéndome aquí y allá para preguntar por Sarah. Algunas personas empiezan a prestarme atención. Oigo murmullos en los que me parece oír mi nombre. Me han reconocido. Durante mucho tiempo he maldecido mi pretendida fama, pero ahora podría hacer uso de ella. Ahí está mi público, si es que consigo que me escuchen...

De pie entre la multitud, respiro profundamente.

—Soy Adam —exclamo.

Una cuantas personas me devuelven el saludo: «¡Hola, Adam!», y se escuchan aplausos discretos.

Me toma por sorpresa. No me lo esperaba. No sé qué hacer, cómo reaccionar, de modo que me quedo ahí parado y escucho, hasta que el ruido cesa.

—Necesito vuestra ayuda —continúo—. Estoy buscando a dos personas. Una mujer, más o menos de mi estatura, embarazada —extiende las manos por delante de mí para ilustrar su aspecto—, a punto de parir, y una niña pequeña. Sólo tiene dos años, y sus cabellos son rubios como los de un angelito. ¿Están aquí? ¿Las habéis visto? ¿Alguien las ha visto?

Veo muchas cabezas moviéndose en señal negativa, pero de pronto se oye una voz de mujer.

—Creo que las he visto. Se detuvieron un momento, pero luego se fueron.

Me doy la vuelta para ver quién está hablando, pero en ese instante se abre la puerta de acceso a la bóveda principal de la

iglesia y sale un hombre con dos cubos que humean agradablemente en el aire frío. Un rugido recorre la plaza, y la gente se apresura y se abalanza hacia la iglesia. El hombre deja los cubos en el suelo a un par de metros de la puerta, y empieza a servir cucharones de un líquido caliente en platos, cuencos, o cualquier otro recipiente que traigan las personas que ahora hacen cola.

—¡Esperad! Esperad un minuto. ¿Quién las ha visto? ¿Quién lo ha dicho?

Quienquiera que fuese se ha perdido entre la famélica vorágine. La marea humana me arrastra consigo. El hombre de los cubos parece ser de aquí, tal vez sepa algo, pero me resulta imposible acercarme a él para preguntarle. Intento abrirme paso hacia él cuando piso algo más blando que los adoquines de piedra. Bajo la vista. Es una manta. Una manta a rayas azules y blancas, aunque ahora está mojada, y las rayas son azul oscuro y el blanco se ha vuelto gris.

Es la manta de Mia.

Ha pasado por aquí.

Estoy en una esquina de la plaza de la que sale una calle. Tuvieron que llegar o salir de la plaza por ella. Salgo de la cola y me dirijo a esa calle. A nadie parece importarle que me vaya y enseguida abandono la multitud para adentrarme en la calle lateral.

Está vacía, es una larga calle adoquinada en la que a un lado se encuentra la abadía, y al otro un muro de gran altura. La niebla me impide ver dónde desemboca la calle, ni qué hay más allá.

Empiezo a correr.

A mi derecha sobresale una rama por encima del muro, como unos dedos hinchados y huesudos. Árboles, pienso. Árboles en medio de la ciudad.

Hay una antigua verja metálica en el muro. Echo un vistazo rápido por ella al dejarla atrás corriendo. Hay un sendero flanqueado por árboles y arbustos. Avanzo veinte o treinta metros antes de detenerme derrapando.

El lugar tras la verja. Lo había visto antes, o al menos me parece reconocerlo. Si no me equivoco, allí también debería haber piedras. Piedras con forma de lápida.

OceanofPDF.com

45.

Sarah

Ya no estoy sola. Oigo pasos. Puedo oír la grava crujir bajo las pisadas, sentir la vibración a través del suelo.

Estoy demasiado cansada para abrir los ojos. No tengo fuerzas para levantar la cabeza y ver de quién se trata.

—¿Qué le has hecho, maldita arpía?

Es Saul. Ha vuelto. Abro los ojos con dificultad. Veo sus gruesas botas negras al lado de mi cara. Me doy la vuelta lentamente y alzo la vista. Veo que sostiene a mi bebé casi al alcance de mi mano.

—Eres una bruja. La has hechizado. No me sirve, y lo sabes. Lo sabías todo el tiempo.

No sé de qué está hablando.

—Dámela. Por favor, Saul. Dame a mi bebé.

Se acerca y creo que me va a dar al bebé, pero simplemente la deja caer, como una muñeca de trapo.

—¡No!

El dolor pasa a segundo plano; no sé de dónde saco la energía, pero mis manos se desplazan para atraparla al vuelo. Casi se me

escurre entre mis dedos húmedos, empapados en sangre, pero de algún modo consigo cogerla y abrazarla contra mi cuerpo. Está desnuda y tiene la piel muy fría.

—¿Tienes algo para envolverla? ¿Puedes darme tu chaqueta?

—No —responde en tono airado—. Además, está llena de sangre. ¿No te basta con habérmela estropeado?

—Se está congelando. Tengo que mantenerla caliente.

—Pues usa tu propio abrigo.

Dejo a la niña con cuidado en el suelo a mi lado y me quito el abrigo. La envuelvo en él, y me aseguro de que no sobresalgan las manos ni los pies. Únicamente la parte superior de la cara queda al descubierto; tiene los ojos cerrados, ya no llora. ¿Cómo puede dormir con todo este ruido, después de que la haya arrojado desde tanta altura?

—Hola —susurro. Quiero que abra los ojos. Quiero que me mire y quiero mirarla. Está tan fría, tan callada, y cierra los ojos con tanta fuerza. ¿Será demasiado tarde? ¿Será éste su primer y último día?

—¿Se está muriendo, Saul? ¿Está muerta?

Alzo la vista y veo que sus ojos destilan veneno.

—No lo sé ni me importa. No me sirve —dice—. Lo arreglaste para que no me fuera útil.

—No es cierto. No sé de qué estás hablando...

Se agacha a nuestro lado.

—Mira a tu bebé, Sarah. Mira a tu preciosa niña. No me sirve porque no tiene ojos.

Tengo la sensación de que mi vientre se desprende del resto de mi cuerpo.

No está diciendo la verdad. No puede ser. Vuelvo a mirarla. Tiene párpados. Tiene pestañas. Coloco el pulgar sobre la cuenca de uno de sus ojos y con mucho cuidado estiro la piel. Los párpados

no se separan. Las pestañas marcan la línea donde deberían abrirse, pero están pegadas, como si estuvieran cosidas. Deslizo el pulgar hacia abajo. Por debajo de la piel no se nota ninguna forma redondeada. El globo ocular no está. Saul tiene razón. Mi hija no tiene ojos.

Pero su cara es perfecta, redonda como una manzana. Al tomarla en mis brazos, observo que sus mejillas empiezan a adquirir un tono rosado. Está entrando en calor. Quizá se recupere.

—No he hecho nada, Saul. No sé qué ha ocurrido.

—No te creo. Pero eso ahora no importa. No puedo utilizarla.

—¿Para qué la querías? ¿Por qué te has comportado de esta manera?

Frunce el ceño y me mira como si fuera estúpida.

—Su número, Sarah. Su vida. No hay nada mejor que el número de un recién nacido. Te hace sentir... vivo, realmente vivo. Y puesto que Adam es su padre, y tú su madre, me daría el don de ver los números y quién sabe qué más.

—Querías robar su número. Puedes robar números...

—Robar es una palabra muy fea. Cambiar suena mejor.

Cambiar números. Igual que Mia. ¿Acaso es como ella? ¿O ella es como él? ¿Son iguales? No puede ser. Mi hija no puede ser igual que ese monstruo. ¿O tal vez sí?

—Creía que ibas a por Mia —digo con un hilo de voz.

—Eso era cuando pensaba que llevaba la sangre de Adam, pero era otra de tus mentiras, otro engaño, ¿no es cierto? Se me acaba el tiempo. Hoy es el día, Sarah, así que tendré que conformarme... contigo.

—¿Por qué hoy? ¿Por qué ahora?

—Mi número es el de hoy. He gastado una vida. Necesito otra. Ahora quédate quieta.

Saul me mira fijamente, y una gota de saliva vuelve a aparecer en la comisura de sus labios. Está nervioso de nuevo, igual que antes de que naciera el bebé. Me siento completamente indefensa. No tengo la menor posibilidad de huir.

Coge mi cara entre sus manos, rojas y pegajosas por la sangre. Alarga los dedos para poder sujetarme firmemente la cabeza, las muñecas se tocan a la altura de mi barbilla, las puntas de los dedos descansan sobre mi pelo. Acerca su cara a la mía. Cada vez más cerca.

Puedo ver todos los detalles de su piel, cada grano, las marcas de la viruela, las pequeñas cicatrices, cada poro. No quiero que esté tan cerca de mí. No quiero que me toque. Cierro los ojos.

—No, no, Sarah —dice apenas en un susurro—. No, no, necesito que abras los ojos.

Los cierro aún con más fuerza.

—Abre los ojos. ¡Ábrelos!

Estoy dolorida, indefensa, pero todavía no me doy por vencida. Todavía queda algún vestigio de la Sarah de antes; aquella Sarah que se fue de casa y empezó una nueva vida; aquella Sarah que luchó para mantener a tres niños con vida durante dos duros inviernos.

—No —contesto con los párpados fuertemente apretados—. Vete a la mierda, Saul. Jódete y déjame sola.

Gruñe como un animal y mueve sus manos sobre mi cara, apretando con los pulgares la piel de mis párpados, obligándome a abrirlos. Sólo está a unos pocos centímetros de distancia.

—Mírame, Sarah. Mírame.

Me mira fijamente a los ojos. Tiene las pupilas dilatadas, el iris se oscurece. Ahora sus ojos son blancos y negros, y por mucho que quiero apartar la mirada, me resulta imposible. Al mirarle a los ojos siento como si me estuviera cayendo en un abismo. El suelo

bajo mis pies ha desaparecido, y también los árboles. O tal vez soy yo la que ha desaparecido.

Ya no estoy aquí, sino en otro sitio, en un lugar en el que el tiempo no existe, un espacio oscuro y vacío, un sitio solitario en el que no hay esperanza, y en el que hace mucho, mucho frío.

Veo un fogonazo de luz y siento un dolor agudo como un hierro al rojo vivo atravesándome el cráneo.

Grito, o tal vez sólo me imagino que grito. Mi cuerpo se convulsiona y mi cabeza cae hacia atrás y se golpea contra el suelo.

Me suelta la cara y se aleja.

—De momento será suficiente —dice—. Cuarenta y seis años. Me irán muy bien. Adiós, Sarah.

Oigo crujir las hojas bajo sus pies, el ruido de las pisadas sobre la grava, pero no le veo marcharse. La poca energía que me quedaba se ha desvanecido. Estoy tumbada donde Saul me ha dejado, con la cara posada sobre las hojas frías y húmedas. El bebé está a mi lado. Puedo ver la parte superior de la cabeza, la naricita, los ojos, cerrados como si estuviera durmiendo. Pero no está durmiendo.

Está haciendo un ruido. No está llorando, ahora, más bien parece que esté comprobando con curiosidad el funcionamiento de sus pulmones y su boca.

—Hola —digo.

Al oír mi voz deja de hacer ruiditos. Vuelve la cabeza hacia mí y después la mueve de un lado a otro. Está buscándome. Debe de tener hambre.

Desearía tener la energía necesaria para tomarla en mis brazos, pero no es así. Saul se ha llevado hasta la última brizna. No podré darle leche. De pronto comprendo con suma claridad. Voy a morir. Al ver la navaja de Saul pensé que tal vez habría llegado mi hora, pero ahora lo sé. Se ha llevado mi vida. Y si muero, el bebé también morirá.

Es todo tan triste, tan sumamente triste, pero no puedo hacer nada. Salvo consolarla de la única forma que sé. Mi respiración es agitada y superficial, pero cojo aire y empiezo a cantar.

—Brilla, brilla estrellita... —Apenas me sale un hilillo de voz, pero el bebé ahora está en silencio. Me gustaría creer que está escuchando. Canto y la miro largo rato, memorizando su rostro en cada detalle, y luego, cuando las últimas fuerzas me abandonan, cierro los ojos y sigo cantando.

Mi voz es apenas un susurro, un eco, y después se va apagando. La letra de la canción sigue sonando en mi cabeza. Sigo la melodía mentalmente y de pronto las palabras vuelven a oírse en voz alta. Pero no es mi voz la que canta, sino la de otra persona.

—Brilla, brilla estrellita...

Qué cosa tan hermosa. Mi bebé ha aprendido a cantar. Tal vez sea un ángel. Tal vez me haya sido enviada para llevarme consigo.

Quiero volver a verla. Sólo una vez más.

Me obligo a abrir los ojos. Ante mí veo dos caritas. Dos ángeles. Sólo uno de ellos está cantando.

—Un diamante de verdad...

—Mia.

Mia deja de cantar.

—Un bebé. Bebé brilla, mami —dice. Se ha agachado al lado de la niñita, sobre las hojas y el musgo, y la rodea con un brazo.

—Sí, cielo. Es nuestro nuevo bebé. Tu hermana.

Mis párpados ceden. Daría lo que fuera por seguir despierta. Cualquier cosa. Pero es demasiado tarde.

—Mami cansada —dice Mia.

—Sí —murmuro—. Muy cansada. Te quiero, cariño. Te quiero, y también quiero a tu hermana.

Se inclina hacia delante y posa el otro brazo sobre mi pierna. Enseguida levanta la mano, ahora roja y brillante.

—Pobre mami.

No quiero asustarla.

—Sólo estoy cansada, cariño. Voy a hacer una siesta. Te quiero, Mia.

—Te quiero.

Apoya su cuerpo sobre mí y me besa.

Mis ojos se cierran. Entonces hace lo mismo que hizo Saul. Me abre el ojo derecho con el pulgar. Solía hacerlo a veces por las mañanas, cuando quería jugar conmigo y yo todavía estaba durmiendo. Aquello me irritaba, pero ahora nuestros ojos se encuentran y sé que será lo último que veré de ella, y es un momento tan hermoso y a la vez tan amargo que me desgarran. Amargo porque es un adiós. Hermoso porque, de haber podido escoger a la persona que me acompañara en mi último aliento, esa persona habría sido Mia.

—Pobre mami —vuelve a decir.

Sus ojos son de un color azul intenso, igual que los míos. Adam solía decir que podría perderse en ese azul, y ahora yo me sumerjo en el azul de sus ojos. Lo último que veré serán esas lagunas profundas, tan profundas. Me atraviesan con su luz, y vuelvo a sentir dolor, pero es un dolor hermoso, que anula todo lo demás. Se supone que el azul es un color frío, pero este azul es distinto, cálido, reconfortante, esperanzador. Irradia su calidez atravesando mi cuerpo, hasta llegar a la punta de los dedos de mis pies y de mis manos, penetra por mi piel, hasta el corazón, los pulmones, mi mente, y mientras miro sus ojos, me doy cuenta de que está rodeada de luz. Envuelta por un aura dorada. Mi niña de oro.

—Te quiero, mami.

—Te quiero, Mia.

Ahora oigo otro ruido, un sonido agudo y penetrante. Pero no tiene importancia. Ya nada importa. No puedo aguantar más.

OceanofPDF.com

46.

Adam

Mientras me dirijo corriendo hacia la verja oigo una voz en la niebla. Es un grito triunfal, una explosiva exclamación de victoria. Y viene del otro lado del muro.

Miro alrededor y a través de la verja y luego me detengo. Hay una hilera de árboles negros a la entrada y un sendero de gravilla que discurre entre ellos. Y a ambos lados del sendero, entre los árboles, hay piedras. Losas de piedra rectangulares altas y planas. Se trata del mismo lugar. Acabo de entrar en la visión de Sarah, su sueño.

Los gritos son cada vez más audibles y ahora distingo unas palabras: «¡Sí! ¡Sí!»

No necesito verle para saber quién es el autor de los gritos, pero enseguida vislumbro su silueta entre los árboles. Está corriendo, saltando, a veces incluso parece que esté bailando. Nunca antes lo había visto así, sólo puede haber una razón para ello. Lo ha hecho. Ha conseguido hacer lo que se había propuesto. Ha robado el número de mi bebé, así que apenas le deben quedar unas cuantas horas de vida.

Debería olvidarme de Saul. Debería encontrar a Sarah, encontrar a nuestro bebé, pero al verle dando cabriolas siento que la

sangre me hierve en las venas. Es el mal encarnado en una forma humana. No debería poder salirse con la suya. Y no voy a permitirlo.

Empiezo a correr hacia él.

Saul no se da cuenta de mi presencia hasta que llego a su lado. Se está riendo.

—¡Adam, el orgulloso papá!

Se calla al ver la expresión de mi cara. Me abalanzo sobre él sin darle tiempo a sacar la pistola. Mi cabeza le da de lleno en la nariz, y oigo un crujido al chocar contra ella.

Retrocede tambaleándose, mientras se lleva las manos a la cara.

—¡Adam! —barbotea—. ¡Cálmate!

Pero nada podría calmarme ahora, porque he visto su número.

Su nuevo número.

2572075.

Una muerte apacible, una muerte llena de luz, amor y calor.

Es la muerte de Sarah.

—¡Hijo de puta!

De nuevo arremeto contra él, pero en esta ocasión no le pillo desprevenido. Consigue esquivarme y echa a correr. Le persigo con todas mis fuerzas. Esta vez no se me va a escapar. Estoy un par de metros detrás de él. La ira me da nuevas fuerzas, no sabía que pudiera correr tan rápido. Ya rozo su chaqueta con la punta de los dedos. Intento agarrarle, pero todavía no está a mi alcance. De repente da un brinco cogiendo impulso con un pie en el pedestal de una tumba, salta por encima de la fosa y aterriza con la otra pierna al pie de una estatua. Se aferra con un brazo a la cintura de un ángel de piedra y se lleva la mano al cinturón buscando a tientas la pistola.

No puedo hacer frente a un arma. Lo único que me queda es abalanzarme sobre él antes de que dispare. Embisto y me aferro a sus tobillos con ambas manos. Ahora está agarrado a la estatua con una mano y empuña la pistola con la otra. Tiro con fuerza de los tobillos, sus piernas quedan en el aire y el ángel empieza a inclinarse. Me estremezco al oír una detonación. No siento nada, y me aparto rápidamente hacia un lado al ver que Saul y la estatua se desploman sobre mí. Ruedo por el suelo, doy una voltereta sobre la hierba mullida, y luego noto la superficie de piedra, y de nuevo por fin la hierba. Al dejar de rodar, alzo la cabeza y miro alrededor.

Saul yace de costado en una postura incómoda. El ángel le ha caído encima, dejándole inmovilizado en el suelo. Una de sus piernas sobresale por debajo en un ángulo imposible. La otra está sangrando por una pequeña herida de color oscuro: el lugar por el que entró la bala de su pistola. El arma salió despedida y yace a un par de metros de distancia.

—¡Adam! —grita—. Quítame esto de encima.

Me incorporo lentamente hasta quedar sentado, y compruebo que los brazos y las piernas me responden. Estoy bien.

Se retuerce intentando liberarse, pero su cuerpo apenas se mueve. Se abraza al ángel con ambas manos para intentar levantarlo. No consigue moverlo.

Me pongo en pie y doy un paso hacia él.

Por un instante cree que voy a ayudarlo. Entonces me agacho para recoger la pistola. La sostengo con ambas manos, mientras la observo y siento su peso.

—No lo harás. Sabes que no lo harás —dice.

Estiro el brazo de manera que mi ojo derecho, el cañón de la pistola y la frente de Saul queden alineados. Está clavando sus ojos en los míos. El número de Sarah me está mirando fijamente. Mi dedo se tensa en el gatillo.

Con el rabillo del ojo capto un movimiento. Una sombra pasa como una centella por el suelo detrás de una tumba. Me vuelvo

justo a tiempo de ver esfumarse la cola serpenteante.

Saul también la ha visto.

—Baja la pistola y sácame de aquí —dice—. Hay una rata. Está muy cerca. Viene hacia mí, Adam. Sácame de aquí.

Agita los brazos hacia el espacio oscuro en el que han quedado atrapadas sus piernas, y por primera vez observo sus manos, rojas, como si estuviera llevando guantes de color escarlata.

—¿De quién es la sangre? —pregunto.

—¿Qué? —Sigue sacudiendo los brazos—. ¡Fuera de aquí! ¿Qué dices?

—¿De quién es la sangre en tus manos?

Deja de agitar los brazos un momento y se mira los dedos.

—Es mía, desgraciado. Me has roto la nariz.

Es cierto, su nariz está sangrando. Un hilillo oscuro se desliza hasta la boca, y se ha restregado parte de la sangre por la cara, con el dorso de la mano. Pero eso no justifica que sus manos estén cubiertas de sangre.

Otra rata se desliza trotando sobre el ala del ángel y se detiene en la punta manteniendo el equilibrio, husmeando en la bruma, antes de saltar hacia Saul.

Al ver que las ratas se interesan por él y su sangre, comprendo que Sarah me necesita más que nunca. Podría dispararle. Podría darle un culatazo en la cabeza, pero entonces se me ocurre que hay algo peor que eso.

—Púdrete en el infierno, Saul —le digo. Después doy media vuelta y me alejo corriendo. Él tarda un par de segundos en darse cuenta de lo que pasa, en asimilar lo que va a suceder. Entonces empieza a suplicar, farfullando desesperado.

—Adam, Adam, vuelve por favor. No me dejes aquí con las ratas. Sólo tienes que mover la estatua. Te dejaré en paz. Le devolveré a Sarah su número. ¡Adam, Adam!

Me alejo entre las tumbas corriendo mientras escucho los gritos de Saul convertirse en rugidos. Las sombras se multiplican a izquierda y derecha mientras avanzo dando tumbos.

Más adelante veo otra silueta, un bulto en el suelo. A su alrededor también hay ratas, difuminando los contornos, moviéndose velozmente, correteando. Entonces veo algo moverse. Vislumbro un trozo de piel pálida, que se agita de un lado a otro y observo con más atención. Hay otro bulto, al lado del más voluminoso, que parece un pequeño fardo. De él sale un ruido. Dios mío, es el bebé.

En pocos segundos he llegado hasta allí. Las ratas chillan cuando las piso. Guardo la pistola de Saul en la cinturilla del pantalón, me agacho y recojo al bebé del suelo. Está llorando y tiene los ojos fuertemente cerrados. Lo que más deseo ahora es mirar a mi hija, quedarme observándola, apreciar todos los detalles, pero tengo que ocuparme del otro bulto que yace en el suelo.

Es Sarah.

Su piel tiene un tono tan pálido como el de las losas de mármol sobre las que está recostada. Tiene los ojos cerrados. Hay ratas pululando por encima de sus piernas. Las ahuyento con los pies. Regresan enseguida, pero empiezo a propinarles patadas y a pisotearlas hasta que por fin se reduce su número. Me agacho a su lado.

—Sarah.

Sé que tiene el número de Saul. 1622029. ¿He llegado demasiado tarde para despedirme de ella?

Recorro con la vista su cuerpo. Tiene las piernas cubiertas de sangre. Sostengo al bebé en mis brazos y le cojo la mano a Sarah. Está mojada. La giro y me estremezco al ver los cortes de un tono rojo intenso en la palma, y los jirones de piel a ambos lados. Son cortes producidos por un arma blanca. Alguien le ha hecho esos cortes.

—Fue él —me digo a mí mismo—. Ha sido él quien te ha hecho esto. —Sigo oyendo los alaridos de Saul y pienso que, por mucho que esté sufriendo ahora mismo, no es suficiente.

Sarah tiene las manos frías, pero tampoco demasiado, y siento renacer en mí la esperanza. Me inclino hacia ella y coloco la mano justo delante de su boca abierta.

Todavía respira.

—¿Sarah? ¿Sarah? Soy yo. Adam. ¿Puedes oírme?

Parpadea y abre los ojos. Está viva, pero casi no me atrevo a mirar. No quiero verlo. No quiero ver la muerte en sus ojos.

Entonces me da un vuelco el corazón, la miro fijamente, y no puedo apartar la mirada.

2022054.

No tiene el número de Saul. Tiene el de Mia.

OceanofPDF.com

47.

Sarah

Abro los ojos y él está allí. Es Adam, pero es un Adam distinto, nunca antes le había visto así. Hay una aureola a su alrededor, de color dorado y carmín. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Sigue igual. No lo entiendo.

Está arrodillado a mi lado, con el bebé en brazos. Mia estaba bañada en una luz dorada, y ahora el bebé está envuelto en un titilante resplandor blanco plateado, tan brillante que su pureza casi hace daño a los ojos. Adam me mira fijamente como si fuera la primera vez que me viera.

—Sarah... —dice—. Estás viva. Gracias a Dios. —Pero tiene el ceño fruncido, y está escudriñando mis ojos.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo malo?

—Nada. Ya te lo diré.

Tiene los ojos clavados en los míos, con una mirada cargada de confusión. ¿Acaso puede también ver los colores? ¿Es posible que alguien haya pulsado un interruptor y el mundo haya quedado inundado de luz?

—¿Qué color tengo? —pregunto.

—¿Qué?

—Ahora puedo ver tus colores. Eres rojo y dorado, exactamente como siempre decía tu abuela. Como el dibujo de Mia. ¿De qué color soy yo?

—No lo sé. No puedo verlo.

Soy yo. Algo ha cambiado en mí, en mi mente, en mis ojos. De pronto comprendo. Saul me miró a los ojos, se llevó mi número y lo cambió por el suyo. 1622029. Un fogonazo atravesó mi mente cuando me arrebató la vida. Pero Mia también me miró y entonces debió de coger su número. Así que eso sólo puede significar que... yo tengo el número de mi hija. Y todo lo que conlleva. Estoy viendo el mundo a través de sus ojos, de los ojos de Val.

—Ahora tengo su número, ¿no es cierto, Adam? El de Val y el de Mia. Eso es lo que ves, ¿verdad? Dímelo.

Él aprieta los labios con fuerza. Odia decir los números, siempre fue así.

—No pasa nada. No necesitas decirlo. Ya lo sé. 2022054.

Por un momento, me parece que va a llorar.

Entonces noto algo moverse sobre mi pierna, algo rasposo, que me produce un cosquilleo. Sacudo la pierna de forma instintiva. Adam se da la vuelta y le da un golpe a aquello.

—¿Qué era eso? —pregunto.

—No te preocupes —responde—. Ya no está.

—Pero ¿qué era? —No contesta.

Intento incorporarme sobre los codos. Oigo gritos no demasiado lejos, inundando el silencio.

—¿Puedes sentarte? —dice.

—No lo sé.

Me ayuda a incorporarme y me arrastro hacia atrás para apoyarme en una lápida.

El bebé está llorando en sus brazos.

—Dame a la niña —le pido. Adam la pone en mis brazos con mucho cuidado. La pequeña mueve la cabeza de un lado a otro, con la boca abierta. Empiezo a remangarme el suéter y me preparo para darle de mamar—. Tiene hambre. Nuestra hija tiene hambre. —Le miro, esperando una respuesta, una sonrisa, un gesto cariñoso.

—¿Puedes hacerlo de pie? —me pregunta—. Sería mejor que te pusieras de pie.

Echa un vistazo por encima del hombro, luego mira alrededor.

—Creo que no puedo —digo—. ¿Qué pasa? ¿Qué te preocupa?

—Nada. No pasa nada. Sigue.

—Adam, ¿qué es ese ruido?

Me mira y en sus ojos puede verse la angustia.

No vuelvo a preguntar.

Intento ponerme cómoda. La niñita sabe lo que tiene que hacer. Se agarra a mi pecho y al amamantarla siento que me invade una sensación de relax, incluso aquí, en un cementerio en medio de la niebla. Estamos haciendo lo que las madres y los bebés han hecho toda la vida. La cabeza está oculta bajo el suéter, pero puedo ver sus piernecitas y sus pies diminutos. Podría quedarme mirándolos para siempre, pero no quiero que se enfríe. Los tapo con mi abrigo.

Imagino que Mia debe de tener frío sin su manta. Ahora que estoy acomodada en la lápida, podría acurrucarse con nosotras. Debe de estar cerca. Estaba cantándome antes de que me durmiera. Antes de que me diera su número.

Justo en este momento mi mente cae en la cuenta de que tengo el número de Val. Es un hecho tan sorprendente que todavía no he podido analizar las consecuencias. Ahora empiezo a hacerlo: si Mia me ha dado su número, ¿por cuál lo ha cambiado? Debe de tener el de Saul.

Empiezo a temblar descontroladamente.

Alzo la vista. Adam está blandiendo una rama enorme con la que barre el suelo dibujando grandes semicírculos. Los animales huyen en todas direcciones cuando notan el roce de las ramitas y las hojas. Ratas.

Pero ni rastro de Mia.

Él se vuelve hacia mí y el bebé, y ambos hablamos a la vez, como si nuestras bocas estuvieran sincronizadas.

—¿Dónde está Mia?

OceanofPDF.com

48.

Adam

Le doy la rama a Sarah para que pueda defenderse de las ratas y echo a correr. Mia podría estar en cualquier parte, pero siento el impulso de ir hacia el lugar donde yace Saul. Sigue gritando, y sus alaridos me recuerdan aquello que me parecía oír cada vez que le miraba a los ojos, antes del día de hoy. Suena como el número 1622029. Pero ahora tiene otro número. Un número que nunca debería haber estado en su poder. No está muriéndose..., ¿o tal vez sí?

Me acerco y parece que los gritos van apagándose. Todavía le oigo, pero su voz es ahora más suave, está gimoteando en un tono suplicante. Está hablando con alguien.

Acelero el paso, esquivando los obstáculos, avanzando en zigzag, intentando encontrar el camino más rápido. Y de pronto puedo verle. Sigue en el mismo sitio en que le dejé, pero ahora no está solo. Mia está agachada a su lado. Le toca la cara. Saul toca la suya. A su alrededor, el suelo se ha teñido del color negro de las ratas.

«Sólo necesito tomar contacto, mirarle a los ojos y penetrar en su interior.»

—¡No! ¡No, Mia, vete de ahí! ¡Apártate de él!

Todavía con la mano en el rostro de Saul, ella se vuelve hacia mí.

—¡Papi!

Deja a Saul y empieza a correr hacia mí, ahuyentando con los pies oleadas de ratas. Corro hacia ella a toda velocidad, pero justo antes de alcanzarla, resbala con una piedra húmeda y se cae, haciéndose una herida en la rodilla. Empieza a gritar de dolor, pero no es nada en comparación con los aullidos de Saul. Parece que puedan desgarrar el cielo. Inundan mis oídos, anulando cualquier otro ruido. Mi cabeza está saturada con aquel sonido, me ensordece, me hace desconectar de la realidad. Observo todo como si en realidad no estuviera allí, como si le estuviera pasando a otra persona. Miro cómo se desarrolla la acción en una pantalla.

Llego hasta donde está Mia, que levanta la cara y me mira desde el suelo. Tiene el rostro cubierto de lágrimas, las mejillas veteadas de sangre y suciedad: es la viva imagen de la angustia. Pero su número me dice algo más. Me habla de un final feliz, me transmite calidez y amor.

2572075.

Tiene el número de Sarah. Debe de haberlo recuperado de Saul. Pero, entonces, ¿qué número tiene él...?

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —aúlla Saul.

Alzo la vista por encima de Mia hacia el lugar en el que aquel desgraciado se retuerce en el suelo, alargando sus brazos hacia nosotros, aferrándose a la nada con los dedos. Deja de revolverse y me mira.

—Adam.

Ha dejado de gritar, pero en mi mente todavía resuenan los alaridos. Es como un eco que regresa una y otra vez, al tiempo que su número me paraliza como una incesante descarga eléctrica, como una valla electrificada que estuviera conectada a mi cerebro. Vuelve a tener el mismo número que cuando le conocí, y del que intentaba deshacerse. Le ha sido devuelto.

1622029. Hoy.

—¡Adam! ¡Adam! ¡Sácame de aquí! ¡Me están comiendo vivo! ¡Ayúdame!

—No puedo hacerlo —digo.

—Claro que puedes. No puedo agarrarme a nada, pero tú sí puedes ayudarme. Puedes levantar la estatua lo suficiente para que yo... —Se interrumpe un momento y la expresión de su cara cambia—. Quieres decir que no lo harás, ¿no es así? Pero tienes que hacerlo. La niña me ha engañado. Me ha devuelto el dieciséis. Necesito salir de aquí, necesito...

—Necesitas coger mi número o el suyo. Y eso no va a ser posible, Saul.

—No cogeré tu número. El tuyo no, Adam. No te haría eso. Hay centenares de personas ahí fuera. Ayúdame a encontrar un buen número y te dejaré en paz. Serás libre para ir donde quieras. Nadie te seguirá, nadie. Te lo prometo. Te lo prometo.

Me inclino y ayudo a Mia a levantarse. Le limpio las lágrimas con el pulgar. Se abraza a mi cuello con los brazos y con las piernas a mi cintura. No creo que nadie me haya abrazado con tanta fuerza nunca.

—No pasa nada —intento consolarla—. Vamos a buscar a mamá, ¿sí?

Vuelvo la vista hacia Saul por última vez. Tiene una rata en la cara.

—Adam, vuelve, no te tocaré. No te haré daño. Nunca te haría daño. Podemos ayudarnos mutuamente. No me dejes aquí. Adam, no me abandones. Adam, por favor. ¡Por favor! ¡Por favor!

Le doy la espalda y empiezo a correr.

—Eres responsable de mi muerte, Adam. ¡Eres un asesino!

—No, Saul —grito sin dejar de correr—, estoy evitando que otra persona muera por ti.

Él deja ir un rugido animal. Es el sonido de la realidad de la que ahora es consciente. Nadie va a ayudarlo. Lo he visto. Lo he percibido. Y ahora está sucediendo. Doscientos cincuenta años de vida que ahora llegan a su fin. La evidencia me desgarró a cada paso, pero no me hace dar media vuelta.

Saul, su visión distorsionada, su crueldad, su egoísmo, su vida eterna, todo eso pertenece ahora al pasado.

Tengo a una de mis hijas en los brazos, otra que apenas acaba de empezar a respirar el aire de este mundo, y una mujer a la que amo desde el primer momento en que la vi. Saul no sabía qué era el amor; tal vez lo supo hace mucho tiempo, pero lo olvidó. No cometeré los mismos errores que él.

Estoy corriendo hacia el futuro.

OceanofPDF.com

49.

Sarah

Rojo y oro acercándose a mí entre las lápidas. Los colores del fuego. Las llamas doradas de Mia se funden con las de Adam. Sus colores armonizan perfectamente, aunque no sea su padre biológico. Parece que son familia. Gracias a Dios, son mi familia.

—¡Mia! —grito.

La piel pálida de su rostro está manchada de barro. Se aferra a Adam como si su vida dependiera de ello.

—¿Estás bien, cariño? Ven aquí.

No se separa de él. No puede hablar. Tiene los ojos muy abiertos, y una mirada vidriosa, traumatizada.

¿Qué demonios le ha pasado? ¿Qué ha visto?

—¿Dónde la encontraste?

Adam le pone la mano en la cabeza, la trae hacia sí, tapándole la oreja.

—Con Saul —dice en voz baja.

—¿Qué ha pasado?

Hace un gesto con la cabeza para indicarme que es mejor no hablar.

—Luego. Te lo contaré luego.

—Pero ¿y su número, Adam? ¿Qué ha pasado con su número?

—No pasa nada. Su número ahora está bien.

Los alaridos que parecen surgir de la niebla cobran intensidad, hasta convertirse en chillidos desgarradores.

—Es él, ¿no es cierto? —Vuelvo la cabeza hacia el lugar de donde vienen los gritos.

—No durará mucho —dice. Cierra los ojos durante unos instantes y sé qué está pensando. Está pidiendo que cesen los gritos. Que alguien haga que se calle.

Unos minutos después, sin embargo, el silencio es casi peor que los aullidos. Adam se deja caer con aspecto agotado sobre las hojas húmedas, en medio de la niebla todavía adherida a las ramas sobre nuestras cabezas.

Y ahora no me cabe la menor duda. Al final, Saul no pudo huir de su número.

El número regresó a él.

Mia se lo devolvió.

Durante un buen rato, lo único que oímos es el ruido de las ratas correteando. Adam las mantiene alejadas, las pisotea, les propina patadas, las ahuyenta con una rama. Después escuchamos el zumbido de un avión espía sobrevolando por encima de nuestras cabezas. Somos una presa fácil, puesto que Mia y Adam todavía tienen sus respectivos chivatos de silicio alojados bajo la piel. De pronto vemos surgir algo entre la niebla, pero no son soldados de uniforme, sino personas normales y corrientes, algunas de ellas armadas con palos o barras de metal. Sus auras se funden resplandecientes en un nebuloso arcoíris.

Adam empuña la pistola de Saul al verlos, pero enseguida vuelve a guardarla. Es una multitud de mujeres y hombres.

El que va en cabeza está desarmado, y sus ojos azul claro se iluminan al vernos. Su aura también es azul. Me transmite calma y confianza antes siquiera de que empiece a hablar.

—Ya veo que las has encontrado —le dice a Adam.

—Sí —contesta él—. Te presento a Sarah y a Mia. Y ésta es nuestra nueva hija.

El hombre se acucilla a nuestro lado.

—Soy Simon —dice dirigiéndose a mí—. ¿Crees que eres capaz de andar? Me gustaría llevaros a la abadía. Allí hay comida y podréis refugiaros. Estaréis más seguros.

Una de las mujeres se acerca a nosotros. Trae sábanas de algodón, toallas y ropa limpia, y una balsámica aura verde. Me dice que es una comadrona, se llama Alona, y hace que los demás, incluido Simon, se aparten un poco de nosotras. Me ayuda a lavarme, me venda los cortes de las manos, limpia la sangre y la suciedad de la niñita, y luego la arroja en una manta, de manera que sólo asoma su carita. Le indico por señas que se acerque.

—La niña —empiezo a decir—, no tiene... —Miro de reojo a Adam. Está hablando con Simon, mientras se ocupa de Mia. Bajo la voz—. No tiene ojos. —Alona frunce el ceño—. ¿Habías visto alguna vez un bebé que naciera así?

Niega con un movimiento de cabeza.

—No, pero he oído hablar de casos semejantes. Es una cuestión de desarrollo, pero no tiene nada que ver con el estado de salud general de la pequeña. —Posa una mano sobre mi hombro—. Sus constantes vitales son buenas. Es una niña muy guapa. —Es cierto. Su cara tiene forma de manzana. Su aura blanca plateada casi me quita el aliento.

Alona me ayuda a ponerme en pie. Me tambaleo, pero puedo caminar despacio. Llevo al bebé en brazos, y Adam carga a Mia. Al acercarme a ellos, compruebo que el aura de mi hija presenta extrañas manchas oscuras, como quemaduras que salpican las llamas doradas.

Al aproximarnos a la verja, Adam se pone al otro lado y me rodea con un brazo.

—No mires —dice, pero es demasiado tarde. Ya he visto el montón de ratas, los restos de carne y huesos pelados, lo único que queda de Saul.

Salimos del cementerio por donde vinimos y nos adentramos en la calle adoquinada. A medida que avanzamos, recuerdo el mar de suciedad que rodeaba la abadía. Todos están siendo muy amables, y no sé cómo decirles que no quiero acampar allí, pero al girar la esquina de la calle que desemboca en la plaza, ya no veo suciedad y porquería; veo mucha gente en toda su rica y colorida variedad. Se me levanta el ánimo. Mis ojos se han abierto al mundo: siento como si ahora lo estuviera mirando con la actitud que se debe mirar.

Nos conducen al interior de la iglesia. Al atravesar el gran pórtico, el gentío en el exterior prorrumpe en una oleada de aplausos que va aumentando en intensidad. No se escuchan vítores ni gritos de júbilo, sino únicamente la ovación de centenares de personas.

—¿Por qué aplauden? —pregunto.

—Nos aplauden a nosotros —dice Adam. No parece sentirse incómodo, sino que está sonriendo. Se vuelve hacia la multitud un momento y saluda.

Luego entramos. No somos los únicos. Casi parece un hospital: la iglesia está ocupada por niños, ancianos y personas enfermas. A pesar de que la mitad de las ventanas han desaparecido, y de que algunas de las paredes han sufrido graves daños, es un hermoso edificio. Es un lugar bullicioso, en el que predomina sin embargo una sensación de paz.

Nos conducen a un espacio más reducido dentro de la misma iglesia; supongo que se trata de una capilla. La gente se arremolina a nuestro alrededor para proveernos de ropa de cama y mantas, y enseguida contamos con una especie de nido, un poco apartado de

los demás. Alguien nos trae té caliente y, lo que es aún mejor, nos dejan solos. Se acabó el alboroto, nadie nos molesta. Los cuatro nos acurrucamos bajo un edredón. Mia sigue aferrada a Adam, y el bebé está en mis brazos.

—Adam —empiezo a hablar—. Tengo que decirte algo.

—Yo también tengo muchas cosas que decirte —responde—, estoy a punto de estallar, pero antes tengo que hacer algo. No quiero, pero es necesario.

Adam parece ahora nervioso, aprieta los labios, parpadea rápidamente.

—¿Qué pasa?

No responde, sino que se inclina hacia delante y acaricia la carita del bebé, haciéndole cosquillas con suavidad en sus mejillas redondas de piel de melocotón. La niñita responde haciendo muecas y mueve la cabeza hacia su dedo. Está despierta.

—¿Qué haces? —pregunto, a pesar de que ya conozco la respuesta.

—Estoy intentando despertarla. Necesito ver... Necesito ver su número. No quiero hacerlo, pero es necesario.

Alza la vista para mirarme, con la esperanza de que le anime a hacerlo, pero la expresión de su rostro se transforma al ver la mía. Frunce el ceño. Tengo que decírselo.

—Está despierta, Adam —digo—. Pero no puede abrir los ojos.

—¿Qué?

—No tiene ojos. Y por esa razón Saul no pudo arrebatarme su número. Simplemente no pudo.

Arruga la frente aún más. Aprieta los ojos y no puedo adivinar lo que está pasando en su interior. ¿Ira? ¿Enojo?

Mira fijamente la cara de nuestro bebé.

—Adam, no la odies. Sigue siendo tu hija. No es algo malo, gracias a ello ha salvado la vida.

Ahora no me mira, sigue mirando fijamente al bebé.

—No la odio.

Recorre cuidadosamente con el pulgar el lugar en el que deberían estar sus ojos. Deja de fruncir el ceño. Su rostro se relaja.

—Nunca lo sabré —murmura—. Nunca sabré su número.

—Al igual que el resto de las personas —digo—. Tampoco podemos saberlo.

—Al igual que el resto de las personas —repite—. Puedo mirarla como el resto de la gente, sin conocer el final. Lo único que sé es que tenemos el presente.

—¿Estás bien? ¿Estás contento con ella?

—Claro. Claro que sí —dice—. No la odio, Sarah. Nunca podría odiarla. Pero tendrá una vida más dura que los demás, ¿no crees? Estamos en un mundo muy viejo y muy duro. Pero por lo menos no tendrá que cargar con el peso de los dones que Saul creía que poseería.

—Sí, tal vez sea una bendición. Y crecerá rodeada de amor, Adam. Eso es todo lo que necesita.

—Quiero cogerla —dice—. Mia, ¿te parece que cojamos al bebé en brazos?

Ella sigue sin decir nada. Continúa en brazos de Adam, acurrucada en silencio. La miro, preguntándome cómo podría hacer que regrese a nosotros, como antes, y me doy cuenta de que los puntos negros que salpican su aura dorada son ahora más grandes. Han aumentado de tamaño, se están extendiendo como una mancha.

—Mia, quiero que vengas junto a mí.

Hace un puchero y me mira con el rabillo del ojo. Se relaja un poco y deja que Adam la siente a mi lado. Rodeo sus hombros con

un brazo.

—Ya ha pasado, cariño —digo—. Estamos a salvo.

Adam coge al bebé para estrecharlo fuertemente en sus brazos. La niñita se acurruca en ellos y parecen estar muy a gusto juntos. No puedo evitar pensar que tiene razón. Inglaterra se ha convertido en un lugar muy duro. ¿Realmente estamos a salvo? ¿Qué nos depara el futuro? Aparto esos pensamientos, beso los cabellos rizados de Mia y me deleito en ese instante, esa paz, esa intimidad. Aquí. Ahora.

—Adam —digo un poco más tarde—, podríamos llamarla Gemma. Se parece al nombre de tu madre, sería como un pequeño homenaje. Sólo si te parece bien. Si no, podemos ponerle otro nombre...

—Gemma —repite—. Gemma. Es un nombre muy bonito.

Después me mira con lágrimas en los ojos.

—Gracias, Sarah. Por todo. Por Gemma. Por Mia.

—No tienes que darme las gracias.

—Yo creo que sí. En el pasado me he guardado algunas cosas para mí y me arrepiento. Hay cosas que es necesario decir. Te quiero, Sarah.

—Yo también te quiero.

Mia parece inquieta a mi lado. Bajo la vista para mirar su contorno. Mueve los labios, pero no puedo oír las palabras. Me acerco aún más a ella.

—No me dejes sola —murmura.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No me dejes sola.

La beso en la cara y la traigo hacia mí.

—No te dejaremos sola. Nunca volveremos a dejarte sola. Ahora estás a salvo. Todo está bien.

Empiezo a mecerla suavemente, cantando en voz baja. Tras unos cuantos minutos, su respiración se hace más profunda, más acompasada. Creo que se está quedando dormida, pero cuando bajo la vista hacia su cara, compruebo que tiene los ojos muy abiertos. Tengo la impresión de que nunca volverá a cerrarlos.

OceanofPDF.com

50.

Adam

Sarah me dice algo al oído.

—Estoy preocupada por Mia.

Están juntas, acurrucadas, pero la niña no está dormida. Tiene la mirada perdida, las pupilas muy dilatadas y está muy pálida. Parece un fantasma.

—Se pondrá bien —digo, pero son palabras vacías. Ha visto cosas que ningún niño de dos años debería ver. Ha hecho cosas que nadie debería hacer. Vuelvo a tener esa sensación: un escalofrío producido por el miedo. Todavía es muy pequeña, pero crecerá. ¿Cómo va a ser su vida? ¿Cómo demonios va a poder superar todo esto? ¿Cómo vamos a arreglárnoslas para ayudarla?

—¿Crees que sabe lo que ha hecho? —pregunto.

—¿Cómo podría saberlo? —responde Sarah—. Sólo tiene dos años. Debe de haber actuado por instinto. Se dio cuenta de que me encontraba en una situación crítica y actuó para ayudarme de la mejor manera que pudo.

—¿Y qué hay de Saul?

—Tal vez pensó que también podía ayudarle. Él estaba pidiendo ayuda, pude oír sus gritos.

Me gustaría creer que esta explicación tiene sentido; quizá tenga razón. Mia es una niña extremadamente generosa. Desea ayudar de forma instintiva.

Me gustaría creerlo porque me hace sentir mejor que la posibilidad de que, hasta cierto punto, intuyera que el número de Saul era malo, y que se lo devolviera para salvar el pellejo. ¿Acaso es eso lo que sucedió realmente? ¿Le venció en el juego que él mismo había inventado? Se me hieló la sangre sólo de pensarlo.

—¿Cómo diablos vamos a hacer frente a esto? ¿Cómo vamos a educar a una niña que puede influir en su destino y en el de otras personas?

—Tal vez no se trate solamente de ella —dice Sarah en voz baja—. Acabo de influir en mi propio destino dos veces seguidas.

—Mierda. ¿Podrías... lo harías...?

—No lo sé. Tengo la sensación de que no fui yo, sino de que tan sólo fui la receptora. No sé si yo podría hacerlo.

—¿Qué sentiste?

Expulsa el aire lentamente, como si quisiera vaciar por completo los pulmones, una larga espiración, casi un suspiro.

—Sólo fui capaz de darme cuenta de lo que estaba pasando justo antes de que sucediera. Me siento tan estúpida, como si hubiera estado dando tumbos con los ojos cerrados. Saul dijo que el bebé no le servía. La dejó caer y entonces fue a por mí. Estaba desesperado. Necesitaba un número nuevo y por eso me arrebató el mío. Se acercó mucho a mí, su rostro casi rozando el mío. Intenté mirar a otro lado, pero me obligó a mantener los ojos abiertos y sentí como si marcara mi alma con un hierro al rojo vivo. Fue muy doloroso, físicamente doloroso. Sentí como si se estuviera llevando algo de mí, arrancándomelo. Se estaba llevando mi vida.

—Sarah...

—Sentí que me estaba arrebatando toda mi energía, mi deseo de vivir; simplemente se lo llevó todo. Y en el último momento

pude ver su número, sentirlo: 1622029. —Cierra los ojos con fuerza, y cuando vuelve a abrirlos, tiene las pupilas dilatadas y en ellos puede verse el miedo y la conmoción—. Vi la fecha de su muerte, Adam, el número que estaba cambiando por el mío. También vi el de Mia, cuando ella me lo dio. Ahora te comprendo, comprendo qué es lo que tú ves todos los días.

Se revuelve en su sitio y lleva una mano hacia mi mejilla, en un gesto lleno de ternura, sin lástima; ahora sabe cómo me siento. Ella también lo ha sentido.

—Se llevó mi vida, pero Mia me la devolvió. Me dio su propia vida, su número. Me salvó, Adam.

La niña sigue despierta. Los rizos de sus cabellos dorados enmarcan su cara y sus grandes ojos azules. Parece un ángel. Y eso es lo que es. El ángel de la guardia de Sarah y el ángel de la muerte de Saul.

—Tenemos que estar muy atentos —digo—. Educarla correctamente, sea lo que sea lo que quiera decir esa palabra. Ojalá mi madre y la abuela estuvieran vivas... Ojalá tuviéramos ayuda de alguien...

Sarah pone un dedo sobre mis labios para hacerme callar.

—Ojalá no basta. Ojalá no es suficiente, Adam. Tu madre y tu abuela están aquí. Las llevamos en nuestro interior, dentro de ti y de mí, de Mia y de Gemma. Forman parte de nosotros. Están en nuestros corazones y en nuestras mentes, para siempre.

—No es lo mismo...

—No, no es lo mismo, pero es lo que hay. Cuando nos sintamos bloqueados, cuando las dificultades nos parezcan insalvables, tendremos que mirar en nuestro interior. Y allí encontraremos las respuestas.

Habla con el corazón. Realmente cree lo que está diciendo. Podemos hacer frente a todo. Podemos hacer lo que tengamos que hacer. Y al escucharla, empiezo a creer también.

Dejo a Sarah arropada bajo las mantas con las niñas. Siento como si mis ojos estuvieran más abiertos de lo normal, abiertos de verdad. La última vez que me sentí así fue justo antes del caos. En esa época, me di cuenta de que tenía que intentar ayudar a la gente, sacarlos de Londres. Pero desde entonces he preferido tener la cabeza enterrada en la arena, negar mi identidad, con la esperanza de que el resto del mundo me dejara en paz. Pero no puedo seguir así. No estoy seguro de qué puedo hacer, pero sé por dónde empezar. Tengo que encontrar a Daniel.

Atravieso la abadía y salgo al patio. La gente me reconoce. Algunas personas quieren darme la mano al pasar a su lado. No hago como si fueran invisibles, ni finjo no darme cuenta. No bajo la vista hacia el suelo. Al llamarme por mi nombre, me detengo y acepto la mano que se me ofrece, mientras los miro a los ojos. Les dedico unos minutos, independientemente de lo que vea en su número.

—¿Adónde vas? —me pregunta una de esas personas.

—Regreso al búnker —contesto—. Tengo que encontrar a un amigo, el que me salvó.

La gente se agolpa alrededor de mí. Reconozco a algunos de ellos, estuvieron en el cementerio. Quieren acompañarme. En lugar de ignorarlos, acepto su ayuda. De modo que empezamos a caminar juntos por las calles, hacia la colina, dejando atrás los montones de escombros y las tiendas saqueadas. Por encima de nuestras cabezas, un avión teledirigido vigila nuestros pasos.

—¿Sabíais lo del búnker? —pregunto.

—Sí. Era un secreto a voces. La mitad de nuestras provisiones vienen de allí. Es el mercado negro. Y cuando se producían desapariciones, se rumoreaba que eran llevados allí.

—¿Desaparecía mucha gente?

—Aquellos que empezaban a organizarse y a protestar, los que daban problemas. Todos los que eran diferentes. Se los llevaban. De pronto, ya no estaban.

Los gritos en mitad de la noche, las manchas de sangre en las paredes. Me pregunto cuántos sufrieron ese destino.

—¡Mirad!

Hemos llegado al pie de la colina cubierta de pastos y vemos gente bajando por ella hacia nosotros. Una hilera desordenada de personas heridas. Uno de los que me acompañan grita el nombre de alguien a quien ha reconocido y echa a correr colina arriba. Al llegar donde se encuentra su amigo, ambos se abrazan largo rato y después empiezan a hablar atropelladamente y a darse palmaditas en la espalda.

—Los desaparecidos están regresando —digo.

Examino los rostros a medida que se acercan. Muchos presentan golpes o cortes. Algunos de ellos cojean, caminan en grupos de dos o tres, apoyándose unos en otros. Hay quien camina muy despacio, confundido. Otros parecen eufóricos, como pájaros que han escapado de su jaula. A todos ellos se les recibe con palabras amables, se les ayuda a caminar si es necesario, y les mostramos el camino hasta la abadía.

El torrente de refugiados parece no tener fin y me doy cuenta de que no conseguiré entrar en el búnker. No hasta que hayan salido todos. Sólo me queda esperar, de modo que subo hasta la salida del refugio entre las zarzas y me uno al comité de bienvenida, dando la mano a los liberados, indicándoles el camino hacia el pie de la colina. El último en salir es Daniel.

Su rostro se ilumina al verme.

—Adam, tenéis que ir. Estamos apostados en la entrada principal, nuestro objetivo es el centro de comunicaciones. Estallará en cualquier momento. Tenemos que irnos de aquí. ¡Rápido! —grita dirigiéndose a todos los que puedan oírle.

La gente empieza a correr y nosotros también. Nos hemos alejado unos veinte metros cuando se oye una fuerte explosión.

Todas las personas que se encuentran en la colina se tiran al suelo. Del túnel salen despedidos fragmentos de roca y nubes de

polvo que vuelan por encima de nuestras cabezas. Daniel y yo caemos al suelo como consecuencia de la denotación. Me hago un ovillo y me cubro la cabeza mientras empiezan a llover los cascotes. Se oye un estruendo a un par de metros de distancia. Encojo el cuerpo para intentar reducir su tamaño, y espero hasta que deja de oírse el ruido.

Cuando por fin levanto la cabeza, veo un avión espía derribado en el suelo, muy cerca de donde estamos.

—Lo han conseguido —dice Daniel, enderezándose—. Han volado por los aires el centro de mando. Se acabaron los aviones espía, los escáneres y todo el equipo de vigilancia.

Nos sentamos. Por debajo de donde nos encontramos, la hilera de personas empieza a ponerse en pie. Al darse la vuelta para mirar hacia la colina comienzan a entender lo que ha sucedido, chocan los cinco, dan gritos de júbilo. Ayudo a Daniel a incorporarse.

—¿Dónde está Sarah? —me pregunta—. ¿Está bien?

—Sí, está bien. Ya ha tenido al bebé, es una niña.

En su rostro se dibuja una amplia sonrisa.

—Felicidades —dice—. Y Saul, ¿qué ha sido de él?

—Se ha ido... —Me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas—. Ha sufrido un desagradable accidente.

Daniel sonríe aún más si cabe y a continuación echa la cabeza hacia atrás y suelta un «¡Yuju!», que se mezcla con el extraño y fantástico coro de voces que ahora inunda la colina. Espero a que recupere el aliento.

—Tengo que preguntarte una cosa: Marty y Luke, ¿están bien? Ya sé lo que le dijiste a Sarah, pero...

Él sigue sonriendo.

—Sí, amigo, están bien. Haré que Carrie los traiga aquí.

—Cuanto antes mejor.

—Por supuesto.

—¿Te quedarás aquí? —pregunto.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro —dice—. Nos libramos del cáncer, ahora hay que ayudar al cuerpo a recuperarse. Podemos empezar aquí mismo.

—Quiero ayudar —digo.

—Precisamente eso es lo que estaba esperando que dijeras.

—Pero de otra manera, no como ellos querían. No quiero tener que elegir a quién ayudar y a quién dejar de lado. Estoy harto de pensar en la muerte. Quiero ayudar a todo el mundo. Quiero ayudar a la gente a vivir.

Daniel me rodea los hombros con el brazo bueno, y echamos a andar hacia la ciudad.

OceanofPDF.com

51.

Sarah

Gemma está llorando. No hay que cambiarle el pañal. No tiene hambre. Agita la cabeza de un lado a otro. Intento calmarla, pero no lo consigo. Su carita redonda tiene ahora un tono escarlata.

Adam hace un buen rato que se marchó.

Si estuviera aquí, tal vez él podría tranquilizarla. Parece como si yo no fuera capaz de conseguirlo. Salgo de la maraña de nuestro nido y empiezo a dar vueltas por la capilla. Mia no se mueve. Sigue con la mirada perdida, moviendo los labios. Las manchas de su aura siguen extendiéndose. No puedo apreciar la transformación, sólo advierto la diferencia al volver a mirarla después de haber apartado la vista de ella durante un rato.

Estoy meciendo a Gemma en mis brazos. La frustración y el pánico se hacen patentes en mis movimientos. Intento hablarle con ternura, le canto, pero su llanto ahoga mi voz. Debería poder calmarla. Después de todo, también estaba sola cuando tuve a Mia. Estoy empezando a sudar y me siento incómoda. Los acontecimientos del día están pasándome factura.

—Llora con mucha fuerza, ¿no te parece? —le digo a Mia. Pero no reacciona. Su aura es ahora una masa jaspeada de vetas negras y doradas.

Simon asoma la cabeza por el pasadizo abovedado.

—¿Va todo bien?

—Sólo está llorando.

—¿Puedo ayudarte?

—Puedes intentarlo.

Coge a Gemma en sus brazos. Me pongo en pie y observo, mientras me aparto los mechones de pelo empapados de la frente. Gemma ni siquiera ha advertido el cambio. Tiene la cara colorada, y una expresión de fastidio, de enojo.

—¿Y si lo intenta su hermana?

—No, mejor no. Está... Sigue en estado de shock.

—Quizá le ayude cogerla.

—No, de veras. Es mejor dejarla tranquila. No creo que le resulte divertido coger en brazos a una nueva hermanita que está llorando. Será mejor esperar hasta que Gemma se calme.

—Claro... —Me devuelve a la niña—. Iré a buscar a Alona. Tiene buena mano con los recién nacidos.

Sigo dando vueltas, mientras observo a Mia. Se ha quedado atrapada en algún lugar de su mente. Estoy convencida de que está ausente. Vuelve a mover los labios, pero de forma inaudible, farfullando algo que sólo ella puede oír. Sea cual sea ese lugar, no es bueno. Quiero, necesito desesperadamente hacer que regrese.

—Cariño, ¿quieres coger a tu hermanita?

Parece no haberme oído.

Me arrodillo a su lado.

—Mia, ¿quieres coger a tu hermana? —repito.

Al mirarme parpadea rápidamente. Alrededor de su cabeza el aura es ahora negra como la tinta. Un halo negro. Tiene las pupilas muy dilatadas, como si en su interior estuviera contenido todo un

mundo de sufrimiento. De pronto estoy realmente asustada. Le pasa algo. Algo muy, muy malo.

—Estira los brazos —digo en un tono autoritario.

Me obedece, pero como un robot.

Deposito con suavidad a Gemma en sus brazos, aguantando su peso con mis manos por debajo, y las mezo.

Esta vez, la pequeña sí nota el cambio de manos. Sigue llorando, pero vuelve la cabeza hacia su hermana. Mia la mira fijamente, pero no con la mirada perdida que me ha puesto tan nerviosa; está examinando la cara de Gemma.

—Bebé despertar —dice.

—Está despierta, Mia. No tiene ojos como tú y yo. Tiene los ojos como si estuviera dormida. Pero puede oírte. Puedes hablarle.

—Hola, bebé —dice.

Gemma deja de llorar. Mia le da golpecitos en la cara.

—No, así no, cielo. Dale un dedo para que lo coja. Así...

Muevo su mano hasta ponerla al lado del puñito cerrado de su hermana. En el momento en que entran en contacto, Gemma abre el puño y se aferra al dedo de Mia, que alza la vista y sonríe.

—Bebé coge —dice.

—Le gustas. Eres su hermana mayor. ¿Puedes cantarle algo? Le gustaría.

—Haz «Estrellita» —dice Mia.

—Cántala tú. Quiere oír tu voz. Yo te ayudaré.

Empezamos a cantar, pero mi voz se va apagando hasta que paro.

El aura de Mia está cambiando ante mis ojos. En el lugar en que sus manos se encuentran, sus colores están empezando a mezclarse. Mia está recuperando su aura dorada. Ahora es como de

oro puro. El resplandor luminoso de Gemma asciende por el brazo de su hermana, borrando las manchas negras.

Mia levanta el rostro hacia mí y me mira.

—Sigue, cariño. Le encanta.

Oigo un ruido procedente del exterior, como un murmullo de agitación que avanza en oleadas por la iglesia. Pero no voy a ver qué pasa. Estoy impresionada por lo que está pasando entre mis dos hijas.

Oigo a Adam entrar en la capilla, seguido por Daniel. Este último lleva la mano vendada, pero ambos parecen eufóricos. Van cogidos por los hombros.

—¿Cómo están mis chicas? —dice Adam.

Mia alza la vista, resplandeciente.

—Están bien —contesto—. Está pasando algo alucinante. —Dejo a las niñas solas y voy a su encuentro. Adam se separa de Daniel—. El aura de Mia estaba marcada —bajo la voz—, pero creo que Gemma está... limpiándola. Cuando se tocaron, las manchas oscuras empezaron a desaparecer. Mia vuelve a tener un aura dorada. Como de refulgente oro puro. Es increíble.

Él me rodea con un brazo y me trae hacia sí.

—Eso significa que Gemma también tiene un don —dice, y una sonrisa empieza a dibujarse en las comisuras de sus labios—. Pensé que dependería de nosotros constantemente. Pero tal vez sea más fuerte de lo que pensábamos.

—La ceguera le ha salvado la vida. Quizá sea el miembro más especial de nuestra familia...

Me interrumpo bruscamente. Odio el pensamiento que se ha abierto paso en mi mente.

—¿Qué pasa?

No sé cómo expresarme, pero sé que debo preguntárselo.

—¿Crees que Gemma está segura con su hermana? ¿Habrá cambiado el número de Mia? ¿Y si su don es tan poderoso que no necesita ver los ojos de Gemma para hacerse con su número?

Necesito saberlo.

Adam mira a las niñas.

—Mia —llama—. Mira a papá. ¿Estás cantando para Gemma? ¿Has conseguido que deje de llorar?

Ella alza la vista. Sus ojos brillan de emoción.

—Bebé gusta «Estrellita» —responde—. Chisst, bebé.

—Eso está muy bien. Buena chica.

Adam se vuelve hacia mí.

—Todo está bien. Sigue teniendo el mismo número.

—¿El mío?

—Sí. ¿Te importa? —me pregunta, bajando la vista hacia mí y abrazándome de nuevo. Puedo sentir los latidos de su corazón en su pecho.

—Es un buen número, ¿no crees? —le pregunto. Adam parece afligido—. No tienes que responder. Lo vi en tu libreta, antes del caos.

—Es el mejor número que he visto en mi vida —dice en un tono de voz suave. Me abraza aún con más fuerza y por un instante tengo la impresión de que estamos solos, de que no hay nadie más en el mundo, ni siquiera las niñas. Su boca está al lado de mi oreja. Cierro los ojos y Adam susurra—: Es un número cargado de luz y amor. Si lo conserva, abandonará este mundo con tanta paz, tanta tranquilidad, Sarah, que creo que es el final más hermoso que nadie pueda tener.

Abro los ojos y vuelvo la cabeza para poder mirarle. Los suyos están cerrados, pero veo una lágrima abrirse paso a través de las pestañas y deslizarse por su rostro.

—¿Qué pasa? —digo—. No podría desear nada mejor para ella.

Sus ojos se abren de repente y dejan salir más lágrimas. Veo una expresión de angustia en su rostro.

—Es tu número, Sarah. Debería ser el tuyo.

Enjugo sus lágrimas con mis dedos, y después tomo su cara entre ambas manos.

—No —respondo—. Así es como debe ser. Sacaremos adelante a nuestra familia lo mejor que podamos, crecerán rodeadas de amor. Enseñaremos a Mia a conservar su número y Gemma podrá usar su don para sanar. No tiene ojos, pero imagínate todo lo que nos ayudará a ver. Quién sabe, tal vez nuestras niñas tengan algo que enseñarnos a todos. Pase lo que pase, sabemos que tendrán un final feliz. Así tiene que ser.

Me separo de Adam y vuelvo a mirar a nuestras hijas.

La cabeza de Mia de nuevo está bañada en un aura dorada. Quedan unas pocas manchas negras restantes a la altura de las piernas, pero al mirarla veo cómo se van disolviendo. Se inclina hacia delante y apoya la mejilla en la de Gemma, y en ese momento desaparecen los últimos vestigios de oscuridad.

Epílogo —2033

La niña está sentada en la playa. Está haciendo dibujos en la arena con un dedo mientras los demás corren y se persiguen bajo el sol poniente.

Marty y Luke están jugando con Gemma. Se turnan para hacerle dar vueltas. Ella se tambalea como si estuviera borracha entre los dos niños.

—Con cuidado. ¡No tan fuerte! —La voz de su madre cruza la playa flotando en el viento desde las dunas de arena.

—¡Ya es suficiente! —grita su padre.

La niña se vuelve para mirarlos, están de pie, abrazados. Detrás de ellos puede ver los tejados reparados de las casas y las

vigas desnudas de los nuevos edificios en construcción. Ha sido un día muy largo, pero también muy bonito. Cuando tantos individuos trabajan juntos, una casa puede erigirse de la nada en pocas horas. Su padre sabe animar a las personas para que aúnen esfuerzos. Ésa es la razón por la que se han mudado tantas veces. A la gente le gusta tenerle como invitado.

Pero ella está cansada de viajar. Quiere quedarse en algún sitio, tener un hogar, un lugar en el que puedan vivir todos juntos para siempre.

Vuelve a mirar el dibujo que ha hecho en la arena: una casa, seis personas, y un sol enorme en el cielo. Después subraya las palabras que ha escrito:

«Felices para siempre.»

La niña oye la escandalosa risa de sus hermanos. Ahora Gemma parece estar mareada de verdad. Va dando tumbos de un lado a otro, intenta enderezarse buscando el equilibrio, y sale disparada hacia el otro lado.

La llama.

—¡Gem, ven aquí! ¡Gem, por aquí!

La pequeña se vuelve hacia ella y sonríe.

—¡Ven aquí!

Gemma avanza trastabillando por la arena, guiándose por la voz de su hermana. Cuando se encuentra a casi un metro de distancia, se tira de cabeza hacia delante, surcando el aire hacia Mia, con los brazos abiertos. Aterrizo en sus brazos y ambas caen hacia atrás formando un amasijo de brazos y piernas.

—¡Estás loca! ¿Qué pasaría si no me diera tiempo a cogerte?

Gemma echa la cabeza hacia atrás y se ríe; después lleva sus manos a la cara de su hermana, resiguiendo los pliegues de las comisuras de la boca, y las arruguitas al lado de los ojos que indican que se está riendo.

—Mia —dice—. Mi Mia. —Después la besa en los labios.

La niña se limpia los restos de saliva.

—Agg, Gemma, me has dejado babas —se queja—. ¿Qué te parece si vamos con mamá y papá?

—Sí.

Se desenredan y se ponen en pie, cogidas de la mano.

Los niños están ahora muy lejos, y corren hacia el mar.

Mia y Gemma se vuelven hacia las dunas y echan a andar. Las sombras de ambas, ahora muy alargadas, se extienden sobre la superficie ondulada de arena, unidas por la mano como si fueran muñequitas de papel.

OceanofPDF.com

52.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todos aquellos que me apoyaron durante la creación de esta serie de libros titulada *Numbers*.

A David, por hablarme del *Frome Festival*; a la organización del *Frome Festival*, por alentarme durante el concurso de relatos breves y por actuar como enlaces.

A mis amigos y a mi familia, por haberme apoyado y animado a escribir, sobre todo a mis padres, a Ann y Peter en España, y a Ann y Dave en Jersey.

A otros amigos que se han interesado por mis escritos, especialmente a mis compañeros de trabajo en Keynsham Town Council y Bath & North East Somerset Council.

A todos los colaboradores de la editorial *The Chicken House*, que han hecho un trabajo fantástico, a Barry por todos sus tejemanejes y, en esta ocasión, especialmente a Imogen, Rachel Leyshon y Chrissie.

A todas las personas encantadoras que se encargan de traducir mis libros y publicarlos fuera del Reino Unido, especialmente a aquellos que han velado por mis intereses en distintos países: Anja e Hilke en Alemania, y Monique y Janetta en los Países Bajos, y a Elinor, por hacer todo esto posible.

A los maravillosos bibliotecarios, al personal del servicio de bibliotecas *School Library Service*, y a los profesores y periodistas que he conocido y que están comprometidos con la promoción y el fomento de la lectura.

Y por último, a los lectores, especialmente a aquellos que me han escrito o que han venido a alguna de mis conferencias. La respuesta de los lectores a mis libros lo es todo para mí.

RACHEL WARD, abril de 2011

Gracias a Syntaxia y becaria por recordarnos que ya existía la tercera parte

Maquetación ePub: ratón librero (tereftalico)



OceanofPDF.com